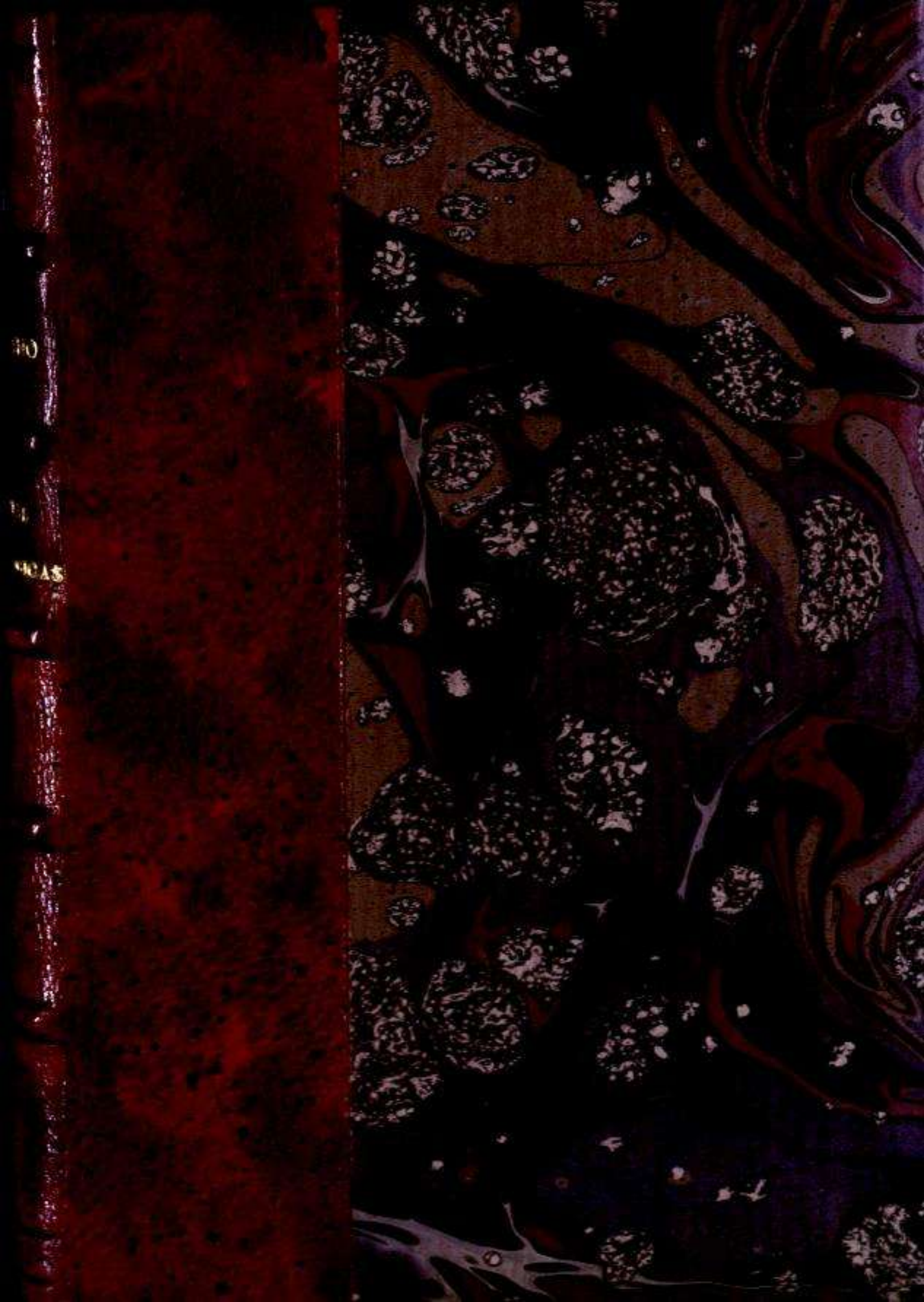
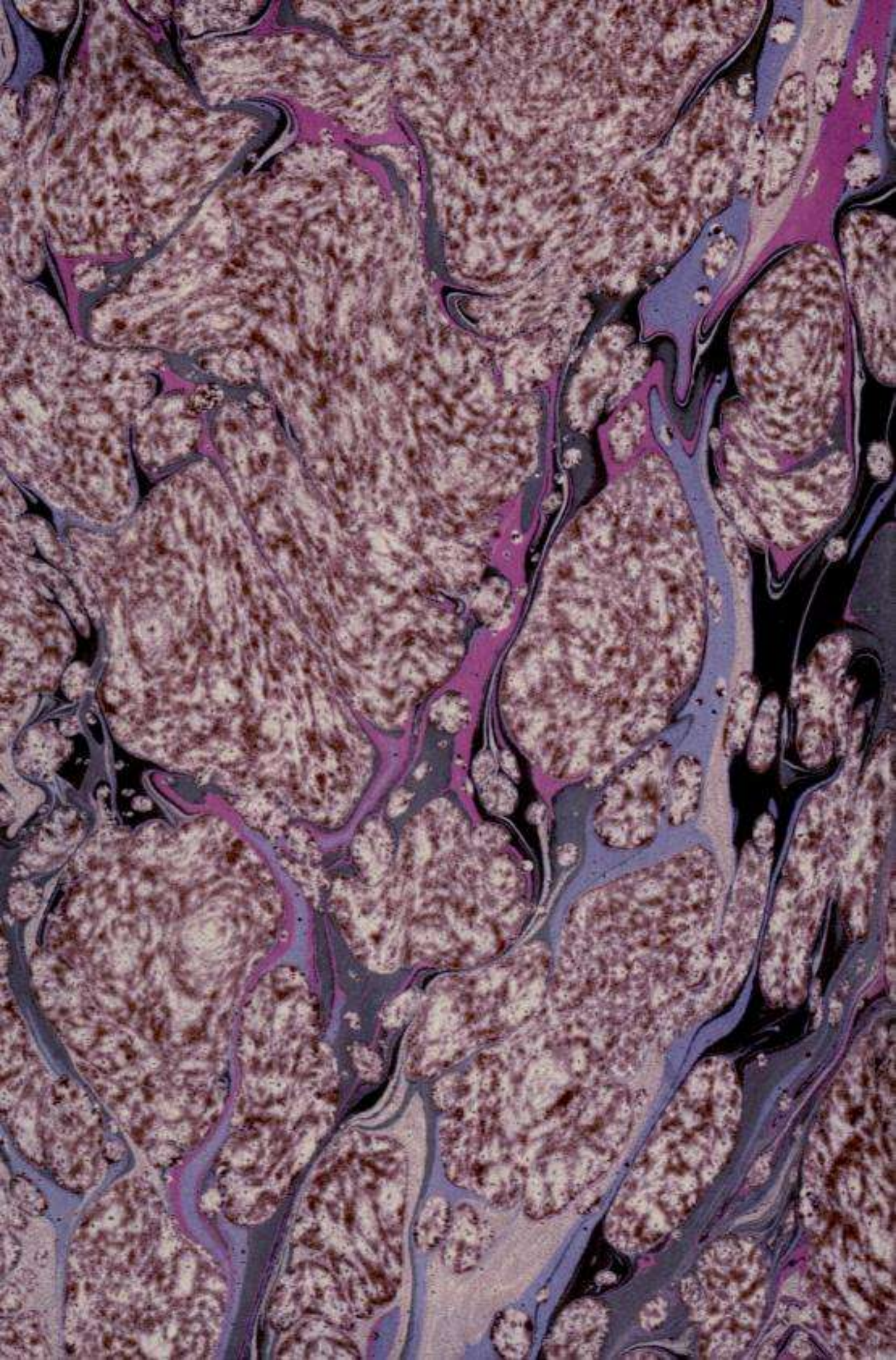
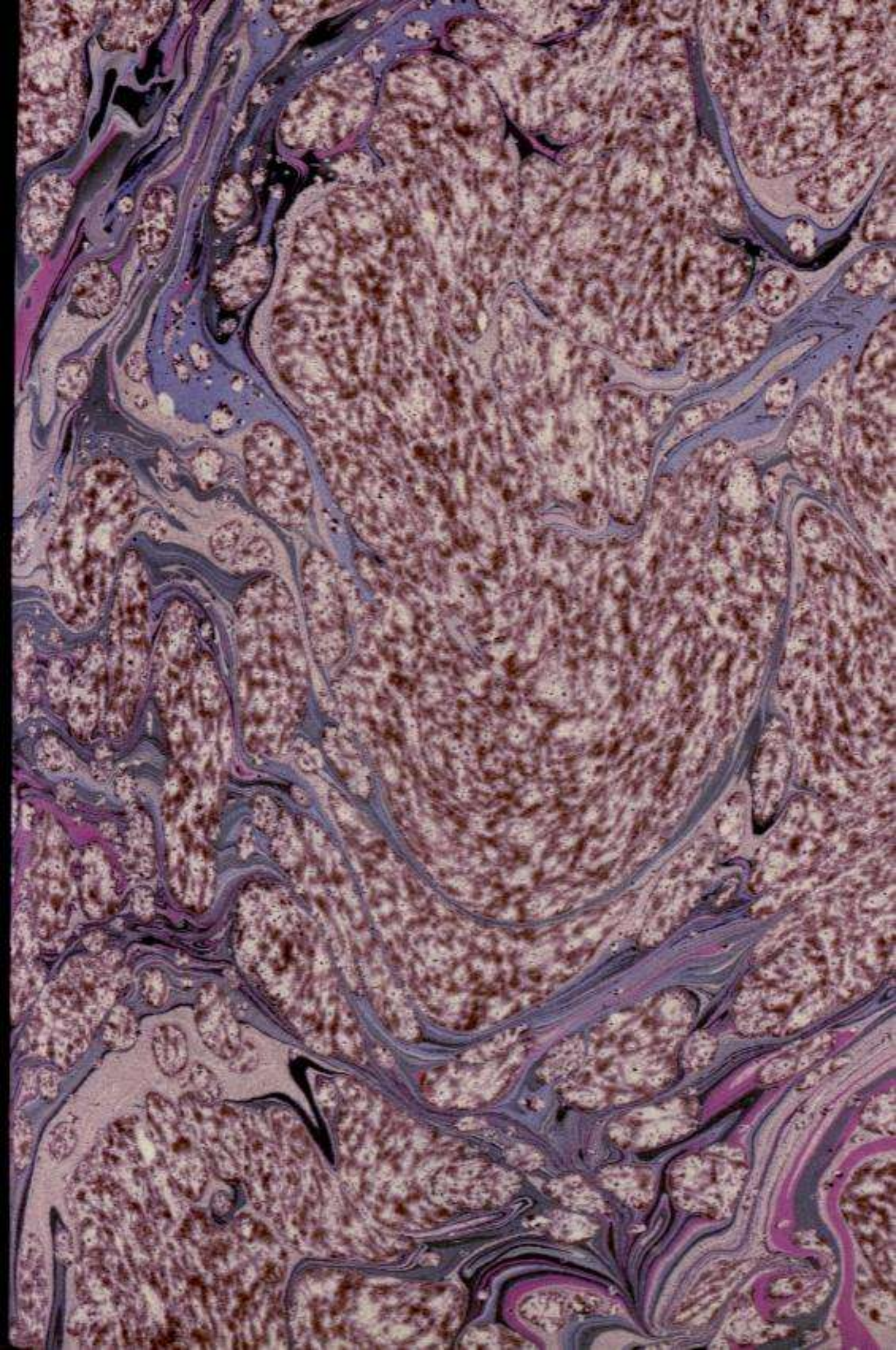






273

1926

CARTAS PEDAGÓGICAS

DEL

Dr. T. Serrano Galvache

DIRECTOR DEL COLEGIO TERESIANO

Obra declarada de texto por el Consejo de Instrucción pública según R. O. del 20 de Diciembre de 1886.

BIBLIOTECA
Facultad Medicina
CADIZ

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE F. NOZAL
Calle de Jesús, número 3
1887

CARTAS PEDAGÓGICAS

DEL

D. V. Fermín Gabarrete

DIRECTOR DEL CENTRO TERESIANO

Obra dictada de texto por el Consejo de Instrucción pública según R. O. del 20 de Diciembre de 1886

SEGUNDA EDICIÓN

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. MIGUEL
Calle de Jesús, número 3
1887

A mis queridos discípulos.

Si algo bueno se encuentra en este libro, como vosotros me lo habéis inspirado, vuestro es el mérito: por esta circunstancia os lo dedico.

Leedlo con bastante detención, para que veais en él de qué preciosas cualidades es subsceptible el espíritu del niño en el colegio, presentándoos como modelo el de **Angel Bueno.**

Todavía vuestro mérito puede ser mayor, si no rompéis los suaves y cariñosos lazos con que en estos momentos nos encontramos unidos, cuando en noble y empeñada lid conquistéis vuestro título de Bachiller en Artes. Entonces, si seguis prestando materia á mi atenta observación por medio de una comunicación incesante, además de mostraros profunda gratitud, os promete continuar la vida de **Angel Bueno** *en sociedad quien, siendo ahora el solícito director de vuestra inteligencia, mañana querrá ser vuestro consejero y vuestro amigo,*

El Autor.

A mis queridos discípulos.

INTRODUCCIÓN

Existe en el mundo una ley que rige á todos los seres en medio de su variedad infinita.

Esta ley es la unidad, que reclama con absoluto imperio la existencia de una Causa Suprema, que á todos aquellos seres les ha marcado el mismo y único destino.

El hombre la lleva en su interior y la descubre en lo exterior, siendo como el anillo que enlaza uno y otro mundo mediante la educación.

Mientras todos los demás seres permanecen estacionarios, el hombre es perfectible, y cada uno de los grados de desarrollo que en él se dan por naturaleza supone siempre la base del anterior.

Por esto los educadores é instructores, si no quieren cometer un crimen de lesa humani-

dad, no deben descuidar el cumplimiento de la misión que les fuera confiada, según que el hombre sea niño, adolescente ó joven.

En cualquiera de estos períodos no deben anularse la libertad y la espontaneidad del educando, procurando siempre utilizar todas sus manifestaciones para el fin propuesto, no olvidando que éstas son como los retoños de los frutos que han de dar después por medio del trabajo.

El procedimiento más eficaz para conseguir estos sabrosos frutos de la buena educación es la sonrisa, signo de esa esencia universal que da vida é informa á todos los seres: el amor.

La sonrisa primera que el pequeño infante dirige á su madre cuando se halla en su regazo, es causa de la compenetración de sus espíritus.

Mediante la sonrisa también el niño se une á sus hermanos, y después se comunica con los hombres.

Si siempre han sido la dulzura y el cariño las dos palancas puestas en acción para edu-

car al que, siendo hombre, antes debió ser niño, no hay la menor duda de que el trabajo educativo no ha de ofrecer dificultades.

Pero puede suceder que, malogradas las buenas disposiciones latentes en el humano espíritu por no haberlas avivado al calor del espíritu religioso en el primer grado de desarrollo de la vida del hombre, no se pueda obtener en los posteriores el resultado apetecido.

Si la madre educa á su hijo con la conciencia de su origen, diciéndole que el principio de toda existencia reposa en Dios;

Si, lo mismo al acostarse que al levantarse, se encuentra siempre á su lado para elevar juntos á los cielos tiernas plegarias, en prueba del profundo reconocimiento hacia el Padre en quien confían;

Si le manifiesta los lazos fraternales que le unen con todos los demás seres, y las diferentes consideraciones que les debe, según el reino á que pertenezcan;

Si le dice que ha sido criado á imagen y semejanza de Dios, y que, por consiguiente, debe ser bondadoso, justo, caritativo, pruden-

te, y hasta en cierto modo creador de todas cuantas obras buenas salen de su interior;

Si todo esto y mucho más hace la madre con su hijo, no tema por su futura suerte: ha depositado en su corazón buena semilla, la que no podrá por menos de florecer con el embriagador perfume de las virtudes cristianas.

La mala hierba, que crece en el campo, no produce sino espinas, porque su desarrollo está completamente abandonado.

Transplántese á terreno cultivado con esmero, y crecerá con vigor y lozanía hasta llegar á producir flores olorosas.

Tal es la benéfica influencia de la buena educación, continuada después con una sólida instrucción, que por ellas se mide la cultura de los pueblos.

Dos seres que viven la edad de los amores, fantaseando en un mundo ilusorio y cerniéndose en espíritu por regiones ideales, piensan en su misión educadora.

Llega el momento providencial de su existencia, en que todos cuantos múltiples sentimientos podían contenerse en sus almas apa-

sionadas se funden al calor del cariño más profundo y se unen en vínculo indisoluble.

Después tienen aquella eflorescencia natural, aquel efluvio purísimo que viene á constituir con la existencia de un nuevo sér la trinidad más augusta, la trinidad más sublime de la tierra: la trinidad de la familia.

Y mientras viven como esposos se acostumbran á conocerse á sí mismos, á vivir en paz con la naturaleza y en intima comunicacación con Dios, para proponer después, como padres, á su hijo el modelo de una vida fiel, pura y santificada.

No hay medio más eficaz para modelar de manera recta la conducta del individuo, que un ejemplo edificante; y convencidos de ello los padres, deben presentarse como tipos que se han de reflejar en la vida de sus hijos.

Si todos pensaran así, no se notarían ni estacionamientos, ni decadencias en los pueblos, hallándose de este modo contradicha la ley de la perfectibilidad humana, aunque esto sea de una manera parcial.

Por esto la educación es el alma y la vida

de las modernas sociedades, aprovechándose todo cuanto el pensamiento humano elaboró en los siglos que pasaron: porque se quiere realizar el progreso de la humanidad en la Historia.

Y hasta que no constituyamos un solo rebaño con un solo pastor, como quiere Jesucristo, estaremos caminando por la senda de nuestra perfección.

Cuando lleguemos á ésta habrán desaparecido las diferencias de clases y de raza.

Entonces la caridad, soplo divino, habrá fundido todos los corazones en uno solo.

Entonces las cadenas que tienen aprisionada á la carne bajo el dominio de los vicios habrán sido rotas.

Entonces la ciudad terrena habrá sido derribada para levantar en su lugar la ciudad divina.

Para ser excelentes operarios de esta obra monumental debemos aunar todos los comunes esfuerzos, padres, discípulos y profesores, que son los tres elementos que constituyen el noble sacerdocio de la educación.

Cuanto más trabajemos en este sentido, más nos asemejaremos y aproximaremos á Dios, puesto que tendrán nuestras facultades creadoras mayor actividad.

En el principio, el espíritu de Dios vagaba sobre todas las cosas aun informes. Poco á poco las fué animando con su potencia creadora.

El espíritu del hombre también vaga sobre lo confuso de su pensamiento, y poco á poco le da forma, realiza lo ideal, lo invisible háce-se visible.

Si la educación es completa, revela el hombre en su unidad todo el contenido de la conciencia: todo lo interior para al exterior.

El reino de Dios, que con tanta ansiedad buscamos, se aproxima.

Cuando lo hayamos encontrado entonces cesará nuestra misión.

C. Serrano Galvache.

I

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: No pude olvidar la palabra que me diste cuando proyectaba tu familia, á la que debías acompañar, su recreativo viaje á Suiza.

¿Entonces me dijiste que me enviarías alguna carta comunicándome las impresiones que aquel pintoresco y accidentado país te había de producir, especialmente las que habías de experimentar cuando contemplaras desde lejos aquella religiosa morada, situada á 2.450 metros de altura y abierta entre riscos cubiertos de nieves perpetuas, para dar hospitalaria acogida á todo el que camina por aquellas montañas escarpadas.

No dudaba que me escribirías algo acerca del vastísimo y admirable panorama que á tu vista se había de presentar cuando subieras

al Rigí, que, cual centinela eterno, se levanta en medio de aquella región privilegiada; pues colocado tú en su cima, de 1.800 metros de elevación, habías de sentir emociones placenteras al hallarte rodeado por una naturaleza tan exhuberante y rica, y desde donde habías de distinguir aquella multitud de lagos que, cual broches de reluciente nácar, tienen aprisionado en la tierra aquel manto de esmeralda que presentan sus valles por doquier: sólo á vuestra edad se pueden gozar esos encantos naturales.

Si vuestro tierno espíritu recibe, como si fuera en blanda cera, todas esas bellezas esparcidas con mano pródiga en medio del planeta en que vivimos, no te debió extrañar el que me produjera honda pena tu silencio, debiéndome comunicar tus impresiones.

A tu regreso me pediste mil perdones por haber defraudado mis esperanzas, y, con dolor lo esc ibo, casi casi querías justificar tu conducta diciéndome que habías hecho el borrador de algunas cartas, pero que todas ellas estaban plagadas de defectos, por lo cual no me las habías dirigido.

He aquí, querido Angelín, lo que ha motivado la presente, cuyo contenido bien pudiera habértelo comunicado de palabra; mas como quiero que no olvides nunca lo que te voy á

decir, he preferido darle la permanencia de lo escrito.

Trato de inculcar en tu espíritu ideas diametralmente opuestas á las que han venido prevaleciendo hasta poco tiempo há Habrás oído decir constantemente que *la letra con sangre entra*, cuya afirmación cuadraba perfectamente á épocas que ya pasaron, y en las que, creyéndose que el castigo era una seguridad para el bueno y un mal para el malo, no se buscaba la proporcionalidad que debía existir entre el delito y la pena, sino que el Estado aplicaba de una manera arbitraria y caprichosa las que quería, cuya práctica fué causa de que, ya á la mitad de la pasada centuria, Beccaria negase semejante derecho al Estado.

A contar desde esta época se inició una revolución enérgica en la ciencia penal, considerando que si la pena debía dirigirse siempre á la corrección del culpable, aquellas que eran por su naturaleza infamantes, como el emplumamiento, los azotes y otras, debían desterrarse por completo todo vez que producían el efecto contrario.

Tales ideas han influido en ciertas y determinadas esferas de la vida, siendo la de la enseñanza una de las que no han podido sustraerse á semejante influencia, y por eso ha

brás observado, querido Angel, que ahora para la educación de los niños no se emplean aquellos medios que atormentaban y zaherian al cuerpo, pero que pervertian y sublevaban el espíritu.

Hoy, para dirigir vuestras tiernas inteligencias, no hay mejor medio que el de una palabra insinuante y persuasiva, auxiliada del talismán poderoso de la ciencia y escudada con el ejemplo edificante que presenta la virtud. ¡Desgraciado el superior que trate de imponerse por la fuerza material! Recuerda á este propósito lo que tantas veces te habrá sucedido al pretender conseguir por la violencia lo que hubieras alcanzado con más facilidad por la dulzura y el cariño, y piensa tam bién en lo que de tí mismo se puede esperar por este procedimiento tan benigno.

Según esto, las relaciones modernas entre profesor y discípulo han de ser tan íntimas y profundas que puedan engendrar una segunda parternidad. No debes, por consiguiente, creer que los encargados de tu educación intelectual ocupan un lugar tan elevado que sea inaccesible á tus naturales y espontáneas manifestaciones; pues esa autoridad de que antes se hallaban revestidos, y que venia á degenerar en despotismo, se ha convertido

hoy en una superioridad de tal naturaleza, que produce, antes que el temor y el miedo el respeto y la consideración.

Si no fuera por la duda que tengo de que esta carta resulte demasiado extensa, y molesta, por lo tanto, su lectura para tí, trataría de dibujarte á grandes rasgos al profesor de antes y al profesor de ahora.

Juzgaba con severidad en lo antiguo decretando castigos crueles, y convirtiéndose en ejecutor de sus propias sentencias; juzga hoy con benignidad, templando siempre el rigor de la justicia y temiendo el decretar alguna pena, por leve é insignificante que sea, porque no quiere verse en el angustioso trance de aplicarla.

Quizás alguna vez le veas altamente disgustado, incomodándose con aquellos que no quieren hacer el uso conveniente de aquel talento que de Dios han recibido; pero contigo, que además de ser *bueno* eres un *ángel,* presentando, por consiguiente, todas las buenas cualidades que deben adornar á un niño, no puede tener lugar el más leve disgusto.

Si, pues, ya conoces de una manera general la misión del profesor, cuya mayor satisacción consiste en ver sus pensamientos reproducidos en las tiernas inteligencias de to-

dos sus discípulos; si, por otra parte, has podido observar el especial carácter que me distingue, juzgando siempre todas tus acciones y palabras con aquella mesura y aquel comedimiento que exigen tus excelentes cualidades, nunca debías haber dejado encerradas en la cartera aquellas cartas que ya habías escrito para mí.

Me has dicho que contenían algunos defectos, y hubiste de creer que el disgusto producido por su lectura me hubiera conducido á romper en mil pedazos el papel en que me comunicabas tus puras y desinteresadas emociones. ¡Cuánto distas de la verdad al pensar de esta manera! Acaso creyeras que á correo vuelto ibas á recibir mi contestación acusándote de un discípulo mal aprovechado, ó que con enfática entonación y reprensiones adustas se iba á manifestar los defectos de que adolecía tu carta. No, querido Angelín: deseo que tengas aprendido, de ahora para siempre, que nunca experimento mayor alegría sino cuando veo algún fruto producido por aquel pensamiento que primeramente roturé, y fertilicé más tarde á costa de tantos y tan repetidos afanes; y si aquél no se ha desarrollado lo bastante, cual horticultor solícito procuro de nuevo abonar la tierra con toda la paciencia

necesaria y con todo el interés del que espera recoger buena cosecha.

Así como á vuela pluma he tratado de manifestarte algunas de las diferencias existentes entre el procedimiento pedagógico antiguo y el moderno, en lo que afecta á la misión del profesor. Hay otras muchas que á la esencia misma de la cosa se refieren, las que podrán ser objeto de otra carta.

Hoy basta á mi propósito lo que te llevo escrito, á lo que ya voy á poner el punto final, pero no sin decirte antes que deseo verte convertido en modelo imperecedero de ciencia y de virtud.

Te quiere de corazón tu director intelectual.

— 19 —

necesaria y con todo el interés del que espera recoger buena cosecha.

Así como á vuela pluma he tratado de manifestarte algunas de las diferencias existentes entre el procedimiento pedagógico antiguo y el moderno, en lo que afecta á la misión del profesor. Hay otras muchas que á la esencia misma de la cosa se refieren, las que podrán ser objeto de otra carta.

Hoy has á mi propósito lo que te llevo escrito, á lo que va voy á poner el punto final, pero no sin decirte antes que deseo verte convertido en modelo (imperecedero) de ciencia y de virtud.

Te quiere de corazón tu director intelectual.

II

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: Recordarás que en mi anterior te daba á conocer la significación que tiene el profesor en los tiempos que corremos, y el trato afable y cariñoso que debe existir entre éste y sus discípulos.

Circunstancias son éstas que debieron alentarte para redoblar tus esfuerzos y ser un espíritu más observador, á fin de proponerme cuantas dudas y dificultades puedan presentar las relaciones existentes entre discípulos y profesor, y el carácter que debe presentar la buena educación; pero, en vez de conseguir mi propósito, he visto con honda pena que te contentas con estudiar la lección y estar sumamente atento mientras te estoy hablando.

Esto no es bastante. Tienes en el día al-

gunas horas desocupadas, que quisiera verlas empleadas en trabajos especiales, debidos á tu propia y exclusiva iniciativa.

Hace ya mucho tiempo, cuándo tus padres creyeron que era necesaria mi intervención para continuar en tí el trabajo educativo, porque un nuevo elemento, la instrucción, enérgicamente se imponía, dada la edad en que te hallabas, que ya desde entonces empecé á inculcar en tu espíritu la imperiosa necesidad que el hombre tiene de estar constantemente trabajando. Tú, sin embargo, aguzabas el ingenio para encontrar justificación en ocupaciones verdaderamente ficticias.

No, querido Angelín, no pretendas engañarte: si todas las leyes de la naturaleza son constantes é inmutables, ninguna vemos tan evidentemente demostrada como la del trabajo, á la que quiero estés por completo sometido.

Trabaja la molécula que en el interior de la tierra busca su congénere para formar las riquezas naturales; trabaja la gota de agua que unida á tras constituye un manantial, éste cen otro forma los ríos, que después enrique ccn la inmensa mole del océano, donde evaporada sube á la atmósfera y origina las nubes, para descender luego á la tierra en forma de

copiosa lluvia que fertilece los campos; trabaja la semilla que, enterrada en esponjosa y bien abonada tierra, aparece sobre la superficie en forma de tierno tallo, que después crece hasta convertirse en robusta planta, de donde brotan multitud de flores, precursoras de sabrosos frutos; trabaja el huevecillo, de donde sale la oruga, que se convierte en insecto perfecto de vistosísimos colores, pasando antes por laboriosa crisálida. No hay, pues, en la naturaleza entera, ningún sér que pueda sustraerse á esa universal ley del trabajo; pero también es cierto que no hay ninguno que pueda superar al hombre en el cumplimiento de esa misma ley, y esto es debido á que es un sér libre y consciente.

Ya has visto, querido Angelín, la ley á que nos hallamos sometidos todos, absolutamente todos, desde el mismo momento de nacer, y es porque tenemos, como antes te decía, imperiosa necesidad de ella. Sin el trabajo el hombre no goza de salud, ni la sociedad puede obtener beneficio alguno.

Bien es cierto que una lucha interior y exterior ha de sostener, lo mismo el individuo que la familia y los pueblos, para acostumbrarse á trabajar; por esto tiene la categoría de virtud, toda vez que se necesita cierto vi-

gor, cierta fuerza física y moral para su ejercicio; pero no es menos cierto que va acompañada de un séquito notable: ella nos morigera, nos hace cautos, nos fortalece, atiende á nuestras necesidades, nos trae la abundancia; el ocio, por el contrario, lleva consigo fúnebre cortejo: engendra la terrible miseria, la crápula inmunda, el libertinaje refinado, la depravación asquerosa, el crimen y la muerte.

Ten siempre presente, Angel mío, que un pueblo es tanto más culto, es mayor su civilización, cuanto mayor es su actividad; y se asegura más, es más respetado, cuanto mayor es el número de energías que suma el trabajo.

Acaso acaso conozcas á alguno que haya podido conquistar un elevado puesto social sin grandes esfuerzos por su parte; pero esta excepción que pudieras presentar no dice nada en contra de la ley establecida, la que si fué desconocida en la culta Grecia y belicosa Roma, sosteniendo sus sabios y legisladores, entre ellos Aristóteles, Séneca y Jenofonte, que unos hombres habían nacido para el trabajo, porque éste era degradante, y de aquí la explicación de la esclavitud, crimen de lesa humanidad, y otros para la libertad, de la que

se originaban todas las demás clases sociales, no pudo serlo en manera alguna después de la aparición del Cristianismo. institución que, por ser divina, estaba llamada á renovar profundamente aquella sociedad envilecida, infundiéndole el espíritu de verdad y de vida que animaba á su divino Fundador.

Venid á mí todos los que trabajáis y andáis agobiados de penas y fatigas; yo os daré fuerzas reparadoras, decía Jesucristo á todas aquellas turbas que le seguian para escuchar su doctrina verdaderamente salvadora; y enalteciendo el trabajo hasta el punto de elegir por padre, aquí en la tierra, á un humilde artesano, rompió los absurdos moldes que habían dado forma á aquella sociedad putrefacta para modelarla con arreglo á los principios regeneradores de la doctrina que predicaba

Trabaja, pues, amable Ángel; es el más seguro patrimonio que podemos disfrutar el del trabajo; y si los rigores de éste producen en tí el mismo efecto que los rigores del sol sobre el lirio blanco, que yace sobre la tierra sin olor y sin frescura, desmayados sus pétalos como blando y laso copo de lana, no importa, mi querido Angelín, que en la noche de la vida el recuerdo de todas cuantas obras buenas hayas practicado caerá como fecun-

dante rocío sobre tu abatido espíritu, y se alzará hermoso y esplendente para exhalar su delicioso perfume en otro mundo mejor, así como se levanta el agostado lirio sobre el verde tallo después que ha recibido el refrigerante rocío de la noche.

Creo haberte dicho lo bastante para que comprendas, dado tu claro ingenio, lo que debes escribirme en la tuya, contestación á la presente. Ya sabes, porque muchísimas veces te lo tengo dicho, que siento un placer inefable cuando me propones alguna cuestión ajena á todas aquellas que pueden ofrecer las asignaturas que estudias, porque creo que ya te vas preocupando con todo lo que tiene algo más que interés particular.

Sigue de este modo, que se avive en tí cada día más el amor al trabajo, y verás cómo tienes en constante actividad á tu espíritu, despertándose en él un sinnúmero de interesantes cuestiones cuya solución ansiarás, para lo cual te ofrece con verdadero gusto y entusiasmo su insignificante cooperación quien, después de tus padres, desea ver en tí acumulados muchos y útiles conocimientos, tu director intelectual.

III

A mi querido discípulo

ANGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: Has probado una vez más tu bondadoso carácter respondiendo tan gustosamente á la ligerísima indicación hecha en mi anterior. No has podido complacerme de mejor manera que proponiéndome una cuestión de tanta transcendencia en la educación de los niños: ¿Debe estudiarse religión en el colegio?

Tal es la pregunta que me haces con el candor propio de los pocos años, sin haber podido adivinar la importancia suma que en sí tiene, pero que trataré de evidenciarte para que, con bastante detenimiento, pienses en ella, procurando sacar todo el provecho posible.

Tu espíritu, algún tanto observador, y la curiosidad propia de tu edad, te habrán movi-

do más de una vez á fijar la atención en el maravilloso orden y perfecta armonía existentes en la naturaleza entera.

Recuerdo que, cuando yo tenía tus años, pasaba largos ratos contemplando el cielo estrellado de diamantinas puntas; la aparición de la pudorosa aurora, que bajo sonrosado velo ocultaba sus encantos; los torrentes de luz que el refulgente sol derramaba por los mundos; la matizada alfombra con que se engalanaban los huertos; el murmullo del arroyo como el estruendo o movimiento del torrente; el suave susurro de la brisa, como el inmenso estrépito de furioso vendaval; la melodía del ruiseñor gentil, como el armonioso concierto que mil canoras aves entonaban al despuntar el día, siendo como el despertar de la naturaleza toda; y extasiado ante tan innumerables bellezas como iba descubriendo mi atención, se remontaba luego al Autor de ellas, y concluía por reconocer la existencia de Dios, la que después llegué á defender con entusiasmo porque otras muchas pruebas se manifestaron á mi razón.

Si, pues, querido Angelín, existe un Dios, causa y principio de todos los seres, éstos han de hallarse ligados con Aquél mediante ciertos vínculos y relaciones que vienen á cons-

tituir lo que se llama religión; y á la manera como se deben tener siempre presentes las relaciones que unen entre sí á los individuos de la sociedad en general, y las que unen á los padres con los hijos en particular, así también no debemos olvidar las que nos unen con Dios, fuente de donde procede cuanto somos y valemos. Según esto, ya te estoy oyendo dar la contestación á la pregunta que tú mismo has formulado, considerando como necesario el estudio de la religión en el colegio.

Ya tu bondadosa madre te inició en la vida religiosa cuando, al aparecer en ti la esplendorosa luz de la inteligencia, tratabas de averiguar el por qué de las manifestaciones del culto que observabas en la iglesia, adonde te llevaba tu madre para que aprendieras á elevar tiernas plegarias á aquella otra Madre divina que, movida por su amor á los hombres, ofreció en sacrificio á su amantísimo Hijo en el encumbrado Gólgota, desde donde, con los brazos abiertos en cruz afrentosa, redimió con su muerte á la humanidad envilecida.

Y entonces se iba notando en tí la necesidad que el espíritu siente de adorar algo desconocido; pues cuando tu madre querida te decía que todas aquellas ceremonias no eran otra cosa sino pruebas del rendido homenaje

que debemos tributar á un Sér Supremo, Autor de cuanto existe, se avivaba mucho más el deseo, que has sentido siempre, de unirte con lazos interiores y exteriores á nuestro Dios excelso, el que ha puesto á nuestro lado, para que nos sirva de ángel tutelar en esos primeros años, al sér que es todo sentimiento, que es todo caridad, enseñándonos á unir nuestras diminutas manos cuando pronunciamos las primeras oraciones.

¡Qué dicha, Angelín querido, recibir las primeras inspiraciones religiosas de los labios de una madre! ¿Verdad que existen grabadas en tu alma con caracteres indelebles? Por esto, sin duda alguna, me has preguntado si la religión debe estudiarse en el colegio Has creído por un momento que debían adquirirse otros conocimientos en su lugar.

Los que, como tú, conservan firmes sus ideas en religión, ciertamente no necesitan de su estudio, porque serán *buenos* y además *ángeles*; pero es una triste y penosa realidad que llena el alma de amargura ver cómo se olvidan por la juventud de nuestros días hasta las más rudimentarias nociones sobre tan importante materia; y así como constituiría grave falta desconocer, siquiera fuera por un momento indivisible, los sacratísimos deberes que ligan á

los hijos con sus padres en la vida de familia, y obraría contra naturaleza el que no supiera que existen ciertas obligaciones que unen á los hombres entre sí para vivir en sociedad, así también faltaría solemnemente aquel que se olvidare de lo que debe á su Dios, por quien y para quien vive.

No hay que hacerse ilusiones, Angel mío; si has notado en tus compañeros cierta aversión á los estudios religiosos, debido es esto á que la religión impone mandatos categóricos, cuyo cumplimiento es absolutamente necesario si el hombre no desconoce su naturaleza racional.

Terrible es la lucha; pero no es menos grande la victoria. Siendo los elementos constitutivos de nuestro sér alma y cuerpo, espíritu y materia, ángel y bestia, existe un dualismo tan marcado que su resolución en una unidad superior es difícil en grado sumo, como no se avive el espíritu al calor de profundas convicciones religiosas, para que éstas tengan bajo su imperio todas las sugestiones de la carne, todas las miserias de la materia, todas las solicitudes de la bestia.

Numerosísimas violencias nos hemos de hacer para sacar á flote nuestra alma en el mar cenagoso de las pasiones humanas; pero ten

en cuenta, Angel querido, que después de penosa y larga navegación encontramos el puerto de nuestra dicha, constituído aquí por la tranquilidad de la conciencia y multitud de placeres espirituales inefables, y en otro mundo mejor por la visión beatífica de nuestro amantísimo Dios.

No sé si habré podido complacerte con cuanto te llevo dicho sobre tan interesante asunto. Te he escrito lo que se me ha ocurrido en el momento, procurando adaptar el contenido de esta carta á tu tierna inteligencia, hiriendo antes que todo el sentimiento con la contemplación de las bellezas naturales y el recuerdo de lo que hiciera tu madre en tus infantiles años, para que tu corazón se forma a el calor del espíritu religioso.

Consiste esto en que tu madre y yo creemos profundamente que la religión es algo que nos integra, algo que forma parte de nuestra naturaleza, que se manifiesta y brota por todo nuesto ser, lo más grande, lo más sublime, lo que más elocuencia presta á nuestros labios. Creo en Dios, dice el hombre rústico, siempre consagrado á las faenas agrícolas, porque su existencia me la demuestra la fecundidad de este campo que cultivo, el pan que me alimenta, el agua que me refrigera,

el sol que me alumbra, la tierra que me mantiene, el cielo que me cobija. Existe un Sér Supremo, dice el filósofo, y su existencia la veo en la necesidad de un ente necesario, en el reconocimiento de una causa para la razón humana, en el orden y armonía que se observa en la naturaleza, en las consecuencias fatales á que conduce su negación y en el consentimiento unánime de todos los pueblos.

Basta ya por hoy, querido Angelín; no quiero que te cansen, por ser demasiado extensas, las cartas que me he propuesto escribirte para consolidar la buena educación que recibiste de tus padres. Esta me ha obligado á incurrir en lo mismo que quería evitar por haberla considerado fundamental, pues el principio de la sabiduría es el santo temor de Dios; lo que no debes olvidar en ningún momento de tu vida si es que quieres conseguir, además de la educación esmerada que ya te distingue, una sólida instrucción, en virtud de la cual conquistar puedas un elevado y honroso puesto social.

Mucho más que todo esto es cuanto desea de corazón para tí, tu director intelectual.

IV

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelin: He visto con mucho gusto las protestas que me haces en la tuya de tus sentimientos, profundamente religiosos, y el íntimo convencimiento que has llegado á adquirir de que en el colegio debe estudiarse la asignatura de religión, porque un establecimiento de enseñanza no debe carecer de aquello que es considerado como su verdadera base y fundamento. Pero me dices también que después de haber leído con mucho detenimiento la mía, y haberla estudiado con el interés con que estudias cuantos asuntos trato por escrito, has notado cierto vacío, no hallando en toda ella afirmaciones categóricas acerca de cuál religión debe conocerse, si la natural ó una religión positiva.

Cree profundamente, querido Angel, que

nunca te agradeceré bastante el placer inmenso que me ha producido tu última misiva, porque me presta ocasión para dar rienda suelta á mis convicciones religiosas.

Consiste la religión natural en el conjunto de deberes impresos en la conciencia por Dios, en cuya virtud éste se halla unido con el hombre. Siendo conocidos aquellos deberes mediante la luz de la razón, la criatura se eleva hasta su Criador, y de aquí nace un nuevo vínculo, el que propiamente recibe el nombre de religión natural.

Comprenderás, Angelín, que si todos los hombres y todos los pueblos hubieran cumplido con los preceptos de esa religión, Dios habría terminado su obra. Mas hubo un momento en la historia de la humanidad en que la razon extraviada cedió el campo de su actividad á los sentidos, que, heridos vivamente por los fenómenos naturales, nublaron la inteligencia, y, creyendo el hombre que eran seres misteriosos, llegó á divinizarlos. Lo mismo hizo con un sinnúmero de animales y de plantas, cuyas especiales condiciones ó caracteres extraordinarios les elevaron á la categoría de dioses; y esas inmensas moles de granito que, como centinelas eternos, se levantan sobre todo lo que les rodea, sir-

vieron de asiento á innumerables divinidades, descendiendo otras, ó á las aguas de caudalosos ríos que, como el Nilo, el Indo y el Ganges, eran sagrados, ó á las espumosas ondas de agitado mar, de donde salió Venus colocada sobre nacaradas conchas.

Ahora es cuando aparece el simbolismo de las primitivas religiones, adorando el signo en vez de la cosa significada, y aquí tienes explicada la idolatría de los pueblos antiguos, que no pudieron verse libres de tan falsas creencias á pesar de los esfuerzos de la clase sacerdotal.

Sólo un pueblo, el hebreo, pudo conservar las creencias verdaderas acerca del Sér Supremo, que constantemente se estaba revelando, por medio de figuras y comunicaciones directas, con los que habian de ser sus jefes y caudillos.

Ya sabes tú que este mismo pueblo permaneció por mucho tiempo en el Egipto, debiendo de contaminarse, inoculando en su espíritu falsas ideas de religión; pero aparece Moisés, que, como legislador, político y libertador, quiso preservar á su pueblo de aquel contagio llevándolo al desierto, en donde permaneció por espacio de cuarenta años, al cabo de los cuales ya había desaparecido toda la genera-

ción viciosa del Egipto. Entonces fué cuando organizó á su pueblo política y socialmente, y consignó, en libros inmortales por ser divinamente inspirados, las tradiciones de sus antepasados, las leyes por las cuales se había de regir y gobernar, y el modo cón que Dios quiso ser adorado.

Esto vino á constituir ya una religión positiva, la única verdadera de todos los pueblos antiguos; pues mientras éstos adoraban, no sólo á los seres animados é inanimados, sino hasta lo que salía de las manos del hombre, el pueblo hebreo, carnal por naturaleza, creyó en un solo Dios, que todo era pureza, espíritu é inmensa inteligencia.

Todo lo cual bastaría, amable Angel, para que te convencieras de que, no siendo suficiente la razón humana para conocer la manera cómo Dios ha de ser honrado, ha sido preciso que se nos revele directamente, y hé aquí el origen de la única religión positiva, verdadera, de la que, siendo continuación la religión de Jesucristo, ésta es la que debe nutrir el espíritu del niño en el colegio.

Tú mismo me habrás de dar la razón cuando me contestes, porque no hay ninguna doctrina religiosa que contenga máximas más sublimes, ni principios más consoladores. De

todo esto tienes conocimiento porque eres ferviente católico, como me lo has demostrado en muchas ocasiones. Recuerda si no aquella en que, haciendo conmigo la visita de los pobres en su propio domicilio, te quedaste profundamente impresionado por el cuadro tristísimo que presenciaste en miserable buhardilla, de donde no salían más que ayes lastimeros, lanzados por un anciano padre postrado en el lecho del dolor, ciego y paralítico desde su floreciente juventud, en que disfrutó de posición algún tanto desahogada. Alrededor de la cama se encontraban sus tres hijos, uno de los cuales, atacado de enfermedad incurable, aumentaba las sombras fatídicas de aquel desgarrador cuadro, que no tenía de grande, de sublime, sino la santa resignación con que sufrían estos seres tamaña adversidad.

Cuando viste la alegría que experimentaron al vernos, y comprendiste que la gratitud que mostraban no era debida al socorro material que de nuestra mano recibían, sino á la limosna espiritual que con tanto gusto les dispensábamos subiendo hasta un sexto piso, teniendo que encorvar nuestro cuerpo para poder estar en el interior de aquella miserable vivienda, acercándonos á aquella harapienta cama para conversar un rato con aquellos se-

res tan desgraciados, y aspirando una atmósfera pesada y pestilente, no pudiste por menos de reconocer la grandeza de la obra que estábamos realizando, y al salir me dijiste, poniendo en ello toda tu alma: la esencia del cristianismo mantiene á esta familia; el espíritu católico es el único que puede guiarnos para ejecutar acciones que puedan rayar en heroicas.

Así es, queridísimo Angelín: no hay ninguna religión que lleve consuelo tan grande á nuestra alma como el Catolicismo. Me he fijado en la caridad por él predicada y sostenida para demostrártelo, porque tú mismo me has dado motivo para ello admirando nuestro desprendimiento y amor para con el pobre, siendo aún lo más admirable la constancia con que una semana y otra, y todas las semanas, repetimos con el mismo gusto nuestra caritativa visita.

Como no conoces ninguna otra institución que, privada de la savia del Catolicismo, pretenda realizar las mismas obras, no puedes comparar; pero si siempre has creído cuanto he pretendido inculcar en tu ánimo con verdadero fundamento racional, no dejarás de confesar conmigo que todas cuantas sociedades pretendan aliviar la situación de las clases menesterosas con socorros materiales ha-

ciendo caso omiso de la consoladora doctrina del Evangelio, realizarán obras estériles: sólo puede fructificar aquello que recibe su savia de los cielos.

Pudiera haberme fijado en otros muchos principios para probarte, estimable Angelín, que la religión católica es la única que debe informar la vida del hombre en cualquiera de sus edades, y que, por lo tanto, ésta es la que debe enseñarse en el colegio; pero he creído suficiente para mi propósito hablarte de la caridad, porque es la principal de todas las virtudes y la que, por los inefables placeres que proporciona, desea ver más arraigada en tu espíritu tu director intelectual.

V

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: Desde que vengo sosteniendo contigo esta correspondencia epistolar, voy notando el cambio que me había propuesto. No quería que fueras rutinario en tus estudios, como suelen serlo, por desgracia, casi todos tus compañeros, y pruebas que sabes aprovechar mis lecciones por cuanto tienes á tu espíritu en actividad constante para estudiar las cuestiones que deseas proponerme.

Hace pocos días estabas repasando la lección de la Retórica que trata de la novela; y al leer que el fin de esta producción literaria es elevar la inteligencia y purificar los sentimientos, creíste encontrar un poderoso argumento en contra de la prohibición que te tengo hecha acerca de su lectura sin que preceda

el examen que del género de estas obras hemos de hacer tus padres ó yo, no comprendiendo entonces que hay muchos novelistas desconocedores de su misión altamente social y moralizadora, y creyendo equivocadamente que pueden escoger como asunto cualquier hecho de la realidad, dan forma plástica sensible, por medio de la palabra, á lo más repugnante y asqueroso que puede presentar la sociedad.

No faltará quien te diga que es preciso vapulearla y escarnecerla, sacando de su inmundo fondo cuantos vicios se han venido depositando en él; pero no podrán por menos de reconocer que son tan repulsivas ciertas escenas de la vida que nunca pueden llegar á ser objeto propio de la obra literaria.

En efecto, querido Angelín; siendo la inspiración aquella lámpara misteriosa que, suspendida del cielo artístico, ilumina con sus vivos resplandores todas las bellezas que forman el reino del Arte, no puede penetrar su luz en esos antros llenos de sombras y tinieblas, y que constituyen el imperio del mal y de los vicios; sólo esto podrá utilizarlo el artista por vía de contraste, á fin de que resulte el bien con mayor relieve y colorido. Observa si no lo que sucede en el colegio: la figura del bueno sobresale y se distingue porque siempre hay algu-

no que no cumple con los sacratísimos deberes que obligan á todos los niños; mas ¿sería posible la disciplina, el orden, la armonía en un centro de enseñanza en donde no hubiera más que elementos perturbadores? Cosa análoga sucede en la novela: si todos los personajes que en ella toman parte no son sino retratos asquerosos de tipos repugnantes, y no se llega á descubrir alguno que ofrezca cualidades profundamente morales y edificantes, la obra no se encamina á su fin toda vez que, en lugar de purificar el sentimiento, lo mancha y embrutece.

Porque te quiero mucho, y porque me apenaría ver tu alma oscurecida, aunque no fuera más que por la más ligera sombra del vicio, deseo que en asunto de esta naturaleza estés siempre sometido á la autoridad de tu padre ó de tu director. El predominio de tu imaginación sobre todas las demás funciones del espíritu ofrece un inconveniente gravísimo si es que la dejas expuesta á todo género de impresiones, favorables unas desfavorables otras, para la depuración del sentimiento, voluntad é inteligencia.

En vuestra tierna edad agrada, por modo muy común, todo aquello que tiene carácter sensible, y á la verdad que el novelista

no hace otra cosa sino dar forma sensible, por medio de la palabra, á los múltiples y variados hechos sociales: por esto gusta la novela á espíritus juveniles; pero si el alimento de la imaginación es una exigencia de la edad, yo quisiera despertar en ti el placer de la contemplación de las bellezas naturales.

¡Ah, querido Angelín, cuánto se goza en la orilla del mar! En este sitio, la brisa, que desde el límite del horizonte viene confundida en un beso con la superficie de las aguas hasta la orilla misma, deja en nuestros oídos un eco tan dulce y cadencioso que no nos cansamos de escucharlo. Vemos las lanchas pescadoras que, cual pesadas gaviotas, van lamiendo pausadamente las azuladas olas, y deseamos que no desaparezcan de nuestra vista por seguir contemplándolas. Si por la noche el reflejo de la luna forma ancha cinta nacarada, que, ondulando al movimiento ac mpasado de las aguas, llama poderosamente la atención, nos quedamos absortos algunos instantes porque creemos ver envuelta en aquella cinta celestial aparición. Muchas veces seguimos con la más viva mirada una de esas olas inmensas que, formada en lontananza y coronada de hirviente espuma, viene á dormirse tranquilamente en suave playa ó á estrellarse contra peñasco

duro, porque creemos que, al deshacerse, va á surgir pura y esbelta la realidad de alguna idea halagadora.

Como éstas, querido Angelín, son todas las bellezas que la naturaleza nos ofrece. Seguiría enumerándolas si no supiera que algunas veces ha llamado tu atención lo mismo la aparición del sol por el Oriente que su ocultación por el Ocaso; así la dilatada y escueta llanura como el bosque de vegetación exhuberante y lujuriosa; tanto la esplendorosa luz del Mediodía cuanto las misteriosas sombras de la noche, etc., etc.

Gózate, pues, en tales bellezas naturales; de este modo tu espíritu se dispondrá para disfrutar de las que ofrecen el mundo moral y el mundo intelectual conjuntamente; éstas ya necesitan una observación más atenta y un estudio más detenido, siendo además necesario estímulos poderosos para poderlas percibir. Las enseñanzas de un profesor sabio y prudente de una parte, y de otra la elección de novelas morales y edificantes, son los requisitos indispensables para conseguir este objeto. Y ¿quién podrá tener más acierto en esta elección? ¿Tú, que todavía no tienes suficiente criterio para distinguir lo bello de lo deforme, lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, ó tu

director, que con verdadero entusiasmo se dedicó al estudio de todas las ciencias que cursas en este período de tu vida, cuando contaba los mismos años que ahora cuentas, ampliando con estudios posteriores los conocimientos que entonces adquiriera?

Ya parece que te estoy oyendo decir que retiras por completo y en absoluto la observación que me hacías en tu última, y que consignada queda al principio de esta carta. Habrás comprendido el poderosísimo fundamento de mi prohibición, y por esto se ha operado en tí semejante cambio.

No es extraño, Angel apreciable; no olvides nunca que cuantas advertencias salgan de mis labios en favor de tu buena educación se inspiran siempre en el más elevado criterio de rectitud, de bondad y de justicia. Y á la verdad, no es posible otra cosa en quien, como yo, por vocación decidida ha venido á ocupar en la sociedad un puesto tan espinoso, en el que permaneceré, porque ésta es la voluntad de Dios, á pesar de los muchos disgustos y de las grandes amarguras que consigo lleva tan difícil cargo.

Sirvan como compensación de todos estos sinsabores las grandes satisfacciones que contigo experimento cuando, como discípulo

ejemplar, cumples con todos los deberes que te impone el carácter de tal, no perdiendo ni aun el más insignificante momento de cuantos te tengo designados para estudio, siendo intachable tu conducta todo el tiempo que te hallas en clase, encontrándote siempre á mi lado cuando salimos de paseo para sostener, con quien tanto gusto tiene en conversar contigo, diálogos animados, científicos unos, literarios otros, filosófico-sociales los más, sin que tú mismo te des cuenta del gran interés que revisten algunos de ellos, y mostrándome un respeto y un cariño intensísimo, aunque nunca llegará á ser tan grande como el que de todas veras te profesa tu director intelectual.

VI

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: No puedes formarte ni aun la más ligera idea del profundo placer que experimento cuando recibo alguna carta tuya. Tal interés avivan en mi espíritu, y tan irresistible ansiedad en mi alma se despierta, que abandono cualquier ocupación que tenga en el momento, atraído por el deseo de algo desconocido. Sólo es comparable esta ansiedad que en mí se manifiesta con la que tantas veces habrás experimentado al encontrarte entretenido con juguetes infantiles movidos por resortes cuyo secreto tú desconocías, pero que, no habiendo de satisfacerte la explicación de aquellos á quienes preguntabas el por qué de tales movimientos, concluías por romperlos para enterarte de su mecanismo por ti mismo.

No en vano, Ángel querido, leo con tanto interés tus cartas después de haberme probado en alguna de ellas que por intuición llegas á conocer algunos de los más profundos problemas pedagógicos, que tan hondamente preocupan á la sociedad de nuestros días; refiérome á aquella bellísima carta en que, después de hacer solemnes protestas de tus convicciones religiosas, por la conducta que observan algunos de tus compañeros de colegio llegaste á dudar por un momento, hasta tanto que no recibiste mi contestación, si en el celegio debía enseñarse religión.

No es menos interesante el asunto que motiva la presente, pues me obligas á escribirte otra nueva carta para manifestarte las excelencias que consigo lleva la enseñanza de colegio sobre la enseñanza doméstica, ó sea la que se puede recibir en la propia casa, toda vez que aquélla contribuye á favorecer poderosamente el desarrollo de las buenas cualidades educativas adquiridas al calor de la familia, así como también nos reviste de otras muchas que son las iniciadoras en la lucha por la vida

Si el hombre no hubiese de conocer otro mundo que el contenido en las paredes de su casa, ni otro trato que el proporcionado por

los individuos de su reducida familia, rigurosamente hablando, no necesitaría otra enseñanza que la recibida en tan limitada esfera; pero, por nuestra dicha, nuestra patria no reconoce ni límites ni fronteras, y donde quiera que lata un corazón de hombre habremos de reconocer que allí están nuestros hermanos. Muchos y muy diversos son los placeres del hogar; todos, al recordarlo nada más, experimentamos verdadera fruición, alegría indefinible; pero son incomparablemente mucho mayores los que sentimos cuando dispensamos ó recibimos un beneficio de algún semejante nuestro: así puede desarrollarse y extenderse el sublime principio de la solidaridad humana, en cuya virtud todos los hombres constituimos una gran familia.

Ya tu madre avivó en ti ese sentimiento mientras te arrullaba en su regazo, estando por amor incondicionalmente á tus cuidados, prodigándote caricias sin cuento, despertando tus primeras sonrisas, imprimiendo en tu infantil semblante sus amorosos besos, velando con solicitud incansable tu inocente sueño. Y es que sólo la madre puede cuidar esmeradamente del niño recien nacido, el que asocia tan poderosamente todas las sensaciones agradables que experimenta con la figura

de la mujer que, gracias á sus cuidados, le desembaraza de la multitud de molestias sentidas en los primeros años, que durante toda su vida conserva hacia ella profunda gratitud. Este reconocimiento, que aparece después en la edad reflexiva, es la base del que debemos tener á todos los que nos dispensen algún beneficio.

Veas, querido Angelín, cómo tu madre depositó en tu corazón la preciosa semilla de la solidaridad humana, ó sea el amor á todos los hombres; mas ese germen se malogra, no llega á producir los maravillosos resultados que son su consecuencia natural si vives en tu casa como en castillo inexpugnable, para el cual sólo consiguen un salvoconducto los individuos de la familia de que formas parte, y alguno que otro profesor para que te instruyan sobre materias científicas, literarias ó artísticas de un modo puramente especulativo, no sirviéndote de nada los conocimientos por tal procedimiento adquiridos para cuando entres en el concierto social.

Acaso tengas atrevimiento para decirme que si el niño que recibe tales enseñanzas en su casa goza de una pingüe fortuna no necesita entrar en esa lucha vital, sin considerar que las riquezas materiales están fundadas so-

bre arena, y al más ligero contratiempo pueden desaparecer, sucediendo que muchos de los que hoy se encuentran en la opulencia mañana pueden hallarse en la indigencia. Piensa en esto, Ángel querido; y aun cuando goces de los placeres más deliciosos del hogar doméstico, y no tengas precisión de conocer las flaquezas y defectos de los que en medio del mundo viven, porque tengas una buena legión de servidores que te den la guardia de honor, por medio de los cuales consigas cuanto de la sociedad necesitas, piensa también en que ese amor que tienes de ti mismo, y que se llama egoísmo, es causa de un suicidio moral que te priva de manifestar á tus semejantes esas buenas disposiciones que radican en tu espíritu, y que, como embriagador perfume, habían de aromatizar el ambiente del medio en que vivieras.

No ha nacido el hombre para hacer la vida del hongo en el desierto ó la de Robinsón en la isla inhabitada, porque para esto se necesitarían tantas islas ó desiertos cuantos hombres existieran. Dios, que nos crió, grabó con indelebles caracteres en nuestra naturaleza la propiedad consoladora de ser sociables, la que, como la sombra al cuerpo, eternamente acompañará á la humanidad.

Por lo que te llevo dicho, apreciable Angelín, habrás comprendido que la enseñanza en el doméstico hogar se opone á la constitución natural de nuestro sér; fomenta en el individuo el vicio que es considerado como el origen de otros muchos, el egoísmo; retarda la regeneración y el progreso social porque resta del trabajo común las energías que residen en algunos individuos; y lo que es peor todavía, si el niño que de tal modo ha sido instruído y educado es lanzado por necesidad imperiosa en medio de la vengadora sociedad, huye de ella como de hidra monstruosa, y la misantropía que ha estado alimentando su espíritu le hace repulsivo y odioso el trato con sus semejantes por estar fuera de su centro, toda vez que no le han enseñado otra cosa sino á vivir en el cerrado seno de la familia.

Ya ves los inconvenientes y desventajas que consigo lleva la enseñanza doméstica, en vista de lo cual ya no serás de ella partidario; mas en cambio habrás de exigirme la solución del problema educativo después que el niño, abandonando las instrucciones familiares por ser insuficientes, busque nuevos elementos de cultura para dar satisfacción cumplida á las necesidades del espíritu.

Después de leer las prudentes y acertadas

observaciones que me hagas en la carta que en breve de ti he de recibir, contestaré con toda la sencillez posible, mostrándote las ventajas y excelencias que tiene en su abono la vida de colegio. Cuenta hasta tanto con el cariño invariable de tu director intelectual.

VII

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: Anticipé en mi anterior el asunto que debía ser objeto de la presente, oponiéndome por este hecho á dejar en libertad tu propia iniciativa para que propusieras alguna nueva cuestión. Por esta inconsecuencia te pido mil perdones; mas tú mismo has comprendido que así debiera ser por cuanto, al negar la eficacia de la enseñanza del hogar por ser individualista hasta la exageración, la has concedido á la enseñanza colectiva recibida en establecimiento oficial, ó en el creado por la particular iniciativa; y así es, en efecto, discípulo querido; pero cree firmemente que al dar preferente importancia á este sistema no es porque se halle exento de defectos: los tiene de bastante entidad, y á desterrarlos deben encaminarse los comunes

esfuerzos. Hoy que, por fortuna, las cuestiones pedagógicas van preocupando á la pública opinión, es de esperar que en día no lejano hayamos realizado lo que ahora es un ideal.

Mas á pesar de los grandes vacíos que se notan en la enseñanza colectiva por la carencia casi absoluta de buenos procedimientos para su mejor aplicación, así y todo es superior á la enseñanza doméstica, por cuanto ésta no ofrece más que inconvenientes, y aquélla, si tiene algunos, ofrece también grandísimas ventajas. A demostrártelas va encaminada la presente carta.

Con qué gusto, estimadísimo Ángel, recuerdo aquel período de mi vida en que empecé á asistir á una de las escuelas de mi hermosísimo país: apenas contaba cinco años; y aunque todavía se usaba la *correa* y la *palmeta*, con las que se aplicaban castigos corporales á los niños díscolos y poco estudiosos, por profesarse el principio de que *la letra con sangre entra*, nunca tuve miedo de presentarme ante mi maestro, á quien honré siempre como mi segunda Providencia, por cuanto al conocer mis facultades, avivadas por sus prudentes observaciones y sabias enseñanzas, cuando mi padre se presentó á él para decirle que ya iba á dejar de ser su discípulo, con interés verda-

deramente paternal le encareció me dedicara á estudios superiores. En aquellos cuatro años que estuve sometido á su acertadísima dirección me hubo de observar detenidamente, y comprendió, con la agudeza de un hombre experimentado, cuáles eran mis especiales aptitudes.

Aquí tienes ya una excelencia, una ventaja de la enseñanza colectiva. Por la comparación que puede hacerse entre los varios individuos que constituyen la entidad colegio puede su director llegar á conocer la recta aplicación que puede darse á la actividad de cada uno.

Así es que, fijándose en todos los hechos que ofrece la experiencia, observarás que un padre celoso por el porvenir de sus hijos nunca se determina á darles carrera sin consultar antes el parecer de aquel en quien delegó tan alto sacerdecio, cual es el de enseñar; el género de ocupaciones á que estaba consagrado no le permitía ejercerlo por sí mismo.

No se equivocó mi maestro cuando, siendo yo tierno retoño en el pensil de la vida, y confiado á sus cuidados para que cultivara mis anímicas facultades, hubo de contestar, después de consultado, que me encontraba dispuesto y suficientemente preparado para es'u-

dios de otra índole; y si no llegué en mi carrera literaria á distinguirme como genio en el ejército escolar, del que con orgullo formé parte, nunca desairé el papel de soldado de fila que me fuera confiado.

Tampoco me equivoqué yo en la contestación que di al consultarme sobre la carrera que debía seguir uno de mis discípulos queridos. Tomó su familia mi consejo, y hoy constituye su mayor encanto ver los extraordinarios progresos literarios realizados por quien, cuando tenía menos años, era tan perezoso para el estudio y para la comprensión tan tardo.

Esta ventaja de la enseñanza colectiva, con ser importante, no lo es tanto como otras muchísimas que pudiera presentarte. Un niño como tú, de buen talento y bastante observador, las estará notando á cada paso.

¡Cuánto se aprende, querido Angelín, en medio de la maravillosa variedad de ideas, afectos y sentimientos que ofrece la vida del colegio! En esta sociedad infantil vemos dibujadas las siluetas de todos los caracteres de los hombres de mañana, y por esta circunstancia, siendo observador, puede ya el niño asomarse á los abismos insondables del corazón humano, empezando desde tan temprana edad á conocerle.

El fomes del mal, el germen del pecado se halla latente en nuestro sér; alguna vez por necesidad se ha de manifestar, como propiedad que es de la naturaleza racional, que, dotada de libre albedrío, elige entre diferentes bienes, de los cuales los unos con relación á los otros son considerados como males, único sentido en que pueden éstos admitirse, toda vez que el mal absoluto ni existirá, ni ha existido, ni hoy existe. Si, pues, es un hecho evidente que el mal, en la acepción dicha, existe en nuestro sér, ya comprenderás, Ángel mio, cuán necesario será que lo antes posible se manifieste; nunca podrá producir en el niño estragos tan desastrosos como los que en el hombre produce; si la raíz de lo malo en él encarna, habrá ido tomando extraordinario incremento y desarrollo, hasta llegar á presentarse con irresistible fuerza, sin que haya dique alguno que le pueda contener, produciendo terribles catástrofes, á la manera como el vapor acumulado en el interior de una caldera puede ocasionar daños de consideración si no tuviera algún ligero escape, ó como las aguas de pobre arroyo, que podrán inundar el valle y la campiña si la presa que las contiene llegara un día á destruirse por no haberles dejado alguna aunque insignificante salida.

Por todo esto habrás observado que, á pesar de la delicada y respetable autoridad de que me hallo revestido, y en cuya virtud pudiera imponerme en tales términos que todos tus compañeros no tuvieran ocasión de manifestar sus extraviados instintos, obrando de manera que estuvieran en mi presencia como angelotes de estuco, sin acción ni movimiento, cosa muy común en otros colegios, obro de un modo muy distinto; pues tengo para mí que si se pervierte el corazón del niño y se malogra todo lo bueno que de él puede esperarse en un porvenir no muy lejano, es debido á que se le acostumbra á ser hipócrita y desleal en grado sumo. Por lo cual, ni pongo mordaza en vuestra lengua, ni candado en vuestros labios, ni cadenas en los pies, ni grillos en las manos, á fin de prevenir aquellas faltas que pudiera producir vuestra conducta.

Si el espíritu del mal os impulsa á cometer acciones reprensibles, sucede así porque todavía el espíritu del bien no se halla en alguno de vosotros suficientemente desarrollado. Á fomentar este espíritu se dirige mi principal trabajo, presentando siempre en oposición la conducta del bueno y la del malo, por los remordimientos que son inseparables compañeros del uno, por las consoladoras satisfac-

ciones que el otro tan profundamente experimenta.

No hay prueba más concluyente, Angel apreciable, de que tal es mi sistema sino la amplia autorización concedida en tu favor para sostener con estas cartas discusión tan provechosa, sirviéndome de estímulo y de acicate para presentarte por escrito mis ideas educadoras, con las que si consigo reformar métodos antiguos en la educación de los niños, porque han de ser por muchos conocidas, por lo ménos tal es mi deseo, deben ser grandes tu satisfacción y la mia, puesto que ambos contribuímos á la regeneración de una obra social de inmensa transcendencia. He dicho mal: todo el orgullo deberá ser tuyo, por cuanto sin tu provocación no hubiera tenido atrevimiento para dar la permanencia de lo escrito á estos trabajos tan sencillos. Mas si á ti corresponde toda la gloria de la obra, no creas que por ello se va á despertar en mi ánimo la envidia; pues si en todas mis acciones y palabras debo darte ejemplo, éste ha de ser en grado sumo edificante, razón por la que no podrá ver introducida en tu espíritu ninguna pasión bastarda, tu director intelectnal.

VIII

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: Me dices en tu última que te agrada sobremanera el giro que va tomando nuestra cordial correspondencia porque vamos llegando á algo práctico en la vida de colegio. Me manifiestas al propio tiempo la profunda convicción que estás adquiriendo sobre la preferencia que debe darse á la enseñanza colectiva por ser más ventajosa que ninguna otra; pero también me indicas que no es bastante para ensalzarla tanto tener un consejero más el día de la elección de tu carrera, ni el conceder al niño la manifestación espontánea de sus naturales expansiones con el propósito de aplaudir aquellas que son buenas y vituperar las que se presentan como malas.

Así es, querido Angelín; y porque he visto

tu alcance en cuestiones de esta índole, anticipándote algunas veces á lo que yo quiero decirte, permíteme que te envíe una felicitación sincera, nacida de lo más profundo de mi alma.

Hay, en efecto, otras muchas ventajas que hacen preferente la vida de colegio, y es una de ellas, como ya te decía en otra carta anterior, el conocimiento que puedes ir adquiriendo de los caracteres de los hombres, que ya desde temprana edad empiezan á manifestarse en algunos niños con signos que alarman; en cambio observarás á otros de corazón de diamante, en el que ninguna pasión bastarda puede hacer mella.

A tu lado se encuentran el benévolo, el caritativo, el dócil, el obediente, el veraz, el pundonoroso, el amigo; pero también te codeas con el malévolo, el orgulloso, el avaro, el envidioso, el iracundo, el vengativo, etc., etcétera. ¿Es conveniente que tú, siendo tan bueno, te halles en medio de un mar de pasiones tan encontradas? Este es el problema, de fácil solución cuando contigo lo planteo, pero que no ofrecería las mismas facilidades si fueras un niño único en tu casa, excesivamente mimado por tu familia, y que tuvieras todos tus deseos y caprichos satisfechos.

Si bien es cierto que el contacto con un niño de malas cualidades puede ser altamente perjudicial y nocivo cuando sobre ellos no se ejerce ninguna vigilancia, no sucederá de igual manera cuando, hallándose constantemente inspeccionado, y al manifestarse algún movimiento instintivo perverso, se encuentra con la reprensión prudente y acertada de su querido profesor.

Hace ya tiempo paseábamos en tarde primaveral por el Retiro buscando los sitios solitarios para que nuestras conferencias íntimas fueran más fructíferas y provechosas; aquella deliciosa tarde, de grato solaz para los sentidos, pero de tristeza y amargura para el espíritu por el hecho altamente reprensible que tuvo lugar en el colegio, tú mismo me hiciste notar la utilísima lección que el culpable hubo de recibir de todos sus compañeros. Entonces me dijíste que aquel alumno, loco en el momento de proferir tan groseras frases en presencia del superior encargado de inspeccionar el recreo, en vista de la aversión manifestada por todos sus condiscípulos, y del profundo disgusto que á mí me produjera, había reconocido entre vosotros su grave falta y estaba dispuesto á arrepentirse, prometiendo solemnemente no volverla á cometer. Así ha su-

cedido: el alumno aludido se está reformando, y desde aquel día todos vosotros, conmigo, estáis satisfechos de haber comenzado en su espíritu, que daba más cabida á lo malo que á lo bueno, la obra de su regeneración.

Mas no dejó de asaltarnos la atormentadora duda de si alguno de los que presenciaron acción tan reprensible se habría maleado, y ambos convinimos en que así hubiera sucedido si hubiera pasado sin castigo ni fuerte reprensión. Antes al contrario, ha contribuído para que, cuando todos vosotros lleguéis á entrar en el concierto general de la sociedad batalladora, os halléis escudados para defenderos de aquellos que, licenciosos en el hablar, no se hallan dispuestos á guardar todas las consideraciones de que son dignas las personas cultas y bien educadas que se encuentran en su presencia; sucediendo que aquel que no se sabe estimar en cuanto vale tampoco sabe apreciar lo que debe á sus semejantes.

De otros muchos hechos, acaecidos en el colegio podríamos sacar lecciones tan elocuentes como la que queda consignada en esta carta; fíjate si no en el concepto que cada uno de vosotros tiene de sí mismo, en *el amor propio*, origen de todas las pasiones, desde la más baja y repugnante hasta la más genero-

sa y sublime. Pero este sentimiento debe desarrollarse con muchísimo cuidado, porque de él pueden nacer: ó *el orgullo*, que consiste en creer á todos los demás como inferiores por la ciencia, el nacimiento ó las riquezas; ó *la vanidad*, qne es el deseo que siente el niño de captarse todas las voluntades, creyendo que cuanto dice y cuanto hace está bien hecho y mejor dicho; ó *la envidia*, que no es otra cosa sino la tristeza del bien ajeno cuando otro análogo no podemos alcanzar.

Si, por el contrario, se encuentra bien desarrollado, no hiriendo la dignidad de nuestros niños con actos de conducta desigual, sino dando á cada uno la recompensa ó el premio según sus obras, que es en lo que se funda la igualdad verdadera, y en cuya virtud se acostumbrarán á apreciar todas las cosas con justicia, *el amor propio* es el origen de la noble y santa *emulación*; sentimiento que no debe confundirse en manera alguna con *la envidia*, porque mientras ésta consiste en el deseo de aventajar á nuestros semejantes sólo por el placer de verlos abatidos, aquélla nos arrastra á seguirles, igualarles ó superarles en todas las virtudes que en ellos admiramos, pero sin escarnecerlos ni rebajarlos.

En nadie como en ti, Angel mio, veo ma-

nifestarse este sentimiento tan sublime; pues si alguno de tus condiscípulos llega á aventajarte, obteniendo mayor número de puntos por su aplicación y aprovechamiento, y en cuya virtud conquista en noble y empeñada lid el primer puesto, no por ello le miras con envidia, le retiras tu amistad ó llegas hasta odiarle, caso que suele presentarse, pero que es propio de espíritus mezquinos y ruines; antes al contrario: le consideras y le ensalzas, toda vez que su constancia en el trabajo y su amor entrañable por la ciencia le han hecho digno de tan honrosa distinción; y cuando ya te encuentras con fuerzas suficientes, lo tomas como ejemplo, intentas imitarle, te esfuerzas por seguirle, consigues igualarle, y venciéndole concluyes.

Tampoco te enorgulleces si, después de labor constante, llegas á estar el primero en tu sección, creyendo que ya no hay nadie que sepa tanto como tú. Recordarás que, habiendo dicho en el seno de la familia que no tenías precisión de asistir á cierta clase, porque todas las materias que eran objeto de ella por completo las dominabas, en época de exámenes te probé que habías olvidado hasta ciertas nociones rudimentarias sobre aquello mismo que suponías dominar, y consiste esto en que, por

muchísimo que estudies, nunca llegarás á poseer la ciencia, que es inagotable como la fuente de donde procede, la sabiduría infinita: Dios.

Desde que te hice ver tu vana presunción se ha avivado en tu alma una nueva virtud, la modestia, y quieres vivir ahora oscurecido é ignorado como vive la violeta, enriqueciendote de sólidos y profundos conocimientos para embriagar después con su perfume á todos los que trates cuando llegues á ser hombre.

Si así es, cree firmemente, estimadísimo Angel, que habrá de sentir un orgullo noble, digno y elevado, por la importante participación que tiene en tus adelantos escolares y morales, tu director intelectual.

IX

Á mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: En tu última, expresión genuína del cariño que me profesas, manifiestas tu sentimiento por haber mostrado algún ligero asomo de orgullo el dia en que dijiste á tu familia que no necesitabas asistir á clase determinada. Y después de esto, que excusado estabas de havérmelo escrito, pasas á lo más interesante de tu carta, mostrándome en ella tu conformidad con cuanto te llevo dicho acerca de las ventajas de la enseñanza colectiva, é indicándome al propio tiempo el deseo de conocer algunas otras pruebas sobre tan importante asunto.

Hoy, á pesar del cansancio mental que experimento, porque ha sido uno de los dias de verdadera prueba para quien desempeña tan espinoso y difícil cargo, voy á torturar

mi pensamiento para continuar ocupándome en el asunto que ha motivado las dos cartas anteriores.

El hecho de haberte asociado con todos tus condiscípulos para llevar á cabo un acto de desagravio por la ofensa inferida á un profesor, juramentándose para no decirle la lección, porque vuestro deseo se había visto contrariado, probaba, además de vuestro arrepentimiento, los estrechos vínculos que unen á todos aquellos que por espacio de mucho tiempo se sientan juntos en los duros, pero honrosos bancos de las clases del colegio: vínculos que no pueden romper los años. Por esto, cuando nos encontramos con aquellos que fueron nuestros condiscípulos é íntimos amigos además, parece que vemos algo que integra nuestro sér; con razón, por consiguiente, ha podido sostenerse que el amor es un adorno del corazón, pero que la amistad es una necesidad del mismo.

Así es, querido Angelín: ese sentimiento noble y generoso, la amistad, arca santa, cerrada y sellada, en donde se encuentran depositados los más caros consuelos, y en cuya virtud gozamos con las alegrías de nuestros amigos y en sus amarguras nos entristecemos, no encuentra medio mejor para su favo-

rable desarrollo que la vida de colegio, de donde se sale aleccionado para escoger con acierto á los que se hayan hecho dignos de la íntima comunicación en los espíritus por tener iguales afectos, ideas y sentimientos.

Fíjate en lo que por ti pasa, y te convencerás de que las amistades contraídas por cualquier otro concepto son efímeras, pasajeras. Más de una vez me has hablado de los amigos que contabas por los veranos, al hallarte en aquellos sitios que tu familia escogía para descanso y esparcimiento del espíritu, y en donde procurabas reparar las fuerzas perdidas durante el curso; pero al propio tiempo me decías que aquellos amigos no te ofrecían la confianza que cualquiera de tus condiscípulos, y que si á alguno de éstos encontrabas en tus excursiones veraniegas le saludabas con aquella fruición con que se saluda á un amigo de siempre.

Comprenderás por lo que te llevo dicho la ventaja inmensa que se obtiene con la enseñanza de colegio. Con este sistema ya empiezas á desarrollar tus facultades expansivas, tus sentimientos de humanidad; siempre te hallas dispuesto á favorecer á tus compañeros en todo aquello que no sea denigrante y ofensivo para ti; cualquier cosa que necesitan

y se halla en tu mano el concederla, te veo siempre propicio á dispensarla, así como también me agrada sobremanera verte convertido en apostólico misionero atacando de frente, y con fase enérgica y persuasiva, á todos aquellos que en tu presencia, olvidándose de lo que deben á sus otros compañeros y aun á sus mismos profesores, llegan á cometer alguna falta leve ó grave. Pero más que con la palabra predicas siempre con el ejemplo, que suele ser incomparablemente mucho más elocuente, no encontrándose nunca en ti motivo bastante para dirigirte la más ligera amonestación, á fin de mejorar tu aplicación, tu aprovechamiento ó tu conducta.

Piensa, Angel apreciable, en que de este modo educado tu espíritu infantil, después que llegues á ser hombre, has de encontrar muchas satisfacciones en la vida. Todos tus amigos de colegio habrán venido á ocupar en sociedad el puesto que les estaba reservado; y aun cuando os encontréis en Ateneos y Academias militando en opuestos bandos, sosteniendo, ya como jefes ó ya como soldados de fila, principios distintos en las especulaciones científicas, ó en los Parlamentos luchando sobre la candente arena del campo político para que prevalezcan vuestras opiniones acerca de

la legislación que puede hacer menos angustiosa la situación de vuestro pueblo, siempre, después de estas acaloradas discusiones, tendréis un abrazo para vuestro amigo y antiguo condiscípulo,

Consiste esto en que la amistad es algo misterioso, algo divino que se sobrepone á todo lo que el mismo Dios dejó entregado á las disputas de los hombres; es la unidad en que se resuelven todas las antinomias, todas las contradicciones; el crisol en que se funden los espíritus al calor del más suave y delicado de todos los sentimientos; el bálsamo consolador que restaña todas las heridas, que abre en nuestra alma la más negra ingratitud ó la falsía más denigrante.

Tus condiscípulos queridos, si la fortuna les sonríe y no malogran los talentos que de Dios han recibido, llegarán á ocupar puestos elevados en la Administración, en la política, en las ciencias, en las letras ó en las artes; y cuando veas que son amigos tuyos personas tan distinguidas en cualquiera de estas direcciones dadas á la humana actividad, te enorgullecerás por la importancia que te han de dar relaciones tan valiosas.

También pudiera suceder que alguna contrariedad de la vida ó algun revés de la fortu-

na arrastrara á uno ó más de tus compañeros al insondable abismo de la más espantosa miseria; y si, por desgracia, así fuera, entonces es cuando debes mostrar tus elevados sentimientos y la hermosura de tu alma; que no tiene comparación el placer que experimentamos al dispensar un beneficio con aquel que disfrutamos cuando lo recibimos.

Por esta circunstancia he notado en ti esa predisposición á dispensar todo el bien intelectual posible á todos tus condiscípulos resolviéndoles cuantas dudas te proponen, pues en ello experimentas satisfacción indescriptible, así como te apenas muy profundamente cuando por ti mismo no puedes complacerles.

Para estos casos ya sabes que me tienes favorablemente dispuesto, por cuanto también me complazco en hacer todo el bien que puedo, ya sea éste intelectual, moral ó material; no porque espere recoger buena cosecha de bendiciones y agradecimiento por tu parte, lo cual, dicho sea en honor de la verdad, siempre produce grata satisfacción; pero hay otro motivo que con fuerza imperativa me impulsa á obrar de esta manera, y es éste el deber que me impuse en uso de mi libre voluntad, y del que después ya soy esclavo, para despertar tu inte-

ligencia á la vida de la ciencia, tu voluntad á la del bien y tu sentimiento á la del arte.

Si, pues, tales son mis propósit s, los que procuro realizar en obsequio tuyo, ya se me figura que puedo esperar de ti que me cuentes entre todos tus amigos, por la confianza que te inspiro, reclamándote el primer puesto entre ellos; pues además de ser una de las más importantes ventajas que se tienen en el colegio las amistades que á su sombra se originan entre todos sus alumnos, también es muy interesante por las que contigo y todos tus condípulos ha d sarrollado el que, además de ser tu amigo, es también tu director intelectual.

X

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín; «Me encuentro tan plenamente convencido de que la vida de colegio es al niño en sumo grado necesaria, y las enseñanzas que en él se reciben superiores á las que en cualquier otra parte pudieran recibirse, que ya no quiero molestar á usted de nuevo exigiéndole nuevas pruebas; pero creo que se necesitan especiales condiciones para hacer con fruto vida de tal naturaleza.»

Esto venías á decirme, con ligeras variantes, en tu carta última, la que me apresuro á contestar para que lo más pronto posible sepas que una sola condición es la que se impone con fuerza irresistible para que sea provechosa la educación en el colegio: *la obediencia*.

Todavía no has llegado á comprender, por

falta de observación sin duda alguna, que lo que decide acerca del valor y engrandecimiento del hombre es la formación de su voluntad; y esto no lo has notado aún á pesar de estar oyéndome decir constantemente que las malas notas obtenidas por lección se pueden tolerar, mas las que deben ser imperdonables son las de conducta; aquéllas dependen del poco desarrollo que tenga el entendimiento; éstas son consecuencia de una perezosa voluntad, la que, si llega á ser fuerte, enérgica y constante en la práctica del bien, imprime tal rumbo á las otras facultades que puede cambiar en muy poco tiempo la faz de los pueblos, haciendo á éstos producir obras inmortales, creaciones maravillosas; pero si, por el contrario, se halla torcida, viciada ó corrompida, puede llevar consigo los más enormes desastres, las más grandes decadencias. Veas, querido Angelín, si interesa que en la educación del hombre se forme rectamente la voluntad, para conseguir lo cual es preciso ser *obediente*

No consiste esta cualidad nobilísima en la anulación de nuestra propia personalidad é iniciativa por someternos á una autoridad que nos subyuga, sino que es el reconocimiento de nuestra propia libertad, en cuya virtud nos

decidimos por estar bajo el cetro del legítimo poder que reconocemos y acatamos.

Según lo que te concluyo de indicar, tú mismo, con tu claro talento, habrás conocido que tanto en la familia como en el colegio, y luego en la sociedad, pueden seguirse dos sistemas para la educación de la voluntad: la educación de la rebeldía ó la educación de la obediencia; por la primera se obtiene la ruina de todo organismo social; por la segunda se consigue formar varoniles caracteres, toda vez que mayor valor se necesita para obedecer que para revelarse.

Pero acaso arguyas diciéndome que contenida la fogosa juventud hasta la edad de quince años, primero por las limitaciones de la vida de familia, y luego por las que consigo lleva la vida de colegio, no es de extrañar que quiera sacudir su yugo, que no quiera ya obedecer por más tiempo. Y verdaderamente, Angel mío, que nunca prueba por modo más elocuente el joven inexperto la sumisión á esa necesaria ley que cuando de tal manera obra y se conduce. Si bien es cierto que las debilidades de la infancia han desaparecido, en cambio se levantan en su espíritu las tempestades de la adolescencia, y ahora con más fundamento que antes necesita de una obediencia

razonada á su superior legítimo, si no quiere ser esclavo de una fuerza que, de caída en caída, le lleva hasta los profundos abismos de las más repugnantes pasiones.

Esta consideración, sin duda alguna, te la habrá sugerido el ver con qué empeño tan loco algunos de tus compañeros de colegio, precisamente los que se encuentran en ese período crítico de los catorce á los quince años, intentan sustraerse á la inspección de todos sus actos, ocultándose solos en clase determinada, ó alejándose en paseo hasta el punto de no ser vistos por quien con legítimo derecho les impone su autoridad, no para encadenarlos, sino para protegerlos; no para reducirlos á una debilidad que los anule, sino para impedir la satisfacción de los deseos que los matan y consumen.

Todo esto sucede cuando el niño ha estado aprendiendo á obedecer; pero mayores males se originan cuando no ha conocido la saludable disciplina de la obediencia voluntaria, desconociendo al propio tiempo la autoridad de sus padres, quienes le han consentido todos sus gustos y caprichos, acostumbrándose éstos á obedecer y no á mandar, como es lo propio y natural en quienes ejercen misión tan elevada. Ese niño tan mal educado, acaso

tú, mi muy estimable Angelín, le hayas visto convertido en déspota y esclavo al propio tiempo: déspota de los demás compañeros y esclavo de sí mismo; y cuando ha tenido que sufrir alguna repulsa, habrás observado que se pone arrogante, insolente, descreído, provocador y hasta furioso é irascible, arrojando espuma por la boca, dando golpes á derecha é izquierda sobre todo lo que le rodea, destrozando cuanto á su paso se opone, llegando hasta merecer por tal conducta el calificativo de salvaje.

¿Qué sucederá con un niño que así se muestra á los diez ó doce años, cuando llegue á cumplir los treinta? Acostumbrado á la rebeldía é insubordinación, será cruel, inhumano, sanguinario, sin ley suficientemente poderosa que pueda contenerle, á la manera como no se encuentra freno alguno para el animal que siempre ha estado haciendo la vida de la selva. Y como su viciada actividad no engrana en el organismo social tal como hoy está constituído, siendo de él ley ineludible la obediencia, pretenderá reformarlo con arreglo á sus ideas demoledoras, y por la educación que ha recibido tendrá que ser necesariamente revolucionario, no para depurar la sociedad de alguna de sus imperfecciones, infiltrando

en sus arterias savia saludable, sino para corromperla inoculando en sus entrañas el virus, la ponzoña de la terrible rebeldía

¡Ay! Angelín querido, quisiera que meditaras muy profundamente sobre el contenido de esta carta; todas las considero de transcendental importancia; pero ésta es aún de mayor transcendencia por cuanto es de vida ó muerte para el niño. Si se instruye y se educa siendo obediente, se conseguirá formar un buen carácter, capaz de regenerar totalmente la sociedad; si, por el contrario, es desobediente, destruirá en vez de edificar; siendo esta desobediencia la causa de ese malestar que siente la mayor parte de nuestra juventud, cuando al llegar á la edad de la madurez, se descubren, al través de las ilusiones que van cayendo, todas las impurezas que ofrece la triste realidad.

Abrigo la creencia, no sé si sufriré amarga decepción, de que, siguiendo de este modo, nunca proporcionarás disgusto alguno á tu familia, estando siempre sometido á la voluntad de tus padres, los que nunca harán valer su autoridad para imponerte órdenes injustas, mandatos represivos; antes al contrario, cuanto te ordenen todo irá encaminado á tu mejoramiento intelectual, moral y material, porque

en tu conducta y en tu vida ha de reflejarse todo lo que ellos quisieron para sí, que no pudo ser otra cosa sino el bien perfecto y absoluto y la felicidad más completa.

Conservada después esta buena educación en el colegio, y robustecida con el hábito de obedecer constantemente, te presentarás en medio de un nuevo mundo, inexplorado todavía para ti, y no te extrañarán las leyes civiles y políticas que sus jefes y caudillos hayan promulgado para amparar y defender todos tus derechos, así como también los de los demás hombres que contigo hagan vida pública, y á cuya sumisión te han de obligar, pero que sin violencia acatarás, porque habrás de estar preparado á la obediencia.

Demuestra también tu docilidad siempre que veas á alguno de tus queridos profesores, no sólo ahora que estás con ellos en comunicación diaria, recibiendo de sus labios las primeras salutaciones de la ciencia, si que también luego, cuando, siguiendo diferentes rumbos en la vida, permita la Providencia por un acaso que os crucéis en el camino que, aunque tenga distintas direcciones, á un mismo punto nos conduce.

Tampoco te olvides del respeto y cariño que me debes, con cuyos lazos tan suaves con-

segui que te sometieras á mis órdenes, acordándote en todos los momentos de tu vida, con grato placer, del tiempo en que fuí con tanto gusto tu director intelectual.

XI

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: Pretendiendo dar rumbo distinto á esta correspondencia porque tu voluntad se halla perfectamente dispuesta para la práctica del bien, puesto que han ido encaminadas todas las anteriores cartas á tu mejoramiento moral, me preguntas en tu última á qué obedece el concluir todas las mías con las palabras *tu director intelectual*, con lo cual me obligas á que te manifieste el consorcio íntimo existente entre la voluntad y la inteligencia á pesar de tener objetos distintos, toda vez que el de la primera es el bien y el de la segunda la verdad.

Cuando te encontrabas en el primer grado de tu desarrollo, no podias comprender todavía que los dos elementos que concurren en la formación de nuestro sér son el cuerpo y el

alma; entonces solamente hacías la vida del cuerpo; sólo se notaba en ti la vida exterior; mas al entrar en el segundo grado de desarrollo, cuando ya empezaste á hacer uso de la palabra, diste señales de una vida interior que por medio de aquélla tratabas de expresar.

En ese estado, todavía rudimentario de la vida del espíritu, aún no acertabas á distinguir los dos elementos constitutivos de tu sér, pues creías que la palabra formaba un todo con el objeto por ella designado; por esto, cuando jugabas á solas con tus casitas, tus muchecas ó tus altaritos, varias veces observaron tus padres que estabas hablando, sosteniendo con todos estos juguetes conversaciones animadas; y esto consistia en que llegaste entonces á creer que la misma actividad que tú sentias era propia de todas las cosas que te rodeaban, y les atribuías las facultades de oir y de hablar, y también de sentir; por esto te indignabas cuando algún amiguito tuyo se entretenía en coger flores y deshojarlas.

De aquí tomaban ocasión tus padres para manifestarte las relaciones que existen entre todos los seres de la naturaleza, con los cuales no querian verte confundido, y cogian una piedra para decirte que era materia inerte,

sin acción ni movimiento, que si algunas veces se movía era porque tú la impulsabas ó tirabas, y ante una observación de tanto bulto concluías por reconocer en tu interior una fuerza especial, en cuya virtud te transladabas de una parte á otra, te ponías en comunicación con tu familia y entendías muchas cosas que ni la piedra, ni el pájaro ó el perro con quienes te entretenías podían entender.

Pues bien, querido Angelín: *ese algo* que nos distingue de la piedra, del pájaro ó del árbol se llama alma humana, que no puede ser de la misma naturaleza que el cuerpo, extenso y, por lo tanto, material, sino que ha de ser inmaterial y simple para poder reflexionar ó volver sobre sí misma, y conocer todo aquello de lo que conserva algún recuerdo, aunque éste sea imperfecto. Fíjate en este hecho de tu espíritu, y te convencerás de que ambos elementos están dotados de propiedades, no sólo distintas, sino opuestas: el cuerpo material, el alma simple; ésta no puede morir, porque no depende de ningún principio que esté sujeto á la corrupción; aquél, como compuesto de partes, apenas se disgregan ó corrompen no puede existir y sobreviene la muerte, en cuyo momento queda libre el espíritu de

las trabas que le pone la materia para el ejercicio de la voluntad é inteligencia.

Aquí tienes ya las dos facultades que, en unión de la sensibilidad, constituyen la naturaleza del alma humana, en tan íntimo consorcio unidas que, sin perder cada una de ellas lo específico de su cualidad, favorece ó contradice el desarrollo de las demás, notando que la sensibilidad influye con estímulos poderosos (la gloria, la fama, el buen nombre) en el desarrollo progresivo de la voluntad é inteligencia; la inteligencia, á su vez, ejerce saludable influencia sobre la voluntad y la sensibilidad, proponiendo á éstas lo mejor y más hermoso: el bien y la belleza; y la voluntad, por último, contribuye á que la sensibilidad é inteligencia persistan respectivamente en la perfección del sentimiento y en la investigación de la verdad.

Mas este progresivo desarrollo de las tres facultades recíprocamente influídas no se consigue sino mediante una educación enérgica y sostenida; y aunque yo creo que los encargados de dirigirte como ente social son tus padres, y lo que á mí compete en este asunto es robustecer, con acertadas y prudentes observaciones que han de recaer sobre incidentes que surjan en las clases ó fuera

de ellas, la inclinación á lo bello, bueno y verdadero, que con viva solicitud despertaron aquéllos en tu espíritu, así y todo, aunque yo me consagre preferentemente á tu instrucción siendo el director de tu inteligencia, tengo por convicción aprendido que también contribuyo al desarrollo de las otras facultades, porque la cultura intelectual influye poderosamente en la delicadeza del sentimiento y en la energía de la voluntad.

Por esta razón se sostiene con calor y fundamento en nuestros días por la ciencia pedagógica que la educación del espíritu debe ser *integral* ó *completa*, y que cuando se note un desarrollo prematuro en la inteligencia (talento precoz) pónganse todos los cuidados en la educación de la voluntad y del sentimiento, acostumbrando á la primera para la práctica del bien y al segundo para la constante contemplación de la belleza. Así no se dará el singular fenómeno de que algunos compañeros tuyos sean tan refractarios á los estudios literarios y lectura de poesías, demostrando en cambio disposiciones especiales para el estudio de las matemáticas.

Ya has visto, Angel querido, en qué relación tan íntima se encuentran las facultades de tu espíritu, y con cuánto esmero debes

procurar que su desarrollo sea armónico para que no se malogre cuanto de ti se puede esperar educando paralelamente tu sensibilidad, inteligencia y voluntad.

Para que te convenzas además de que todo acto volitivo debe ir precedido de otro intelectivo, piensa en que tu espíritu nunca se determina á ejecutar ninguna obra si ésta antes no le ha sido conocida; por esto es un requisito necesario y previo para el ejercicio de la voluntad la consideración de los motivos que le inducen á obrar, siendo esta consideración ó deliberación un fenómeno intelectual. Con razón, á la verdad, puede compararse á nuestra alma con un artístico taller, cuyo interior se halla iluminado por la intensa y clara luz de nuestra inteligencia para que la voluntad, artista ejecutante, realice obras maravillosas capaces de inmortalizar á su autor.

Veas con cuánto fundamento, aunque termine mis cartas con las palabras *tu director intelectual*, contribuyo poderosamente á la cultura completa de tu espíritu, puesto que cuanto mayor sea el número de conocimientos adquiridos tanto más se ensanchará la esfera de acción de tu voluntad, que, bien dirigida, siempre se hallará dispuesta para la práctica del bien. No dejes nunca de tenerla bajo el do-

minio de la inteligencia, y jamás cometerás acción vituperable. Tú mismo, y contigo otros muchos condiscípulos, han confirmado estas teorías considerando como loco al que comete alguna falta altamente reprensible; y en efecto, falto de razón debe encontrarse el que con altanería y cínico descaro é insolencia contesta á su superior. Si su entendimiento no se hallara oscurecido la voluntad no sería ciega en el obrar, y conociendo que sus profesores no pueden en manera alguna desearle nada que le perjudique, antes al contrario se congratulan cuando observan en él grandes progresos intelectuales y morales, es de todo punto imposible que cometiera una falta de tanta transcendencia.

Yo confio fundadamente en que tu cordura y sensatez serán las reglas de conducta que, informadas siempre por la educación que va recibiendo tu tierna inteligencia, han de regir todos los actos de tu vida, teniendo así satisfactorio cumplimiento los deseos de tu director intelectual.

XII

A mi querido discípulo

¡Angel Bueno.

Apreciable y apreciado Angelín: Reconoces en la carta que ayer me escribiste la gran necesidad de desarrollar armónica é integralmente las tres facultades de nuestra alma; pero me dices al propio tiempo que de nada ha de servir una esmerada educación en el espíritu si el cuerpo se halla abandonado.

Así es, en efecto, discípulo estimable, y de la necesidad del ejercicio corporal tú mismo me das las pruebas al decirme que en los primeros años de la vida del niño éste trabaja corporalmente por instinto hasta llegar á fatigarse, convirtiéndose en un acróbata en miniatura, cogiéndose con sus diminutas manos sus diminutos pies, haciendo titánicos esfuerzos por que no se le escapen una vez hechos

prisioneros. Estos ejercicios, que para el niño son juegos instintivos, tienen grandísima importancia en la educación; tanta que le harán por temperamento sufrido y robusto, disponiéndose por este motivo para resistir todas las contrariedades de la vida.

Si, pues, éste es un hecho evidente que ya se impone desde nuestro primer grado de desarrollo, comprenderás con cuánta mayor razón se impondrá al manifestarse la vida del espíritu, el cual en su estado presente, no puede mostrar su actividad sino en virtud de hallarse unido con el cuerpo; trabaja, pues, por dotarle de buenas condiciones, procurando siempre tener los órganos de los sentidos expeditos para que el alma perciba, por medio de ellos, con claridad y distinción sus respectivos objetos, para lo cual debes tener muy presente los preceptos que la Higiene tiene establecidos para su aseo y pulcritud. No llegues nunca á sumirte de tal modo en el estudio que no te cuides de otra cosa sino de adquirir el mayor número de conocimientos científicos, encerrándote en ti mismo y viviendo en el incomunicado mundo de tu alma; el hombre ha de comunicarse con todos sus semejantes, y ante ellos ha de presentarse con porte distinguido y la limpieza necesaria á fin

de no inspirarles ni aversión, ni repugnancia.

Mas no basta ese aseo exterior; además se necesita robustecer el sistema muscular, en tales términos que siempre se halle el cuerpo preparado para ejecutar cualquiera determinación de la voluntad, por enérgica y poderosa que ésta sea.

Por todo esto vienes observando la gran importancia que va adquiriendo de día en día la gimnasia natural, higiénica y terapéutica, ora se emplee como medio de conservación de la salud en nuestro cuerpo, ora también para recobrarla una vez que se ha perdido; y es que la actividad intelectual de nuestro siglo no debe permanecer estacionaria en lo que dice relación á nuestro desarrollo físico, puesto que, como tú mismo me dices, si se preocupa de la cría perfeccionada de la raza caballar y del fomento de otras especies de animales, no se debe hacer traición á sí misma descuidando el elemento indispensable para que aquélla se manifieste.

Hay, querido Angelín, otra razón más poderosa para que no se descuide la educación física, y es nuestra propia debilidad, originada acaso por la pobreza de nuestra sangre, nuestra situación topográfica ó nuestros vicios, tenien-

do en cambio excesivamente desarrollado el sistema nervioso, y por esta circunstancia excitada constantemente nuestra fantasía. Predomina además en nuestro sistema de enseñanza la cultura intelectual sobre la física, debido, sin duda alguna, á la cantidad de conocimientos exigidos por nuestra legislación sobre la materia y al afán inmoderado de algunos niños, que pretenden adquirirlos en el menor tiempo posible; y si bien es cierto que es muy bueno prepararse para la lucha por la vida con mucho saber positivo y una cultura general extraordinaria, no es menos cierto que esto se consigue empobreciendo nuestra sangre, restando fuerzas del cuerpo. De aquí resulta un desequilibrio peligroso entre éste y el espíritu, por cuya desaparición debemos todos trabajar constantemente.

Sírvate de modelo para esto la culta Grecia, de donde se nos ha transmitido el principio, que es considerado como fundamental en la completa educación del hombre: *un espíritu sano en un cuerpo robusto*. Así se explica que el griego fuera considerado como el tipo de belleza para el artista y que presentara su religión el carácter antropomórfico. No habia nada más hermoso en la naturaleza entera que la forma humana, y de ella se valió el sa-

cerdocio helénico para representar á sus divinidades. Venus y Apolo no eran otra cosa sino un hombre y uua mujer divinizados por su belleza extraordinrria.

Las luchas atléticas y los juegos olímpicos contribuyeron al desarrollo corporal; los ejercicios literarios en los liceos y academias contribuyeron al desarrollo del espíritu, y tan perfectamente equilibrados y armonizados estuvieron los dos elementos constitutivos de la humana naturaleza, que por esta circunstancia vino Grecia á representar la mayor cultura en el mundo antiguo.

Por esto te habrás convencido, Angelín querido, de la capitalísima importancia que reviste la educación del cuerpo; si los griegos la hubieran descuidado, no hubieran realizado conquistas tan notables en el campo de las ciencias, ni trescientos espartanos hubieran tenido valor para luchar en las Termópilas contra un millón de enemigos.

También se van convenciendo de esto los Gobiernos y los pueblos, y hoy se nota en nuestra patria cierta preocupación por la educación física, á imitación de lo que va sucediendo en todas las demás naciones civilizadas y cultas, como Alemania, Suecia é Inglaterra, Bélgica, Holanda y Francia, en cuya última

nación introdujo la gimnasia nuestro célebre compatriota Amorós, autor del método que se llama *Amorosiano*, y cuya opinión voy á exponerte en último término para que dé algún valor á la presente carta.

«Es la gimnasia, dice coronel tan distinguido, la ciencia razonada de nuestros movimientos, de sus relaciones con nuestros sentidos, nuestra inteligencia, nuestros sentimientos, nuestras costumbres y el desarrollo de todas las facultades. Abraza la práctica de todos los ejercicios que tienden á hacer al hombre más valiente, más intrépido, más inteligente, más sensible, más fuerte, más industrioso, más diestro, más veloz, más flexible y más ágil; que le dispone á resistir á las intemperies de las estaciones, á las variaciones de los climas, á sobrellevar las privaciones y contrariedades de la vida, á vencer las dificultades, á triunfar de los peligros y obstáculos, á prestar, por último, servicios más señalados al Estado y á la humanidad. La beneficencia y la utilidad común son el objeto principal de la gimnasia; la práctica de todas las virtudes sociales, los sacrificios más nobles y generosos son sus medios; y la salud, la prolongación de la vida, la mejora de la especie humana, el aumento de la fuerza y de la ri-

queza individual y pública son sus resultados positivos.»

No he hecho, querido Angelín, otra cosa en esta carta y en la anterior sino manifestarte, aunque someramnete, lo que debe hacerse para que resulte con cierto paralelismo el desenvolvimiento del alma y del cuerpo, porque no quiero que por el excesivo desarrollo del primero degeneres en Quijote, ó que por hallarse el segundo más desarrollado vengas á parar en Sancho. El que cuida preferentemente de su cuerpo llega á olvidarse de que hay en su sér una parte nobilísima, en cuyo destino último debe pensar; el que, por el contrario, cuida con preferencia del espíritu, suele degenerar en iluso ó visionario, adquiriendo de la realidad una idea equivocada.

El hombre, como sér perfectible, lo es en sus dos elementos constitutivos por igual, los que deben marchar paralelamente y con la misma velocidad si no queremos que el movimiento retardado del uno y el acelerado del otro concluyan con la armonía que debe existir entre los dos, siendo causa de una muerte prematura; y como quiero para ti una longevidad extraordinaria, no puedo por menos de aconsejarte que eduques á tu cuerpo como estás educando al espíritu, para que las obras

de éste no encuentren estorbos en una materia indócil y rebelde.

Si así lo haces, verás cómo tienes algo más que agradecer á tu director intelectual.

XIII

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: En tu última haces una ligera referencia á la que há dias te escribí mostrándote que, á pesar de ser el director de tu inteligencia, y que, por lo tanto, mi preferente obligación es la de instruirte, consigo, sin embargo, el educarte, y tomas de aquí motivo para preguntar las diferencias y analogías existentes entre la educación y la instrucción

No puedo por menos de felicitarme y felicitarte por los grandes progresos que vas haciendo en tus estudios, llegando tu observador espíritu hasta fijarse en las ideas expresadas por dos palabras al parecer sinónimas, con el fin de que te manifieste las diferencias que las separan.

Si á tu madre hubieras hecho semejante

pregunta, acaso te hubiera contestado satisfactoriamente; reina absoluta del hogar doméstico, cuyo dominio comparte con tu bondadoso padre, ni quiere, ni consiente una usurpación de atribuciones. Todas las madres tienen y consideran como un ideal la educación, siendo la materia modelable de ese ideal sus queridos hijos, encaminándose sus pasos y desvelos á proporcionarles todo género de felicidades. Por esto ha dicho el orador español más elocuente en nuestros días que ni César con sus victorias, ni Velázquez con sus cuadros, ni Calderón con sus dramas, ni el hombre más grande educa como educa la madre.

No puede ser de otra manera, Angelín querido; si el objeto de la educación es hacer del individuo un objeto de felicidad, primero por él mismo y después por sus semejantes, es lo lógico, es lo natural que nadie desee la felicidad de los niños con más interés que los padres. La educación, por consiguiente, es de la competencia de éstos, y todo lo que podemos exigir al profesor encargado de la instrucción es que contribuya por su parte al crecimiento de la felicidad de los hombres en el orden que te acabo de indicar.

La etimología de la palabra *educación* viene á confirmar esta misma doctrina, puesto que

no significa otra cosa sino *sacar* del niño las buenas disposiciones latentes en su espíritu con aquella paciencia heroica y aquella intuición clarísima propias de una madre. Recuerdo á este propósito lo que me digiste un día acerca de un primito tuyo que se encontraba en el regazo de su madre. Se hallaba ésta jugando con su niño, y por medio de tales juegos intentaba darle á conocer las partes de su cuerpo. En un momento llevóle la mano á la oreja, y después le enseñó el dedo pulgar entre otros dos diciéndole: *mira aquí tu oreja*. El niño, que ya se cuidaba de la integridad de su sér, examinó instintivamente el sitio en que había sentido la impresión de la mano de su madre, y apenas cogió la parte que creía faltarle prorrumpió en una risa estrepitosa; entonces díjole su madre: eso, hijito mío, que tienes ahora cogido, eso es la oreja.

De otros medios tan ingeniosos como éste sírvese la madre que se halla en constante comunicación con sus hijuelos para despertar en ellos todas las energías depositadas en el alma, y las que se avivan al calor de la familia. Es admirable el espectáculo que se ofrece cuando se halla en medio de ella el niño de la casa; de tal curiosidad le ha dotado su madre que para todos tiene alguna pregunta, de

cuya prudente contestación depende que no se destruya el edificio que con labor tan constante aquélla empezara á levantar.

Este es el precioso momento en que, abiertas todas las facultades del niño para recibir del mundo exterior las nociones que en tan temprana edad pueden adquirirse, ha de disponerse para ir á la *escuela*, en donde, siendo lo que debe ser, el niño recibe la enseñanza, la *instrucción*, que, según su etimología, no es otra cosa sino *levantar en* ó sobre la parte edificada por la madre con la educación el complemento de la misma, puesto que la escuela no es otra cosa que el soplo vivificador que penetra en el alma del niño con el propósito de hacerle comprender la diversidad de las cosas exteriores, la naturaleza, con la que estuvo confundido en los primeros años de su vida, creyendo que todos los movimientos de su alma, y hasta la palabra que empleaba en su manifestación, no era cosa distinta de los seres exteriores.

Tal necesidad siente el niño del conocimiento de la naturaleza, á la que ya no va considerando como una misma cosa con él, ni tampoco como opuesta, sino tan sólo como distinta, que si preguntaras, Angel querido, á uno de los alumnos más dispuestos de primera

enseñanza; si siente placer en asistir á sus clases, te contestaría inmediatamente en sentido afirmativo; porque ha venido á convencerse de que por medio de su palabra, cuyo desarrollo se procura, ha llegado á ser el anillo intermediario entre el mundo de la naturaleza y el mundo de su alma, percibiendo como individuo todas las relaciones que le ligan con sus compañeros y hasta con aquel principio oculto que anima el mundo, y al que llamamos Dios.

Ya habrás comprendido la notable diferencia que existe entre educación é instrucción, y que la relación entre ellas existente es la misma que media entre lo perfeto y lo imperfecto; la instrucción no es otra cosa sino la misma educación perfeccionada. Cuando la familia no ha tenido al niño abandonado en sus primeros años, el paso de la casa á la escuela es muy natural; pero cuando, por el contrario, no ha sido educado, esto es, si sus facultades no han salido de esa inercia absoluta en que se hallan por efecto de la edad, carece de base la instrucción ó ésta va muy retardada, porque lo que debió hacer la madre con el niño en su regazo tiene que hacerlo el maestro en su lugar.

En virtud del consorcio íntimo existente entre estas dos ideas, que son como los polos

sobre los que gira la vida total del individuo, se reconoce por todos los modernos pedagogos que la educación no debe ser otra cosa que el desarrollo igual, gradual y progresivo de todas las facultades humanas.

Ya te he demostrado, Ángel apreciable, en otra anterior las fatales consecuencias que se desprenden del desequilibrio entre estas facultades; por esto los sistemas de instrucción ó de enseñanza están llamados á ser reformados profundamente, perdiendo el carácter *intelectualista* que ha venido informándolos desde tiempos remotísimos para llegar á ser en nuestros días más humanos y de resultados más positivos. En esto verás reflejado además el carácter de la época, que, siendo sintético y armónico, ha impreso en el hombre esa misma dirección y no ha podido éste sustraerse á su influencia.

Basta ya, querido Ángel, por hoy; no quiero hacerme pesado sobre un asunto que, si bien es cierto reviste altísima importancia, porque viene á dar, tanto á la instrucción como á la educación, su propio y genuino valor, evitando de este modo dolorosas confusiones, no es menos cierto que es árido de suyo, y no habrás podido encontrar en toda esta carta una flor con que recrear tu ansiosa vis-

ta, ni un sonido acorde y armonioso capaz de despertar en tu alma el sentimiento estético; pero así como el que camina por un desierto suele hallar algún oasis en que puede avivar sus aletargadas fuerzas, así tú también debes considerar como oasis de extraordinaria frondosidad y frescura las nuevas protestas de intensísimo cariño que quiere dejar consignadas en el final de esta carta tu director intelectual.

XIV

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: Me preguntaste un día, apenas contabas siete años, que cómo podrías sacar más provechoso fruto del estudio que hacías entonces y de las explicaciones que oías á tus profesores. Mas no pude contestarte satisfactoriamente, ni tampoco mostré empeño grande en complacerte, porque estaba convencido de la poca importancia que envolvía este asunto para ti. En aquella edad sólo se te podía exigir una atención sostenida, en cuya virtud tu alma se encontrara abierta á todas las impresiones exteriores y pudieras ir recibiendo en su interior cuantas ideas avivaran tus padres y profesores.

Entonces sólo podía decirte que para llegar al conocimiento de alguna cosa era pre-

ciso recorrer un camino no interminable por cierto, sino con sus límites ya determinados en el punto de partida y en la estación de llegada. Y como oías á alguno de tus compañeros hablar del teatrito Guignol, propio para niños, en donde tantas y tan prodigiosas hazañas se realizaban por hombres y mujeres de estatura incomparablemente menor que la que tú entonces tenías, se despertó en ti el deseo de conocerlo, y de aquí tomé ocasión para darte una ligerísima idea de lo que es el método ó camino que sigue nuestra mente para llegar al conocimiento de la verdad en la región de las ideas.

No hubieras tenido conocimiento de lo que tanto deseabas si no hubieras salido de la casa número 13 de la calle del Turco, en donde te encontrabas (punto de partida); si no hubieras recorrido los trozos de las calles que te separaban de la puerta del Botánico (camino), y después no hubieras entrado en aquella empalizada que rodea el teatro de los niños de hoy, hombres de mañana (estación de llegada). Esto que sucede en el mundo de las cosas sucede igualmente en el mundo de las ideas, y probártelo intento, porque ahora que tienes doblada la edad me haces la misma pregunta que cuando contabas siete años.

Si Dios hubiera criado el mundo por casualidad, al acaso, cada sér y cada propiedad del sér no engranaría en el concierto y armonía universal de la creación entera; si, por el contrario, vemos en ella un orden maravilloso, debe tener leyes inmutables, eternas y constantes que conduzcan á todos los seres al cumplimiento de su destino.

El alma tiene un fin; cada una de sus facultades su objeto propio, y para conseguirlo Dios nos dotó de medios á propósito. El objeto de la inteligencia, como tú bien sabes, Angelín querido, es la verdad contenida en la ciencia, para llegar á cuyo conocimiento empleamos el método, que puede ser analítico ó de descomposición, y sintético ó de recomposición. Ambos procedimientos los ejercita el niño: si no, observa á aquel que se encuentra entretenido con un ratón automático ó que se mueve por sí mismo, lo rompe ó lo descompone para analizar su mecanismo, y después que se ha enterado intenta recomponerlo; pero cuál no es su desconsuelo al ver que no puede conseguirlo; y consiste esto en que su trabajo ha sido inconsciente é irreflexivo.

Ahora tú ya vas trabajando con conciencia y meditada reflexión, y por esto vuelves á proponerme el mismo problema que há tan-

to tiempo me propusiste por primera vez, sin tener en cuenta que ya no necesitas su solución, por cuanto el otro día, que era el designado para desarrollar ante tus compañeros el concepto de la belleza, diste muestras tan gallardas acerca de aquella parte de la lógica que trata del método, que tu trabajo mereció por esta razón los plácemes de cuantos te escuchamos.

Empezaste reconociendo la existencia de la belleza fuera de tí, porque se daba en los objetos que son bellos: en una flor, en las Vírgenes de Murillo, en el Palacio Real, en *La vida es sueño*, en el *Ave María* de Gounod, en el *binomio* de Newton, en el *principio* de Arquímedes en el acto de salvar á un náufrago, etc , etc., la unidad y la variedad armónicamente combinadas. Después analizaste el efecto que produce la contemplación de estos objetos, y notaste la emoción más agradable que puede experimentar el corazón humano, libre de todas las impurezas que acompañan á los placeres terrenos, sin verse bastardeada por los intereses mundanales Con este motivo hacías un detenido estudio sobre el proceso psicológico de la emoción estética, que también puso en evidencia el aprovechamiento con que has estudiado Psicología; y cuando

ya el escalpelo del análisis había descompuesto el concepto de la belleza en sus dos elementos, objetivo y subjetivo, pretendiste su síntesis, su reconstrucción, y concluiste diciendo que era la emoción pura, agradable y desinteresada, que, sin previo concepto ni fin determinado, producen en el alma la unidad y la variedad armónicamente combinadas y dotadas además de la gran fuerza activa que le da la inspiración del artista humano en las obras del hombre, divino en las divinas, no pudiendo dejar de ser, al mismo tiempo que bellas, buenas y verdaderas, tanto unas como otras, porque la verdad, la bondad y la belleza son las propiedades transcendentales de todo sér.

No hay duda, discípulo estimable, que analizando con detenimiento y reflexión cualquier objeto, así como los principios de una ciencia, llegamos al conocimiento sintético, cabal y completo de ésta y de aquél, y se consigue distribuyendo la ciencia y el objeto en las partes de que se componen, para considerarlas separadamente y ver las relaciones que guardan entre sí, colocándolas después de manera que las que nos son más conocidas precedan á las menos conocidas, con el fin de ue éstas se presenten como las consecuencias naturales de las prime:as.

¡Cómo se reflejan, Angelín querido, los resultados maravillosos del buen método en todas las acciones de la vida! Si tú gozas de salud completa, es porque tienes una hora determinada para levantarte; te aseas con esmero, pero sin afeminación; nada comes á deshora, sino que lo haces en los momentos establecidos, y disfrutas de todos los recreos porque tu conducta es siempre ejemplar. Adelantas tanto en tu carrera, porque tienes horas prefijadas para el estudio; nunca dejas de asistir á las que tienes de clase, y tus conversaciones siempre son interesantes.

Me acuerdo en este momento y con este propósito de un amigo mío que ha llegado á ser una notabilidad en el ejercicio de la Medicina y la Cirugía, y esto lo ha debido al buen orden que observó cuando estudiante, y al que quiso y logró someter á todos los que vivíamos con él, colocando un horario, hecho por él mismo para la mejor distribución del tiempo, sobre la mesa de estudio de cada uno; y era maravilloso el ver cumplir fielmente con aquella obligación á tres jóvenes venidos á Madrid, la ciudad de los placeres en aquella época de puro libertinaje, cuando apenas habían perdido los hábitos de modestos seminaristas.

Ya sé, Angel querido, que no te resistes

nunca al cumplimiento de cuanto tengo establecido en el colegio, porque comprendes que el camino que yo sigo para alcanzar el fin de tu buena educación está conforme con el que sigue la razón para el arreglo de tu vida física, intelectual y moral. Por esto, cuando digo á todos, aun á los parvulillos, que sean ordenados, busco en ellos la base de todo progreso positivo. El niño que no deja sus libros y sus objetos de escritorio en lugar determinado, que sus juguetes los tiene tirados por su cuarto y que las prendas de vestir las deja en cualquier parte, prueba tener su cerebro trastornado; acostúmbresele desde edad temprana á ser ordenado, para que, al despertar sus mentales facultades, el orden que vea en torno suyo, en todo lo exterior, refluya al interior y sea ésta la idea primera que aprenda su espíritu; así se le verá caminar con paso firme por la senda que conduce á la absoluta perfección.

Nunca habrías creído, estimadísimo Angelín, que el método envolviera tan vital y transcendente importancia, y esto ha consistido en que tú, metódico por instinto, nunca paraste mientes en ello; después lo estudiaste en la Lógica bajo el punto de vista especulativo, no en sus infinitas y múltiples aplicaciones para la práctica de la vida. Si con esta carta he lo-

grado rasgar el velo que ocultaba á tus ojos todas las excelencias del método analítico práctico, y consigo al propio tiempo transformarte de tal suerte que de hoy más seas acérrimo propagandista de estas excelencias, habrás proporcionado un nuevo día de indefinible placer á tu director intelectual.

XV

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: Porque te he demostrado en mi anterior que el mejor método para aprender é instruirte es el analítico en el principio de toda investigación, concluyendo éste con la síntesis, me preguntas si es éste también el procedimiento que se sigue para enseñar á los niños, somera ó profundamente, los principios de la ciencia, y con esta pregunta me has probado que te preocupas, no sólo de tu perfeccionamiento, sino de los medios que se ponen en práctica para despertar en todos tus compañeros las facultades del espíritu; acaso, acaso para ejercer tú tan alto sacerdocio en aquellos momentos ú ocasiones en que te encuentras con algún niño de los que van á tu casa con las familias que forman la tertulia íntima de la tuya.

Si con tan plausible motivo me pides que te escriba una carta, no he de retardar el instante en que llegar deben á tu conocimiento alguna de las observaciones que tengo hechas sobre los niños que empiezan á vivir la vida de la ciencia, con el fin de iniciarte en el ejercicio de la enseñanza, que es la que viene á completar nuestro desarrollo personal, adquiriendo un número de conocimientos que de otro modo no podríamos adquirir.

Si á los cinco años tuviéramos nues ro cerebro tan desarrollado como á los veintiuno, cree, discípulo querido, que al niño se le podrían exponer todas las teorías de la ciencia, por abstrusas y difíciles que éstas fueran, con la convicción plenísima de que no le perjudicábamos; pero el cerebro en aquella edad está tan débil que es preciso adaptar nuestras explicaciones á la capacidad que las ha de recibir, procurando, antes de todo, interesar vivamente los sentidos.

Por esto el método que se emplea con verdaderos resultados prácticos es el intuitivo, procurando que las ideas se graben en el alma del niño por medio de los objetos que ponemos á su contemplación. De este modo se contribuye al desarrollo de su inteligencia con los mismos móviles que empleara la madre cuan-

do lo tenía bajo su dirección, aunque aplicados de otra manera.

Hé aquí, Angelín querido, la altisima importancia que revisten *las lecciones sobre cosas* en ese momento crítico en que todo el mundo reconoce la iniciación del conocimiento por medio de una actividad espontánea y superabundante, auxiliada del placer que nos causan las impresiones de los sentidos, fuente inagotable de ideas, juicios y raciocinios.

Tú ya sabes que me valgo del *Museo escolar industrial* para conseguir este objeto, porque en él se halla coleccionado todo cuanto al niño puede más vivamente impresionarle. Siente hambre, siente sed, siente las inclemencias del tiempo, el frío en el crudo invierno, el calor sofocante en el verano, las mojaduras en días de lluvia torrencial, y por instinto tiende á sustraerse á las nocivas influencias de tales agentes, combatiendo el hambre con los alimentos, la sed con las bebidas y las inclemencias del tiempo por medio de los vestidos, las habitaciones y la calefacción, y es maravilloso ver cómo en este *Museo escolar* se hallan artísticamente coleccionadas cuantas materias se emplean para subvenir á todas esas necesidades corporales.

Si el profesor se entretuviera en hacer pro-

fundas explicaciones sobre todas y cada una de tales materias, hablando al niño de los agentes físico-químicos que intervienen en la formación del mineral ó el vegetal, y al ocuparse, por ejemplo, en el hierro enrojecido por la acción del fuego le expusiera toda la teoría del calórico, esas explicaciones serían á todas luces infructuosas. Este trabajo, para que sea provechoso, deben hacerlo unidos el maestro y el discípulo; que no hay conocimiento tan permanente como el adquirido por propio estímulo, y del que se considera al niño en cierta manera creador.

Así se cumple perfectamente con el objeto de la ciencia pedagógica, que, según su etimología, no es otra cosa sino el acto de conducir al niño. El profesor, en efecto, no debe ser más que su eterno acompañante; nunca, al desempeñar la misión de pedagogo, piense en que ya ha recorrido del camino de la ciencia una buena parte, porque entonces se colocará á una distancia inmensa del discípulo, y si desde este punto en que se halla colocado empieza á hablarle nada podrá oirle. No tenga ningún inconveniente en volver pasos atrás y colocarse en el principio del camino, cogiendo al niño de la mano, y aprovechándose de sus naturales disposiciones interrogarle

constantemente sobre lo que él sepa ó crea saber acerca de los objetos puestos á su consideración y á su análisis. Si diera el niño contestación incongruente, nunca se disguste; antes al contrario, hágale ver con cariñosas reflexiones que se ha equivocado, diciéndole en qué está su equivocación, y preguntándole de nuevo podrá descubrir alguna nota utilizable, la que inmediatamente recogerá para formar con ella el conocimiento que haya de adquirir.

No te escribo estas consideraciones, Angel mío, por haberlas aprendido en algún libro profesional; las he leído en el libro que vosotros tenéis siempre abierto ante mis ojos; la experiencia que de todos mis queridos discípulos voy adquiendo es el libro que estoy consultando constantemente para escribirte estas cartas.

Me encontraba un dia entre los alumnos de primera enseñanza con objeto de tener una conversación de media hora, según costumbre, con ellos. En aquella ocasión correspondía hablar sobre la *sal*. ¡Qué cosas tan divinas se les pudieron ocurrir al investigar su origen! Después de haber gozado un rato con sus espontaneidades, convinimos en que el agua del mar la contenía porque algunos la habían

gustado en la época de baños, y les sabía á lo mismo que aquella otra agua de sal que yo les había preparado en una copa dentro de la misma clase, y aprendieron cómo se obtiene, porque al día siguiente en la copa quedó la sal tan solo por efecto de la evaporación; así también la del mar, encerrada en un seno pequeño, se evaporará, quedando la sal en seco, dijeron ellos.

Con este motivo siguió nuestra conversación sobre la conveniencia de que las aguas del mar fueran saladas y unos me decían que así eran más pesadas, por ser más densas, y que, por lo tanto, podrían sostener sobre su superficie barcos de mucho peso; otros que servían para evitar la corrupción, pues hallándose en su fondo tantas plantas y tantos peces muertos, y hasta los hombres procedentes de un naufragio, debieran corromperse. También me dijeron mucho sobre las aplicaciones que tiene este producto en la vida, sin entrar en su sistema de cristalización, ni en la proporción en que se hallan los cuerpos simples que le componen. Y procediendo de este modo en el conocimiento de todas cuantas cosas contiene tal Museo, siempre llegamos profesores y discípulos á algo interesante en la perfección de nuestro espíritu.

Lo que te he dicho, Angel apreciable, acerca de la *sal*, pudiera igualmente decírtelo de todos los demás productos; pero ¿para qué cansarte? Sólo te diré para concluir la presente carta que, después de haber analizado todo el *Museo*, conociendo cuantas materias en él se hallan contenidas por el procedimiento intuitivo, vendrá la síntesis, ó sea la aplicación que todas estas materias tienen en la satisfacción de las necesidades de nuestro cuerpo.

Habrás visto por lo que te llevo escrito que el método que se emplea para aprender es el mismo que se emplea para enseñar; y consiste esto en que el camino que sigue la inteligencia humana para llegar al conocimiento de la verdad es uno mismo para el profesor y para el discípulo.

Si consigues una vez tan sólo que el alma de un amiguito tuyo atesore algunas ideas, avivadas al impulso de tu inclinación natural á hacer el bien, tendrás en esta vida un sér agradecido que te mostrará su profunda gratitud (mayor que por la que un bien material puede tenerse), sea cualquiera su situación en la vida, pues no hay misión más elevada que la de aproximar al hombre hacia Dios por medio de la educación é instrucción.

Ahora comprenderás el santo y noble or-

gullo de que me hallo poseído por la profesión que ejerzo. Todas las inteligencias de mis queridos discípulos son otras tantas víctimas que pretendo arrancar de las garras de la ignorancis y del error, sus temibles enemigos, y por este hecho habrán de mostrarme su gratitud en todos los momentos de su vida. Quizás alguno pase indiferente por mi lado, sin acordarse en tal momento de cuanto por él y con él he trabajado; pero esto servirá para realzar más tu conducta y la de aquellos que contigo han de ver su segundo padre en su director intelectual.

XVI

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: Por la carta anterior ya habrás visto que al niño, cuando todavía no ha llegado á adquirir una idea clara y distinta de su personalidad, es preciso hacerle ver los objetos tales como el mundo de las cosas los ofrece; es necesario, por consiguiente, que el conocimiento empiece por lo concreto, que tan vivamente impresiona los sentidos, para después elevarse á la región de los principios y contemplar en el mundo de las ideas lo puramente abstracto. Así lo reconoces en tu última, que, como todas las tuyas, es un modelo de sencillez y de candor; pero ¿cuándo tiene lugar aquella transición, aquel paso supremo, en cuya virtud el niño es transladado de lo real á lo ideal, y pue-

de conocer el valor de la palabra, la idea de número y la de extensión?

Este es el problema, bastante delicado por cierto, mas no sin importancia. Es sobremanera interesante saber el momento en que principia el conocimiento consciente ó subjetivo; es decir, el de los hechos inmateriales, de los que una gran parte son necesariamente admitidos en los libros destinados á los niños con el objeto de no anticipar ni retardar ese momento crítico; si se hace lo primero, todo nuestro trabajo es infructuoso, porque la tierra no está preparada y se exige además un grado de fuerza intelectual mucho más grande que el que después sería necesario; si se hace lo segundo, contraemos terrible responsabilidad por el tiempo perdido, toda vez que dejamos escapar el instante en que podrían producirse impresiones buenas y útiles sin el menor inconveniente para la salud del niño.

Veas, querido Angelín, si urge que los padres no pongan trabas de ninguna especie á todos aquellos que, por decidida vocación, nos hemos constituído en directores de vuestra inteligencia. Yo por mi te sé decir que con solicitud incansable sigo paso á paso todo el desarrollo cerebral de los niños que me han sido confiados, y después que á esa actividad,

traducida en curiosidad, le he proporcionado un medio ambiente á propósito para su más fácil desarrollo con *las lecciones de cosas*, y he notado que ya empiezan á distinguir los objetos, ó por el tamaño, ó por el número, ó por los matices del color, ó por la forma, entiendo que ya pueden conocer los seres distinguiéndolos por sus cualidades, y de aqui el que deban estudiar Gramática para que sepan que lo genérico en *la mesa*, por ejemplo, constituye el nombre sustantivo, pero que lo específico es saber, su altura, su anchura, su color, su forma, el número de pies, la substancia de que está hecha etc., etc., constituye el nombre adjetivo, ó sea la cualidad en cuya virtud una mesa puede distinguirse de otra. Con esta explicación ya pueden aprender los conceptos abstractos de género y especie, y llegar á adquirir la idea del tiempo con el verbo diciéndoles que aquèl no es otra cosa sino las modificaciones de una acción; y, por último, la idea de las relaciones expresadas por aquellas palabras que pertenecen invariables en su forma, y que son el adverbio. preposición, conjunción é interjección.

Con tan buena base no dejarán de aprovechar en Matemáticas, conociendo con facilidad suma los términos abstractos de cantidad,

unidad y número ; sabiendo que la primera es toda magnitud determinada ó indeterminable, el largo de un paseo, por ejemplo ; la segunda es la relación de ese largo con una parte de él; por ejemplo, el metro ; y el tercero es la expresión de esa medida por medio de un signo.

Bien es verdad que para promover el adelanto en el niño es preciso sensibilizar extraordinariamente tales explicaciones, porque su entendimiento en esta edad es en cierta manera plástico é impresionable, y de aquí el gran auxilio que presta para el desarrollo de la memoria, toda vez que él puede retener más fácilmente cuantas ideas han venido grabandose en aquél, haciéndose más duraderas y permanentes si van acompañadas de ciertas circunstancias, causas de placer. Una explicación que recaiga sobre cualquiera de estas ideas abstractas y despierte vivo interés, aumenta extraordinariamente el número de objetos que pueden ser conocidos y distinguidos por el entendimiento, conservándose con la misma distinción en la memoria, aunque siempre ocurre esto por un motivo interesado, que es de buscar el placer deseando evitar el sufrimiento. Pero cuando queremos que el niño sea laborioso, el interés, por más que

sea útil, no es conveniente, toda vez que, si sólo tiene tal estímulo, nunca podrán llegar á ser notables sus adquisiciones. La conciencia del poder ejercido basta para que el trabajo no sea desagradable al niño.

En ti, Angel querido, observo este fenómeno psicológico. En algunas de las materias que has estudiado ó que ahora estudias, esos móviles interesados, que en otros niños son necesarios, no los veo manifestarse; sin embargo, las estudias con gusto. Y consiste esto en que te basta saber por la conciencia que dentro de tu espíritu se encuentra un misterioso poder que te alienta al trabajo; y como ves que éste es fecundo en buenos resultados, nunca te parece desagradable el estudio.

Si entre los siete y los diez años empiezan á estudiarse ciencias difíciles, la Gramática, la Aritmética y la Geometría, éstas no pueden ser comprendidas por el niño; tal hecho sucede, no tan sólo por la carencia de ejemplos concretos con que debiera tener amueblado el entendimiento, si que también por la ausencia de la facultad de abstraer y de generalizar, toda vez que el niño no se ha acostumbrado á separar de los objetos que se proponen á su consideración aquellas cualidades que

distinguen á unos de otros, para quedarse con lo que es común á todos ellos.

Unos diez años contabas tú cuando me encargué de tus estudios, y entonces noté que esas ciencias de que hago mención en el párrafo anterior las estudiaste rutinariamente, del modo que es común el estudiar entre vosotros, enriqueciendo tu memoria con un sinnúmero de frases desprovistas de sentido. Entonces empleé contigo el mismo trabajo que hoy empleo en mis conversaciones alternas con los pequeñuelos del colegio, conduciendo tu espíritu por un nuevo mundo, en donde, como un segundo Colón, encontraste riquezas de valor inestimable. Te expliqué el proceso que sigue nuestra mente para la adquisición de las ideas, ó sean las representaciones en el alma de cuantos objetos impresionan los sentidos, y redoblaste tus esfuerzos para atesorar un caudal inmenso de ellas; después te puse enfrente dos de estas ideas con el fin de que notaras la relación de conveniencia ó repugnancia que existe entre las mismas, y de este modo te enseñé á juzgar, hasta que, últimamente, por la dependencia que unos juicios tienen de otros, pudiste ya sostener vivo el discurso y aprendiste á raciocinar.

Con qué placer te vi llegar á este grado

de desarrollo del espíritu. En cierto modo mi misión habría terminado si no hubiese tenido la ineludible obligación de permanecer á tu lado para continuar dirigiendo tus estudios mientras no consiguieras el título de bachiller; pero, dicho sea en honor de la verdad, ya, como director de tu inteligencia, poco me restaba que hacer, sino el robustecerla y resguardarla de esas mortíferas corrientes con que el error trata de invadir la región del humano pensamiento para que en éste no exista otra cosa más que sombras y ruinas.

Por fortuna, Angel querido, tienes unos padres que se interesan profundamente por cuanto dice relación á tu perfeccionamiento intelectual, y ha constituído para ellos terrible pesadilla la elección de la persona que había de encargarse de dirigirla. En mí, sin duda alguna, debieron descubrir méritos superiores á los que realmente poseo para ser el elegido; y ¿crees tú que he de defraudar las esperanzas que les hice concebir? No, y mil veces no, porque el honor que he merecido al confiarme misión tan elevada, mayor que la que cualquiera otro hombre puede realizar en la vida, ha venido á constituir en mí una segunda religión, y acaso, acaso, procure por el cumplimiento de los preceptos que ésta me impone

con más escrupulosidad que la que tengo para cumplir con los que entraña la que me une con Dios.

Permítaseme este atrevimiento en lo que concluyo de decir, dicho solamente con el propósito de manifestarte, queridísimo Angelín, el gran interés que en mí despierta tu buena educación. Quizás haga esto por puro egoísmo, toda vez que sueño en aquel venturoso día en que, convertidos en hombres de valer todos mis discípulos, habrán de dar nombre y gloria á la patria en que viven, habrán de elevar el nivel de la cultura de su pueblo, no olvidándose de los más caros sentimientos de familia, en cuyo seno encontraron las condiciones de su moral elevación, así como tampoco os olvidaréis de aquel operario humilde de vuestra inteligencia que consumió lo más florido de su vida en adquirir conocimientos diversos, estudiando la manera de poderlos transmitir con provecho, atendidos los diferentes grados de desarrollo en la vida de vuestro espíritu.

Esto es, y si no lo es esto quiere ser vuestro director intelectual.

XVII

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: Has llegado á comprender, por lo que me dices en tu última, que no le basta al niño el conocimiento reducido de las cosas que ve, y de las que puede llegar á formarse una idea exacta y fiel después de haberlas visto. Ahora ya necesita algo más: necesita ensanchar su conocimiento, extendiéndolo áun á aquellas cosas que no ve. Porque el niño no queda satisfecho con saber de la vida parte tan escasa: quiere conocerla totalmente, y á esto contribuyen por manera muy poderosa, en el principio, unas ligeras nociones de Geografía é Historia.

Preguntándole una vez, Angelín querido, á uno de mis más caros discípulos, de qué modo le habían enseñado la primera me hubo de contestar que de manera poco agradable

por cuanto empezaron á hablarle de cosas que no se hallaban ante su vista: diciéndole que la tierra; planeta en que vivía, era redonda, que tres cuartas partes estaban cubiertas de agua y la restante era la única sólida ó de tierra firme, y que en un punto de ésta se encontraba situado el pueblo de su naturaleza, dentro del cual estaba su casa. Después me puse á conversar contigo sobre esta materia, y ambos convinimos en que tal procedimiento no es el más á propósito para explicar la Geografía á los niños de ocho á nueve años, porque se destruye una de las leyes generales del método, cual es la de pasar de lo conocido á lo que nos es desconocido, y quedaste con la plena convicción de que partiendo del lugar en que se encuentra el niño, su cuarto, que unido á otros forma la casa, y ésta con otras la calle, y de varias calles se origina un pueblo; pasando después al campo para contemplar desde lejos aquel pueblo y algún otro que se pueda divisar desde el punto en que nos encontremos situados, diciéndole que de la reunión de éstos con otros varios, en una gran extensión de terreno, se forma la provincia, y que del conjunto de varias de éstas se origina la nación, que unida con otras da por resultado el continente, la idea que el niño llega á

adquirir de la tierra con este procedimiento es tan firme que dificilmente puede perderla, y si ha llegado á ver el mar, tan completa que no tendrá necesidad de ampliarla.

Esta preparación es suficiente para que en el niño se despierte el deseo de conocer los usos y costumbres, la manera de ser y de pensar de aquellos hombres que viven en otros pueblos, y áun la de aquellos que le precedieron en la marcha de la historia. Ya te habrás fijado más de una vez, Angelín querido, en esa curiosidad incansable que acompaña siempre á los niños, en cuya virtud ruegan repetidas veces á su madre que les refiera áun cuando sea la misma narración que en tantas otras ocasiones les ha referido. Con esa misma curiosidad llegan al colegio, y es verdaderamente maravilloso el espectáculo ofrecido por la clase de los pequeñuelos cuando ven entrar en ella al narrador de las proezas de otros niños, de la vida de los hombres en tiempos anteriores; como precioso ramillete de tiernas flores se agrupan en torno suyo, y abren su corola para recibir del sol que entra los rayos fecundantes de sus infantiles inteligencias en aquélla contenidas.

Preciso es alimentarlas; pero no con cuentos de brujas ó de hadas, de gigantones ó de

enanos, porque tal educación del espíritu es altamente viciosa y profundamente nociva para su desarrollo ulterior. El niño que amuebla su entendimiento con ideas equivocadas acerca de la realidad del mundo y de la historia, cuando ha de conocer estas dos entidades tales como son y se nos muestran, habría de comenzar de nuevo el trabajo educativo

Bien es cierto que el niño en tal edad vive la vida de los órganos sensoriales, y las facultades del alma que tienen carácter sensitivo, la virtud cogitativa, la imaginación y memoria sensitiva, son las que se hallan en mayor grado de desarrollo; por esta circunstancia, el narrador ha de describir con plasticidad, relieve y colorido todos los hechos que se relatan ante sus microscópicos oyentes, exornándoles con las más ricas galas de su imaginación y fantasía, para hacerlos de esta suerte interesantes; pero nunca cometa una infidelidad histórica, porque es herir á mansalva á niños indefensos, que el día de mañana podrían pedirle cuenta muy estrecha del tiempo que perdieron oyendo contar á cada paso chascarrillos y falsas historietas.

La inventiva del narrador puede explayarse por el mundo de los cuentos morales y edificantes, que sean humanos y que estén den-

tro de los límites de lo posible, recayendo siempre sobre alguno de los múltiples y varia. dos incidentes que ofrece la clase, para que de este modo, viéndose corregido el niño por lo que á otros de la misma edad, pero en sitio distin o, pudieron corregirles, y viéndose premiados con premios análogos á aquellos que recibieron niños imaginarios en otro colegio por haberse distinguido en su aplicación, aprovechamiento y conducta, se interese por conocer la vida en otra esfera más amplia, y empezando por la historia de los individuos de su familia, oficio de la madre, continuará conociendo la de todos los que antes que él vivieron en su pueblo, fijándose el narrador especialmente en aquellos que realizaron algún hecho notable, y de este modo estará dispuesto para extender su pensamiento, ora á conocer todas las hazañas que realizara una nación entera para defender su independencia con bélico entusiasmo, ora á la serie de progresos realizados en orden á los intereses materiales, ora, finalmente, á todas las conquistas que llevara á cabo en la región de las ideas para marchar á la cabeza ó paralelamente en el seno de las cultas nacionalidades.

Y como la historia de todo pueblo ofrece caracteres legendarios en hombres que ejecu-

tan acciones maravillosas, en esto habrá de fijarse el historiador de los niños para despertar en ellos el más vivo interés hacia todo lo que pueda aumentar su amor por la patria, á la que todos debemos respetar como madre querida, estimadísimo Angel, porque nuestros padres y nuestros hermanos, nuestros intereses y nuestras afecciones vienen á formarla, á la sombra de cuya bandera, símbolo de su honra y de su independencia, vivieron y se educaron los héroes de Sagunto y de Numancia en la edad antigua, de Gerona y Zaragoza en la moderna, y aquellos que en la media realizaron la inmortal epopeya de nuestra reconquista. Y cuando veamos que en todas las edades ofrece nuestra historia ejemplos vivos de virtudes, de poder y de constancia, nadie que de español se precie debe desconocerla.

Si tal es la importancia de la Geografía y de la Historia, Angelín apreciable, comprenderás que no debe abandonarse su estudio en el primer grado de la educación y de la enseñanza. Porque tú has podido pasar al segundo, en el que con alguna extensión las mismas asignaturas se estudian, acaso me digas que no es necesario tal estudio ni para ti ni para tus compañeros, sin tener en cuenta que en una clase general de primera enseñanza

nunca se pueden hacer excepciones á favor de ningún alumno; y probado que á alguno de ellos interesa su estudio, todos deben hacerlo. Por otra parte, hay también una razón potísima, y es la de que si ese trabajo supone siempre un caudal, aunque escaso, de conocimientos, nunca es tiempo perdido, por cuanto sobre esta base, ampliada después, se levantará sólidamente el edificio de la Geografía y de la Historia, cuyas lecciones no deben olvidar lo mismo el individuo que los pueblos si quieren hacer algo en pro de su dignidad y su engrandecimiento, teniendo en cuenta además que así realizan la obra divina, que es la perfectibilidad humana mediante la educación y la instrucción.

Mucho más, Angel mío, te diría si no temiese hacerme pesado hablándote sobre tan importante asunto. Créome que lo dicho ha de bastar para hacer de ti un cultivador solícito de tales materias, á fin de que puedas ver con un solo golpe de vista, y en grandes síntesis, los hechos culminantes que dan unidad á la Historia, y detrás de los cuales se oculta una fuerza misteriosa que, como causa eficiente, los produce, no siendo las aberraciones de la inteligencia humana y esas grandes decadencias de los pueblos, un día poderosos, sino

voces de alerta dadas por la Providencia para que vean las naciones el extremo á que conduce el abandono de sus preceptos y sus leyes.

Acuérdate de que fué nuestra España en otro tiempo la rica perla de Occidente, y que el pecho del español albergó siempre el tesoro inestimable de todas las virtudes patrias, para que, sirviéndote de norte y guía ese recuerdo, procures, en cuanto esté de tu parte, por sus presentes y futuros engrandecimiento y esplendor.

Trabaja en este sentido, Angel apreciable; y si así lo haces, marcharán paralelos tu trabajo y el de tu director intelectual.

XVIII

A mi querido discípulo

¡Angel Bueno.

Apreciable y apreciado Angelín: Como quiero que tu educación sea completa, hoy voy á ocuparme en un asunto que interesa extraordinariamente para el desarrollo integral de todo tu sér, tomando ocasión para ello de aquellas emociones placenteras que en tu espíritu se avivaron el día en que juntos estuvimos en el Museo de Pinturas, sito en el Prado.

Me habías oído decir constantemente que no hay placeres más espirituales que los producidos por las obras del arte, y que el artista, para producirlas, debía anhelar por que sus concepciones tuvieran alta y vedadera belleza, y en la debida proporción todas aquellas otras cualidades de que deben estar adornadas tales concepciones, y que existen en las cosas

que nos agradan sensiblemente; en el alma del artista, por lo tanto, deben reflejarse como en un espejo, mundo invisible, cuantas bellezas la realidad física, histórica ó filosófica contiene; y una vez que tenga verdadero dominio sobre el material sensible, la palabra, los sonidos, el color, el mármol ó los cuerpos en sus tres dimensiones, proceder á la ejecución de la concepción caleotécnica para producir obras artísticas.

En vista de tales teorías quisiste conocer alguna de estas obras, y nos dirigimos al Museo; pero antes de entrar en él llamó poderosamente tu atención la iglesia de San Jerónimo por la esbeltez de las agujas en que terminan sus torres, y con este motivo te hube de decir que el orden arquitectónico á que están sujetas contiene todo un poema, por cuanto revelan el carácter de toda una edad en la historia del Catolicismo. No son otra cosa sino la expresión genuina de los sentimientos profundamente religiosos de la Edad Media; pues, ó por el arco terminado en punta, ó por aquellas afiligranadas agujas que penetran en las nubes, se escapa la oración del creyente para llegar, como la espiral que forma el humo del incienso, hasta el mismo trono de Dios.

Con esta preparación espiritualista pene-

tramos en el templo del arte pictórico, y recuerdo que lo que más llamó tu atención fué el cuadro que en un momento de inspiración sublime concibiera un pintor ilustre, á quien la fama coronó de gloria inmarcesible; y con tal valentía transladó al lienzo las tres figuras que en él se distinguen, de tal modo las unió, en tales términos las complementó, que estando absortos contemplándolas no se descubre otra cosa que el amor purísimo que baña el espíritu de aquellas tres figuras celestiales, que por esto han venido á constituir lo que se llama *La Sagrada Familia*, trasunto fiel de lo que debe ser la familia humana.

Sin duda alguna te arrastró con fuerza irresistible á la contemplación de este cuadro del inmortal Murillo aquel niño sobrehumano que en primera línea se destaca con una expresión encantadora, producida por el placer indefinible que en el alma se despierta al ver las monadas del pájaro que tiene en su mano. Esto fué lo que hirió vivamente tus ojos; y aprovechándome de ello, llamé tu atención sobre las otras dos figuras de aspecto venerabilísimo, que están extasiadas contemplando el divino encanto de su niño; y de aquí te llevé á la consideración del pensamiento del artista, que no fué otro, como ya te dejo consignado

en el párrafo anterior, sino la compenetración por medio del amor, de los tres seres que constituyen la trinidad más augusta de la tierra: la trinidad de la familia.

Paso por alto, querido Angelín, la descripción de aquellos otros cuadros de Rafael, Velázquez, Zurbarán, Ticiano, Coello, Goya y otros tantos en que fijaste tu atención, porque entonces esta carta se apartaría de su objeto; sólo quiero hacer constar, para mi propósito, que desperté en ti tal afición por la Pintura que ya ibas tú solo al Museo para pasar en él ratos placenteros contemplando aquellas obras que han inmortalizado á tantos genios, y que han producido el maravilloso resultado de que tú te hayas atrevido á hacer algunos bocetos.

También he podido avivar en tu espíritu el amor por la Música, arte divino que sirve para expresar lo vago, lo indefinido; aquello que por la palabra no tiene fácil expresión, porque son sentimientos tan delicados que se escapan á su dureza y tosquedad. Por esto gozas cuando oyes un trozo de ópera ejecutado al piano por manos expertas, y á lo cual quisiera que estuvieras acostumbrado ejecutándolo por ti mismo; pero por la circunstancia de no haberte impuesto en los tonos desde tu temprana edad no tienes adquirida aque-

lla delicadeza que es necesaria en el oído para poder percibir todos los matices del sonido.

Porque no pasen desapercibidas tantas bellezas como el arte del mundo contiene es de suma necesidad que al niño se le vaya acostumbrando á su ejercicio; él, por otra parte, muestra también su inclinación á cultivarlo, como se puede observar á cada paso, puesto que tan frecuentemente se entretiene con papelillos, de los que saca formas geométricas caprichosas, y en los que vemos dibujados ciertos monigotes, por algunos de cuyos rasgos puede presentirse al futuro genio.

Si se aprovecharan todas las aptitudes de niño, no se malograrian en la aurora de la vida tantas buenas disposiciones como entonces se manifiestan, extinguiéndolas por completo unas veces. ó retardando otras su desarrollo; como en ti, Angelin querido, sucede, que hasta ahora no has empezado á gustar de los placeres del arte, que por ser profundamente religioso—un arte ateo es inconcebible—son los más espirituales, y, por consiguiente, los que más sublíman y elevan nuestra alma, depurando el sentimiento de cuantas imperfecciones le son propias por su estado actual de unión con el cuerpo.

Acaso, acaso digas que pretendo hacer de

los niños artistas distinguidos, por cuanto no sólo quiero que sean admiradores, si que también que sean admirados por la ejecución maravillosa de alguna de sus artísticas obras infantiles. Lejos de mi ánimo pretensión tan desmedida: lo único que ambiciono es iniciarlos en materia tan deleitable, dándoles algunas, aunque sean ligerísimas, nociones sobre el modelado, la música, el dibujo, el grabado, la pintura y la poesía, para que, conocidos, aunque de un modo rudimentario, algunos de sus divinos encantos, cuando se encuentren en el período de la vida reflexiva, preparado ya su espíritu, puedan entregarse en brazos de los inefables goces que produce el arte con alguna de sus bellas manifestaciones, sea cualquiera la forma sensible que adopte para su expresión; ora se manifieste en el sonido que la palabra ó la música produce, y que después se desvanece y se extingue, ora se manifieste por medio de las líneas superficiales y los colores, como sucede en la Pintura; ora, finalmente, se haga palpable, manifestándose en pequeñas ó grandes masas, como sucede en la Escultura y Arquitectura.

Si esto consiguiera habría realizado una obra de mérito extraordinario, toda vez que había de ver á todos mis caros discípulos en-

tretenidos constantemente en algo que les fuera útil; y aquellas horas que ocuparan en bagatelas y superficialidades para dar tregua al estudio serio de la carrera que hubieran emprendido, las pasarían con mucho mayor provecho y agrado para el espíritu modelando alguna pequeña estatua, haciendo los apuntes de sencillos bocetos ó leyendo algunas de esas poesías que expresan en delicadas imágenes los repliegues más recónditos del corazón humano.

Por lo que te llevo dicho habrás comprendido la altísima importancia que en sí tiene el conocimiento de las bellas artes; y esto no sólo para los que, como tú, viven en posición desahogada, si que también para aquellos que, menos favorecidos por la fortuna, una vez hechos los estudios de primera enseñanza, han de aplicar su actividad á trabajos manuales. Siempre dejan éstos algunas horas libres, las que, empleadas en los entretenimientos artísticos, han de apartar á aquéllos de esos antros asquerosos, en donde tiene su asiento las pasiones más bajas y los vicios más refinados. Si así lo hacen, habrán de contribuir por este modo á elevar cada día más el nivel de la cultura de nuestro pueblo y á extinguir lentamente esos focos infecciosos, de donde no sa-

len sino los miasmas deletéreos de espíritus corrompidos.

Tarde se ha avivado en ti, Angel mio, tu afición por las obras artísticas; pero, áun así, todavía es tiempo para poderte preservar de cuantos males te están acechando, cual lobos carniceros, para arrojarse sobre tu inocente espíritu en el momento en que te hallen desprevenido, á fin de devorarte completamente.

Para evitarlo no permanezcas ocioso ni un solo instante, pues ya te dije en otra carta que si el ocio es el que engendra todos los vicios, el trabajo debe ser su preservativo. De este modo te aproximarás más á Dios, que es lo que pretende conseguir por medio de la educación tu director intelectual.

XIX

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: Porque has oído hablar de *las cajas de ahorro* en las escuelas, me preguntas en tu última qué institución es ésta por ti desconocida á pesar de haber pasado por uno de esos centros de enseñanza para recibir la instrucción primaria; y consiste esto en que no había necesidad de ahorrar nada para los que contigo estudiaban en el colegio á que asistías; pero si bien esta parte de la Economía no te es preciso conocerla, hay muchísimas ideas en esta ciencia cuyo conocimiento es de necesidad absoluta.

La presente carta va encaminada á darte ligerísima explicación sobre alguna de estas ideas, que si las pones en práctica habrán de modificar notablemente tu manera de obrar en lo que se refiere al cuidado de tus libros y

á ciertos gastos que, además de ser superfluos, son altamente perjudiciales á los niños. Si la Economía, como indica la palabra etimológicamente considerada, es ley de la casa, antes debió ser ley del individuo, y todos cuantos principios en aquélla se contienen deben ser por éste conocidos.

Todos somos productores, y todos somos también consumidores; ¿debemos serlo inconscientemente, ó con conciencia? Si lo primero, seremos perezosos en producir é inmoderados en consumir; si lo segundo, la *producción* y el *consumo* se mantendrán en sus justos límites.

Acaso creas, querido Angelín, que tú nada tienes que producir por cuanto todas tus necesidades están satisfechas, y, por otra parte, te encuentras, ocupado en el estudio que en sí mismo se considera improductivo, porque no se tiene en cuenta que si el cultivo de las ciencias no crea riqueza directamente, indirectamente contribuye al engrandecimiento intelectual, moral y material. Si el hombre no hubiere empleado los tesoros de su rica inteligencia en la producción de la riqueza, hoy, lo mismo que en los tiempos primitivos, no tendría otra ocupación sino la de la caza por medio de los palos puntiagudos en el seno inexplorado de las selvas, viniendo á cubrir

por este procedimiento tan rudimentario la necesidad más perentoria de la vida, la del hambre. ¿Cómo hubiéramos podido llegar á construir esos grandes palacios de la moderna industria que se llaman fábricas, y en cuyo interior se contienen los maravillosos inventos de la Mecánica racional, si el sabio no hubiese aplicado su talento á estas obras? ¿Cómo hubiéramos podido sustraernos á tantas influencias exteriores, mejorando nuestras condiciones físicas, si las ciencias naturales no hubieran sido conocidas y después con aprovechamiento cultivadas? ¿Cómo, finalmente, se hubieran realizado tantos progresos en orden á los intereses materiales, si el profesor, el pedagogo, no hubiera roturado el pensamiento del niño con el fin de que su trabajo fuera inteligente el día en que se viera precisado á conocer las ciencias ó las artes serviles ó liberales?

Por esto te habrás convencido, Angel apreciable, de que todos somos productores en el mundo; y si alguno hubiera que nada produjera, éste es un miembro podrido en el cuerpo social, y debe, por tanto, ser amputado. Nadie está de más en el banquete de la vida, si no es el holgazán, el que no trabaja. Recuerdo con este propósito la carta segunda

que te escribí, enalteciendo el trabajo como ley impuesta á todos los seres y como fuente de la riqueza individual y pública. Obrando tú con arreglo á estas ideas sabrás apreciar en lo que vale el fruto obtenido trabajando, y de este modo no te entregarás en brazos de un consumo inmoderado.

Debe existir, por lo tanto, cierto equilibrio entre la producción y el consumos; pero que no sea este equilibrio tan escrupuloso que por tal circunstancia no vayan á crearse nuevas necesidades en el hombre, viviendo hoy del modo que viviera en las primeras edades de la Historia; pues sabido es que, cuanto más necesitamos, más trabajamos por producir, descubriendo así nuevas fuentes de riqueza.

Están tan íntimamente ligadas con la teoría del consumo las ideas de *ahorro*, *disipación*, *avaricia* y *prodigalidad*, que voy á procurar darte una ligera explicación de ellas, para que te apropies la primera y evites caer en las tres restantes.

Tú, sin duda alguna, conocerás á algún niño que, recibiendo en los domingos una cantidad determinada de dinero, habría de conservarla en todo ó en parte para atender á una futura necesidad: la compra de un chivo, la

adquisición de un libro ó juguete, que son realmente necesidades para el niño, vienen en tales términos á satisfacer su anhelante espíritu, que hasta no conseguirlo no goza de reposo. Mas aquel otro que gasta cuanto recibe (en premio á las buenas notas obtenidas ó por cualquier otro concepto), unas veces en cosas útiles, otras en cosas superfluas y hasta nocivas, por no prever ninguna futura necesidad, llega un día, el de su natalicio ó el de su santo, por ejemplo, en que sus compañeros hubieran visto con agrado la esplendidez con que les obsequiera, y por haber sido disipador no puede experimentar tan grata complacencia. El primero está adornado con la virtud del ahorro; el segundo le distingue el vicio de la disipación.

Si tú, querido Angelín, como no puedes por menos, te apartas del vicio y abrazas la virtud, y para ahorrar te inspiras en puros sentimientos, y el fin que te propones es honrado, y no lo haces para alimentar pasiones y conseguir venganzas, sino para realizar alguna obra útil, cree firmemente que ahora sólo tú obtendrás el beneficio; pero luégo también lo recibirá la sociedad en general, porque, acostumbrado á ahorrar, habrás añadido nuevas riquezas á las ya existentes, y

con este capital acumulado se podrá acometer alguna empresa difícil, con el fin de que las clases últimas asciendan algo en su mejoramiento moral y material.

Pero si el ahorro saliera de los límites marcados degeneraría ó vendría á parar en la avaricia, que con la prodigalidad constituye sus excesos y peligros. La primera, según dice Mr. Batbie, es aborrecible moralmente, detestable para aquellos que la abrazan é inhumana para los obreros, á quienes priva de trabajo. Huye, por lo tanto, querido Angelín, de vicio semejante. La segunda no es menos vituperable, puesto que disipa y sustrae á la industria uno de sus principales elementos, entorpeciendo también la marcha de éstos, porque el trabajo y los agentes naturales, sin la aplicación del capital, no pueden producir resultados favorables.

Tanto el avaro como el pródigo, Angelín querido, realizan un fin idéntico; aquél, esclavo del dinero, se halla constantemente contemplando, como el único Dios á quien adora, el capital que ha formado en medio de las mayores privaciones y miserias, constituyendo para él atroz tormento el temor tan sólo de que alguna vez pudiera hallarse de aquél desposeído. Por esto su constante ocupación es la

de contar y recontar las monedas de oro que ha estado amontonando sin cesar. El pródigo, por el contrario, cree que el dinero ha sido inventado para gastarlo; y considerando que todo cuanto sus antepasados hicieron en la vida para conseguir una posición por lo menos desahogada no obedecía á ningún principio de moral, gasta sin razón y sin medida, consumiendo en los más inmundos placeres, en medio de bacanales y de orgías, aquel capital que con tantos sudores y fatigas, que con labor tan constante llegaron á formar sus padres. Tanto el pródigo como el avaro privan, por su misma naturaleza, al hombre industrioso de obtener grandes beneficios para sí y para sus semejantes.

De otros muchos asuntos económicos te hablaría si no fuera por el temor de cansarte con esta carta. Creo, por otro lado, que lo dicho será suficiente para que en tus gastos atiendas siempre á lo necesario y saludable, no á lo nocivo y superfluo, y de este modo, con un ejemplo edificante, condenarás la conducta de aquellos compañeros tuyos que, por no tener una clara idea del trabajo ímprobo empleado en la adquisición de una fortuna por medios lícitos y honrosos, son causa de que sus padres inviertan un capital en libros de estudio,

de los que son tan poco cuidadosos que en cada mes del curso necesitan otros nuevos.

También condenarás como gasto innecesario y perjudicial el que consigo lleva el uso del tabaco, pues, además de ser antieconómico, es antihigiénico, por cuanto provoca desarreglos nerviosos en los niños, que más bien necesitan de sedativos que de excitantes. Quizás no sea perjudicial cuando el hombre se encuentra ya formado; pero en naturalezas tan tiernas como las vuestras, que necesitan de aire químicamente puro para robustecer las vesículas pulmonares, tengo por muy seguro que es altamente nocivo el humo del tabaco.

No quiero detenerme en demostrarte que podrían adquirir un sinnúmero de objetos artísticos, ó algo que les fuera útil, todos aquellos compañeros tuyos que se complacen en ver cómo convierten en humo aquellas pesetas que de sus padres reciben los domingos, no para que ataquen con ellas la salud de que debe disfrutar el cuerpo, sino para que proporcionen algún esparcimiento al espíritu ejerciendo la caridad y contemplando ó adquiriendo obras de arte verdadero.

Por esto, y por otras muchas razones que ya conoces, soy enemigo declarado de que los niños fumen, siendo, por lo tanto, muy aman-

te de su salud y robustecimiento físico. Con tales condiciones tendrán la materia preparada y dispuesta para cumplir y ejecutar los mandatos de una firme voluntad en la práctica del bien, propuesto por el entendimiento, cuya facultad he de presentar completamente desarrollada en medio de una atmósfera henchida de ideas puras y sanas, en beneficio siempre de los niños que le han sido confiados, como discípulos, á tu director intelectual.

XX

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín. No puedes llegar á formarte ni áun la más ligera idea de la profunda satisfacción que experimento al notar los progresos de tu analizador espíritu. Ya no te contentas con proponerme cuestiones que digan relación con la vida del niño en el colegio ó en la casa, sino que, sacando tu atención de tan limitada esfera, has pensado que el niño ha de vivir luégo dentro de un *Estado político*, y me indicas en tu última la conveniencia grande de que adquiera algunos conocimientos civiles y políticos, manifestándome al propio tiempo el gusto con que leerías alguna carta que en tal asunto se ocupara. Como tus deseos son para mí órdenes terminantes, en la presente te voy á complacer.

En las primeras edades de la Historia,

cuando el hombre hacía aún la vida de tribu ó de ciudad, tenía un concepto tan estrecho de la patria que se reflejaba en las relaciones con la humanidad, y consideraba como enemigo, ó como bárbaro, á todo extranjero, á aquel que vivía fuera de la ciudad ó de la tribu. Entonces los deberes patrios tenían cierto exclusivismo salvaje, que muchas veces rayaba en heroísmo, pero que carecía de todo valor moral. Después, en la Edad Media, el feudalismo, con su exagerado sistema individualista, ahogó entre sus propias manos el amor de la patria, que no se podía manifestar sino en el castillo ó en el municipio; pero cuando en la Edad Moderna las nacientes nacionalidades se robustecen y se afianzan, y los tres elementos que vienen á constituirlas, el clásico, el histórico y el religioso, son conocidos por todos los que las forman, en tales términos se desarrollan los patrióticos sentimientos que, aunque sea reducido el número de habitantes del territorio nacional, luchan como atletas, pelean como héroes hasta verter la última gota de sangre por defender su propia independencia, la que es imposible extinguir por más que esos monstruos que vomitando humo atraviesen los más excelsos montes, rompiendo las fronteras y llevando en el interior de sus vérte-

bras la vida toda de las naciones cultas por más que el pensamiento y hasta la misma palabra, como sonido que lo expresa, sean transmitidos con la velocidad del deseo por esa red inmensa de numerosos alumbres que rodean y envuelven á la tierra. Estos maravillosos inventos despertarán en nosotros el sentimiento de amor universal hacia todos los hombres, puesto que con todos ellos nos comunicamos; pero no concluirán con el amor á la patria, como éste no concluye con el amor de la familia; antes al contrario, vivirán armonizados el día en que se determinen las relaciones internacionales que han de unir á todos los pueblos.

En esta rápida excursión histórica habrás visto, Angel querido, el proceso que ha seguido el estado nacional, ó sea la sociedad civil, que, áun cuando revista diferentes formas, es el medio natural en que puede vivir el hombre. Tú lo has comprendido así, y quieres por esto que al niño se le condicione para ingresar en su seno, teniendo conocimiento de todos sus derechos civiles y políticos como ciudadano de un Estado, no olvidándose además de cuantos deberes pesen sobre él por este mismo concepto; pues es muy frecuente oir hablar de los primeros sin acordarse para nada

de los segundos, cuando si tenemos el derecho de que se nos respete en nuestra honra, en nuestra propiedad, en nuestra vida, tenemos al propio tiempo el deber de respetar la vida, a propiedad y la honra de todos los demás.

Es materia tan amplia la que tengo delante de mi vista para desenvolverla en esta carta, que habría de molestarte su lectura si le diera el necesario desarrollo. Me voy á contentar con esbozar el asunto, con apuntar algunas ideas que pudieran servir como de base ó fundamento para escribir un librito destinado al uso de los niños en las escuelas. Y como la piedra angular del edificio social es la familia, por ella empiezo, amable Angel, para decirte que si divino fué su origen, divino fué también el de la sociedad civil, sin entretenerme en combatir las teorías de aquellos filósofos que han fundado tal origen ó en el contrato ó en la guerra.

Organizada ya la sociedad en un cuerpo político ó Estado, sería preciso fijar su concepto jurídico, así como también el concepto de ley, forma concreta que en sí tiene toda la conciencia, todo el modo de ser del pueblo á quien se da, y esto nos llevaría á tratar del poder legislativo, ejecutivo y judicial que, con el poder moderador, reconocido en las

modernas formas de gobierno, constituyen la teoría completa sobre la autoridad civil, que, si en abstracto procede de Dios, en concreto se origina de la elección. Y aquí, querido Angelín, hago alto para manifestarte las relaciones que nos unen, como súbditos, con aquella autoridad, cuyo representante dentro del municipio se llama alcalde, dentro de la provincia gobernador, y dentro de la nación príncipe, presidente, rey, monarca, sultán, zar ó emperador.

Como miembros que somos de la sociedad civil tenemos ciertos deberes con los demás individuos que la constituyen, y que están contenidos en las dos fórmulas precisas: *Haz á otro cuanto quieras que hagan contigo, y lo que para ti no quieras no lo hagas á los demás.* Obrando de este modo se estrechan los vínculos que nos unen á nuestros semejantes, que si se refieren á aquellos que han vivido bajo el mismo cielo, que han corrido los mismos peligros, que han tenido las mismas glorias, que han realizado las mismas hazañas, que han experimentado las mismas alegrías, que están sometidos á las mismas leyes, que hablan la misma lengua, que profesan la misma religión, hay un motivo más para que íntimamente se amen como hermanos, y es el de re-

conocer todos como madre querida á una misma patria.

Pero también tenemos deberes en orden á la autoridad ó jefe del Estado, siendo el primero y principal el de la obediencia, y á éste propósito convendría que recordaras, Angelín mío, cuanto te dije de esta sublime virtud en aquella carta que exigía, como unica condición para hacer vida de colegio, la de ser obediente. Añadiendo ahora, porque entonces lo omití, que no tanto obedezcas por el miedo de las penas cuanto por el pleno convencimiento, formado por ti mismo, de que debes conformar todas tus acciones con la ley que te ha sido dictada por el poder legítimo.

También como súbditos debemos amar, respetar y tributar el obsequio debido á la persona que ejerce la suprema autoridad, no subvirtiendo el orden público ni entorpeciendo el cumplimiento de la ley, pero sí contribuyendo á la transformación pacífica de ésta, siempre con arreglo á los principios eternos de justicia y de moral.

Y como la nación necesita para su desenvolvimiento gradual y progresivo de toda nuestra cooperación y ayuda, cuanto somos y valemos debe estar á su servicio; cuanta riqueza atesore la industria, cuantas obras in-

mortales sean debidas á la inspiración del artista, cuantos triunfos se obtengan en el vastísimo campo de las ciencias, cuyos límites ú horizontes nuestra vista nunca alcanza, todo, absolutamente todo, debemos ofrecerlo en holocausto á nuestra patria, puesto que de ella hemos recibido las condiciones necesarias para realizar tan nobles conquistas; y áun cuando alguna vez se muestre ingrata, no por esto debemos alejarnos de ella para enriquecer con nuestro trabajo naciones extrañas.

También, cuando se vea ocupada por un pueblo extranjero, debemos defenderla con nuestras haciendas y nuestras vidas, sin que valga alegar los deberes familiares, por cuanto al combatir ó pelear por la independencia, la vida y la honra de nuestra patria, peleamos ó combatimos por la honra, la vida y la independencia de nuestras familias.

He tratado, querido Angelín, de enseñarte los deberes que nos ligan como miembros de una nación y como súbditos de su suprema autoridad, la que á su vez también tiene sacratísimos deberes que cumplir; pero como esta carta va á ti dirigida, y todavía, por razón de edad, es de todo punto imposible que puedas ejercerla, me reservo tratar esos deberes para cuando tú, convertido en hombre

político, llegues á tener alguna intervención en la cosa pública, puesto que, ciudadano de un país que se rige por el sistema parlamentario, como elector y elegible habrás de formar parte del poder legislativo. A esto te habré de alentar constantemente, por cuanto la indiferencia política, lo mismo que la indiferencia en cualquiera otra esfera de la vida, es el mayor de los males que aqueja á las sociedades modernas, siendo la religiosa indiferencia la que los produce en mayor número, por cuanto mata todos los ideales de la vida, y de aquí esas grandes agitaciones populares que alteran la paz de los Estados. El rico no quiere comprender que su tesoro está en los cielos y que todos sus afanes deben dirigirse á conseguirlo, no á amontonar riquezas en la tierra, en donde el orín y la oruga pueden destruírlas. El pobre debiera adornarse de las santas virtudes, la resignación y la paciencia, y una vez cubiertas sus más urgentes necesidades, confiar en otra vida, en donde habrá de disfrutar de felicidad completa. Con estas ideas, y con el recuerdo de Dios inmanente en la conciencia, no se producirán esas agitaciones políticas que roban la paz de las naciones.

Creo que con lo dicho habrás comprendido, discípulo estimado, la conformidad en que nos

encontramos tú y yo sobre la conveniencia de dar al niño algunas nociones de Derecho político. Sostengamos siempre la firmeza de nuestras convicciones, que siendo rectas y puras ellas se abrirán paso, y andando el tiempo darán su fruto.

Voy á concluir la presente dándote un consejo: ya ves el entusiasmo con que contesto á cuantas cuestiones me propones ahora, discípulo estimado, estimulándome al estudio cuando no las conozco por completo; que después sigas también obligando con tus preguntas á tener en actividad constante la afición por el estudio en tu director intelectual.

XXI

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: Ya conoces que nos vamos acercando al límite del camino que juntos nos habíamos propuesto recorrer, toda vez que, justificadas las enseñanzas de la Gramática y las Matemáticas, de la Geografía y la Historia, de unas nociones políticas y algunas otras económicas, sobre todo de la religión católica, y, por consiguiente, de la doctrina de su divino Fundador, además de aquellas lecciones de Moral que en ciertas cartas están desarrolladas, como aquella otra que versa sobre Bellas Artes, me preguntas en tu última si con tales conocimientos, supuestos desde luégo los de lectura y escritura, necesarios para estudiar aquellas materias, se puede dar por terminada la instrucción primaria; y para sacarte de la duda, me

voy á entretener en discurrir unos cuantos momentos sobre este asunto.

Además de todos los conocimientos de que te hago mención en el párrafo anterior, y que yo considero como esenciales, hay algunos otros secundarios que sirven de preparación para las ciencias físicas y naturales, como son los de la Agricultura, Industria y Comercio, que entran en los programas de determinados colegios ó escuelas, prestando atención preferente á alguna de estas materias, según las comarcas en que radiquen estos centros de enseñanza. Si se hallan en las zonas marítimas, dan la preferencia al Comercio; si en los términos rurales, á la Agricultura; y si en las populosas ciudades interiores, á la Industria; y para el efecto tienen sus pequeños libros de texto, que tratan la materia con tal aridez y somnolencia que son capaces de producir el aburrimiento y el hastío al niño más precoz por su talento.

Estos inconvenientes pueden evitarse con el *Museo escolar industrial*, toda vez que en él se encuentran un sinnúmero de primeras materias, la mayor parte objeto de la Agricultura, procedentes otras, aunque pocas, de los reinos animal y mineral, y sobre las cuales recae el trabajo del hombre para transformarlas,

convirtiéndolas en objetos de arte, que dan origen á nuevas industrias y al tráfico de aquéllos en el comercio de la vida. Con este motivo, y graduando el trabajo, podria el maestro transmitir los conocimientos de que te hablo, querido discípulo, mostrando á los párvulos para su conocimiento los productos que están usando á cada instante; y obligando después á los alumnos de clase elemental y superior á que expliquen juntamente con él las transformaciones que sufren aquellas materias para llegar á convertirse en objetos utilizables, les podria hablar de las industrias á que dan origen, ora penetrando en el interior de la tierra para sacar de sus entrañas las riquezas que contiene, ora descendiendo al fondo de los mares para apoderarse de sus inmensas maravillas, ya realizando la transformación de la materia en esos monstruosos palacios de la moderna industria, con millares de obreros por habitantes, ya aproximando los productos, valiéndose para ello, como fuerza motora, del viento, del vapor ó de la sangre, originándose de aqui la clasificación de las industrias en industria extractiva, fabril ó manufacturera y mercantil.

Entrando después en el examen de cada una de estas industrias particulares, puede

hacerse una ligera reseña histórica de su desarrollo, hablando á los discípulos de las causas que le aceleran ó retardan, y de las consecuencias favorables que tiene para un pueblo su cultivo; y con estas nociones tan someras, ya tiene el niño bastante para los usos más vulgares de la vida.

Porque creo, amable Angelín, que algunos conocimientos de Agricultura, Industria y Comercio son necesarios para los habitantes de un país que, como el nuestro, es comercial, industrial y agrícola, por esta circunstancia sostengo que la instrucción primaria, para que sea completa, no debe concluir hasta que el niño haya adquirido aquéllos por el método que acabo de exponerte: por el procedimiento intuitivo.

En orden al momento en que debe terminar la instrucción primaria, promuévese también la cuestión de edad, que es de puro accidente; mientras que la referida á la cantidad de conocimientos adquiridos es de esencia, y afecta, por lo tanto, al fondo del asunto.

Acaso tú, querido Angelín, conozcas á algún niño que, por el precoz desarrollo de sus mentales facultades, se asimilen en poco tiempo todo aquel sinnúmero de ideas que demuestran una regular cultura; en cambio otros ne-

cesitan doble ó triple tiempo para realizar igual trabajo que el primero. De aquí deducirás la sinrazón con que algunos pedagogos ponen el límite de tales enseñanzas en los niños de diez años, naciendo de aquí una notoria injusticia, por cuanto al niño de precoz talento y al de tardío desarrollo intelectual se le ponen las mismas trabas reglamentarias, siendo éstas tal vez el motivo por el cual se malogran las buenas disposiciones del primero, entrando en él el desaliento al verse igualado con el torpe, el perezoso y el holgazán.

Entre los varios asuntos que son de la exclusiva competencia del que dirige tus estudios, es éste acaso el de más transcendencia y en el que realmente quisiera gozar de cuanta libertad es necesaria á fin de que no sufrieran perjuicio alguno en su carrera los niños que á mis cuidados han sido confiados, resintiéndose el edificio de su educación é instrucción por haberle puesto una base deleznable. Generalmente, los estudios de primera enseñanza son los más fructíferos cuando se rodean de poderosos encantos y ciertos atractivos; por todo lo cual tanto los padres como los profesores debieran procurar que fuera aquélla completamente sólida.

Yo, Angel querido, no tengo argumento

más fuerte para demostrar la verdad de cuanto voy diciendo que el ejemplo ofrecido por ti mismo, tanto sobre éste como sobre cualquier otro asunto relacionado con la vida de los niños. ¿Cómo has adelantado tanto en tus estudios, mereciendo cuantos honores pueden dispensarse á un alumno? Porque desde el comienzo de tu carrera, apenas se manifestaron los albores de tu tierna inteligencia, cuando ya empezaste á vislumbrar los rayos de la esplendorosa verdad, que con debilidad penetraban entonces en tu mente para iluminar sus ocultos senos, ya mostraste una afición desmedida por aprender cuánto se enseñaba á los niños, ora de viva voz, ora por medio de los libros, tus compañeros inseparables.

Muchísimas veces has producido en mí placeres inefables; pero ningunos han sido tan intensos como los que tú experimentabas cuando adquirías algún nuevo conocimiento, ó te pasaban en escritura á otra clase de papel, ó para lectura te señalaban otro libro; al juzgar, por la fruición que sentías al referírmelo tan sólo, la alegría que por cualquiera de estos hechos experimentaras en aquellos primeros años de tu vida escolar, debió ser tan extraordinaria como la que sintiera Arquímedes al descubrir su principio: loco, frenético, corrió

por las calles de Siracusa con el mismo traje que tenía dentro del baño, en donde halló tan importante descubrimiento, para hacerlo público y notorio; también tú, loco, frenético, corrías hasta llegar á tu casa para contar á tus padres tus nuevos adelantos, premiados por un sinnúmero de besos, que, cual lluvia bienhechora, caían sobre tu privilegiada cabeza, y refrescada y fecundizada por ellos, acometías el estudio con nuevos bríos.

Por tan excepcionales condiciones habías recibido antes de los diez años cuantos conocimientos se exigían para tu ingreso en segunda enseñanza. ¿Había razón alguna para retardarlo? ¿No hubiera sido esto notable perjuicio para tí? Es indudable, querido Angel: hubiera pasado en vano un año más, y tan sólo el recuerdo de este precioso tiempo perdido hubiera venido á constituir en tu pura conciencia eterno remordimiento, cuya responsabilidad hubieras compartido con tus padres y profesores, á quienes más especialmente afectaba este asunto. Y aquí, para darte un nuevo consejo, se me presenta ocasión oportunísima, la que voy á aprovechar para concluir de hablarte sobre esta materia.

¿Has pensado alguna vez con profunda atención en el tiempo? ¿Verdad que, filosófica-

mente hablando, el momento presente no existe? Fíjate en el acto de leer esta carta: cuanto hasta ahora hayas leído pertenece á tiempo pasado, lo que te queda por leer á tiempo futuro; y esto es debido á que la rueda del tiempo no cesa de moverse, y minuto que pasa ya no podemos recobrarlo.

Si estuviera en nuestra mano detenerla, ya tendrían alguna explicación las intermitencias que sufre nuestro trabajo; pero como así no sucede, si no quieres que llegue el día del arrepentimiento por los ratos que hayas pasado en medio del quietismo más absoluto, no pudiendo ya remediar los estragos que en ti haya ocasionado, es preciso que estés siempre vigilante para poderte defender valerosamente, cual corresponde á los niños de tus excelentes condiciones, de todos aquellos compañeros que, ya no sólo te arrastrarían á que fueras indolente y perezoso, matando tu energía y actividad, sino que te alentarían para que fueras activo y laborioso, pero en la práctica del mal, del que quieren tener muchos partidarios para de este modo hallar algún consuelo, sin tener en cuenta que el mal de muchos es el consuelo de los tontos. Si no quieres cubrir plaza de éstos, no dejes pasar un día sin que hayas hecho algo bueno.

Ten siempre presente, Angel querido, que la vida del hombre no se mide por los años que cuenta, sino por lo que hace; así sucede que el que pasa su existencia en medio del ocio más espantoso, aunque llegue á contar un siglo no ha vivido nada con relación á aquel que en la mitad de ese tiempo, ó en una cuarta parte, ha estado siempre consagrado al estudio ó á trabajos manuales. Por esto tú, que eres tan amante de la vida, vive mucho; pero ya sabes que se vive trabajando; y si no pierdes ni un minuto, cumplirás con el consejo de tu director intelectual.

XXII

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: Te aconsejaba en mi segunda carta que no se contentara tu espíritu con estudiar aquellas cuestiones que estuvieran directamente relacionadas con las asignaturas que cursas para llegar á ser bachiller en Artes. Tomaste fielmente mi consejo, y he visto con grata complacencia la serie de temas que has venido proponiéndome, prestando asunto interesante á todas estas cartas, de las que realmente ninguna ha versado sobre materia tan transcendental como la presente.

¿Debe ser *obligatoria* la instrucción primaria? Esta es la pregunta que me haces en tu última, después de manifestarme tu perfecta conformidad con cuantas materias debe aquélla comprender, según lo que he venido expo-

niéndote en un buen número de las mías. Para satisfacerte apelaré á varios textos legales, confirmados luégo con varias pruebas de razón.

Al tratar algunos moralistas sobre los deberes de los padres, en tales términos extreman el de la educación que condenan como atentatorio al derecho de la patria potestad todo cuanto se legisle y se hable sobre instrucción obligatoria. Y hé aquí, querido Angelín, en abierta oposición, al parecer, la moral y las prescripciones legales.

El art. 7.° de la ley de instrucción pública de 9 de Septiembre de 1857, vigente sobre esta materia, determina que la primera enseñanza elemental es obligatoria para todos los españoles, y los padres, tutores ó encargados enviarán á las escuelas públicas á sus hijos y pupilos desde la edad de *seis* años hasta la de *nueve*, á no ser que les proporcionen suficientemente esta clase de instrucción en sus casas ó en establecimiento particular.

El art. 8.° dispone que los que no cumplieren con este deber habiendo escuela en el pueblo á distancia tal que puedan los niños concurrir á ella cómodamente, serán amonestados y compelidos por la autoridad, y castigados, en su caso, con la multa de dos hasta veinte reales.

Mayor pena determina el Código vigente sobre este particular, pues dispone, en el número 5.° del art. 601, que serán castigados con la pena de *cinco á quince* días de arresto y reprensión los padres de familia que abandonen sus hijos, no procurándoles la educación que su estado requiera ó sus facultades permitan.

En igual pena incurrirán los tutores, curadores ó encargados de un menor de quince años que desobedecieren los preceptos *sobre instrucción primaria obligatoria* ó abandonaren el cuidado de su persona (núm. 6.° del citado art. C. p.).

Si, pues, la ley de instrucción pública en vigor dispone que la enseñanza sea obligatoria, y el Código conmina con penas aflictivas á los padres, tutores ó encargados que no cumplieren con tal obligación, ¿habrán de estar en lo cierto aquellos moralistas que niegan tal cualidad á la enseñanza? ¿Acaso la ley no se inspira siempre en los principios más elevados de moral? ¿Puede entre éstas existir alguna vez antagonismo?

Los que tal sostienen, individualistas hasta la exageración, creen que la familia vive todavía dentro del antiguo círculo de hierro que ni áun el Estado podía romper, por lo cual el padre tenía el derecho de vida ó muerte sobre el hijo,

constituyendo dentro de una nación tantos estados cuantas familias existieran. Hoy, que ya no vivimos en moldes tan estrechos, reconocemos en la autoridad civil autoridad suficiente para tomar á su cargo la educación de los hijos cuando los padres la hayan descuidado. Si en éstos existen los deberes de la educación, en aquéllos radica el derecho de exigirla; y siendo el Estado el encargado de hacer cumplir el derecho, cuando sea desconocido ó violado debe procurar por su cumplimiento y restauración. ¿No obligan al padre la razón, la justicia y hasta la ley misma, á que proporcione á sus hijos alimentos para el cuerpo? Pues en nombre de esa misma ley, justicia y razón debe mandársele con mayor motivo que les proporcione alimentos para el espíritu. El hombre no es sólo miembro de la familia, lo es también del Estado; y así como cuando la nación se halla amenazada de invasión extranjera reconocemos en él el derecho de pedir nuestro concurso para defender su independencia, sin que valga para nada alegar los deberes familiares, así también, cuando la incuria de los padres sea causa de que la patria gima aherrojada á los pies de la ignorancia, la esclavitud más denigrante, es deber del Estado velar por su independencia, infundiendo

en el espíritu de sus hijos nuevos elementos de civilización y de cultura, lo cual no se consigue en la presente providencia sino por la *enseñanza obligatoria*, que pidiéndola, como yo la pido, dentro de un Estado católico, habia de reunir la circunstancia de ser *católica*, circunstancia que sin duda alguna tuvo en cuenta el legislador para declararla *obligatoria*.

Por la fuerza misma de la lógica comprenderás, Angel querido, el fundamento racional y justo de las prescripciones transcritas al principio de esta carta. Porque tus observaciones se ejercen en esfera reducida, pues no has visitado más que unas cuantas poblaciones de gran cultura, no puedes conocer la miserable, la tristísima y angustiosa situación de ciertos pueblos que hacen poco menos que la vida de la selva.

Antes de la aparición del Cristianismo, sólo los intereses materiales unían á estos pueblos; pero después de haber dicho Jesucristo que *no sólo de pan vive el hombre*, apenas se concibe la existencia de alguna, aunque insignificante aldea, sin las dos palancas poderosas de toda positiva educación é instrucción, la escuela y la iglesia, genuinas representantes de los intereses religiosos y morales, y que fomentan en el hombre las aspiraciones

del espíritu En la primera se aprende el medio de comunicación universal entre los hombres presentes, pasados y futuros, leyendo y escribiendo ; en la segunda aprendemos á comunicarnos con el Padre de todos, nuestro Dios excelso, por medio de la oración.

Preocupaciones de todo punto censurables son causa de que en la instrucción se ejerzan ciertas trabas. Por una parte, los padres incultos creen que como ellos viven pueden vivir sus hijos, siendo lo más importante, en su sentir, contar con un nuevo instrumento, puesto en ejercicio, para aumentar sus intereses materiales. Por otra, algunos individuos de las clases elevadas, y que se hallan al frente de esas grandes industrias que reclaman numerosísimos obreros, sostienen con descomunal insensatez que á éstos se les debe tener en la ignorancia, convertidos en otras tantas piezas adosadas á las máquinas de vapor, las reinas de las fábricas, que ellos ponen en estruendoso movimiento. Los primeros desconocen la naturaleza racional del hombre, por cuanto de sus hijos pretenden hacer meros autómatas; y aunque la ignorancia de aquello que debe conocerse no exime de responsabilidad, sin embargo, tiene alguna explicación conducta semejante, por cuanto care-

cen de la instrucción necesaria para ver en sus descendientes seres perfectibles; y aferrados á sus antiguas tradiciones y costumbres, lo mismo que ellos hicieron, la rutina, es la única regla que pretenden imponerle, con lo cual ningún progreso se hace compatible; y así se explica que en la Agricultura, especialmente, no se note ninguno de los adelantos reconocidos por la ciencia. Los segundos, aunque conocen que el hombre es un sér racional, capaz, por lo tanto, de irse perfeccionando, dicen, sin embargo, que los seres de las últimas capas sociales no deben saber leer ni escribir, con el propósito de sofocar en sus orígenes esos movimientos populares producidos por la lectura de periódicos y libros socialistas, sin que sus miopes inteligencias hayan podido ver que lo único capaz de contener á esas masas ingentes de seres humanos, que forman las tres cuartas partes de la población existente, es la educación y la instrucción basadas en la religión, la justicia y la verdad.

Porque carecen de esta base, la más sólida para la existencia de las modernas sociedades, se alucinan ante las ideas de un demagogo que, repitiendo aquella misma frase que pronunciara el espíritu del mal ante el mismo Dios: *no obedeceré*, les dice, excitando las pa-

siones más innobles: sacudid el suave yugo de todo poder, áun del legítimo; despojad á los ricos de cuanto poseen, áun cuando lo funden en justísimos y honrosos títulos. ¡Abajo la propiedad! ¡Abajo el poder! ¡Todos somos soberanos! ¡Todos hemos de ser ricos!

Los que lanzan en medio de las masas esos gritos subversivos del orden social tienen la razón extraviada, por cuanto esa nivelación é igualdad por ellos sostenida y predicada está en abierta oposición con los incontrovertibles principios de la Lógica y hasta con aquellas verdades que son de sentido común. ¿Es racional y justo, Angelín querido, que tengan igual participación en la riqueza pública el holgazán y el trabajador, el disipador y el virtuoso? En manera alguna. Mas supongamos por un instante que tal igualamiento de fortunas llegara á realizarse. ¿No aparecerían al día siguiente las mismas diferencias? ¿No acrecentaría el hombre activo é industrioso la parte que le hubiera correspondido en la distribución llevada á cabo por el Estado? En cambio el que fuera jugador y vicioso en todas sus costumbres, ¿no se habría empobrecido en el mismo día, acaso, en que se despertó viéndose rico?

La rectitud de tu criterio te hará compren

der que semejantes ideas no deben en manera alguna prevalecer, porque minan los cimientos del edificio social, y ya te dije en otra anterior que el hombre por necesidad ha de vivir en sociedad. Me detendría en probarte las afirmaciones anteriores si esta carta no excediera ya los límites en que debe contenerse, y si al propio tiempo no supiera que piensas consagrarte con verdadero entusiasmo al estudio de estas pavorosas cuestiones, que tan hondamente preocupan á la sociedad de nuestros días, las que no tendrán saludable solución si no se combate la ignorancia por el único procedimiento que imponen de consuno la razón, la ley y la justicia, haciendo que la *enseñanza* sea *obligatoria* y *católica*. Trabaja en este sentido, puesto que así contribuirás al engrandecimiento de nuestra patria y de la humanidad entera en unión de tu director intelectual.

XVIII

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: En las varias conversaciones que hemos sostenido sobre el especial carácter de algunos de tus compañeros, que por su ligereza, volubilidad é irreflexión cometen ligeras faltas, las que deben corregirse por medio de consejos, pero que otras, por revelar un fondo perverso, una intención dañina, una conciencia extraviada, deben corregirse con severas y saludables penas, llegábamos siempre á reconocer la necesidad imperiosísima (para conservar el orden y la disciplina dentro de cualquiera sociedad, grande ó pequeña) de un buen sistema de premios y castigos.

Hoy vuelves á insistir sobre este mismo asunto, y me preguntas qué sistema adoptaría yo para conseguir una marcha regular en el colegio que dirijo.

En principio he profesado, profeso y profesaré siempre, Angel querido, que el mejor procedimiento para la práctica del bien es la persuasión, y éste sólo bastaría si estuviéramos exentos de las fatales consecuencias del pecado de origen; pero viciado el espíritu por las malas pasiones, vemos lo bueno y lo aplaudimos; sin embargo, seguimos por la senda del mal labrando nuestra desdicha. No es suficiente convencer, lo mismo al hombre que al niño, de que tal obra es buena y que, por lo tanto, debe practicarla; tal otra mala, y, por consiguiente evitarla: se necesita más poderoso estímulo. La razón en ciertos momentos se muestra muy débil; en cambio las pasiones imperan con fuerza irresistible, por lo cual es necesario valerse de otros medios de acción, de otros móviles: éstos son los premios y castigos.

A continuación voy á desarrollarte mi sistema, aplicable á todos los casos comunes y ordinarios en la vida de colegio, pero no á los casos excepcionales y extraordinarios, en los cuales la prudencia del superior resolverá en el momento lo que crea más acertado, sin perder nunca de vista que siempre habrá de inspirarse en el más elevado criterio de justicia y rectitud. Tiene además este sistema el haber sido probado con saludables resultados.

CASTIGOS

Artículo 1.° Todo alumno que sea amonestado tres veces por la mañana y no se corrija, si es externo ó permanente quedará detenido en el colegio hasta la una; y si es interno ó medio pensionista, no saldrá á paseo por la tarde, de cuyo recreo también quedará privado, obteniendo algún cero en las clases del día. Si el mismo número de amonestaciones reuniera el alumno por la tarde, siendo externo no saldrá del colegio hasta las siete; y si es interno ó medio pensionista, quedará privado de la merienda. Las faltas cometidas en el estudio de cinco y media á siete serán penadas en la misma noche, según su gravedad, con privaciones de libertad, quedando detenido el culpable en el colegio hasta hora conveniente.

Art. 2.° El alumno que obtenga *tres ceros* en una semana, pasará en el colegio la mañana del domingo inmediato desde las ocho hasta doce; si fueran *seis* los *ceros*, pasará también la tarde, desde las dos hasta las siete. Cada uno de estos *ceros* puede redimirse con

un *tres* ó con dos *doses* en la misma asignatura en que hubieran obtenido aquéllos.

Si algún interno reuniera el mismo número de ceros no redimidos en el mes, quedará privado de la salida reglamentaria en el primer domingo del siguiente.

Art. 3.° Cuando las intimaciones ó amonestaciones no fueran suficientes para mantener al alumno dentro de su deber, estudiando en horas de estudio, atendiendo en horas de clase, y el profesor se viera obligado á expulsarle, si las expulsiones llegaran al número de *diez*, en vista de tanta reincidencia, considerándole ya como alumno incapaz de corrección, para ejemplo de los demás será definitivamente expulsado del colegio é inscrito su nombre en el *Cuadro de deshonor*.

Art. 4.° Cuando la estancia de los alumnos en el colegio los domingos no fuera suficiente para disminuir el número de *ceros* en los desaplicados, considerando que estos alumnos, á los 50 ceros obtenidos en una asignatura, no han de estar en condiciones de ser examinados en el mes de Junio, serán advertidos los padres para que los transladen de este establecimiento si tienen empeño en que sufran el examen ordinario.

Art. 5.° La primera falta grave de respeto

á un Profesor será castigada con reprensión privada, la segunda con reprensión pública, la tercera con expulsión. De este modo quedará en el lugar debido el principio de autoridad que representa cualquier superior.

PREMIOS

Art. 6.° Los alumnos que no hayan sido castigados en los días que median entre los jueves hábiles para pasear, ó lo hayan sido sólo una vez, así como también aquellos que no hayan obtenido ningún *cero* en el mismo espacio de tiempo, ó hayan obtenido uno solo, disfrutarán del paseo acostumbrado en la tarde de los jueves de las semanas que no tuvieren ningún día festivo.

Art. 7.° Aquellos alumnos que no hayan obtenido ningún *cero* en todo un mes, el jueves primero de paseo del siguiente saldrán en excursión con el Director ó un Profesor del establecimiento á alguno de los sitios pintorescos de los alrededores de esta villa y corte, disfrutando en medio del campo de una suculenta merienda.

Art. 8.° El alumno que durante todo el curso haya figurado en el *Cuadro de honor*, para lo que se necesita haber obtenido durante

todas las quincenas las mejores notas, la calificación de *sobresaliente* en los exámenes de Junio en todas las asignaturas en que estuviere matriculado, será digno del premio extraordinario. El que sólo haya merecido que su nombre se halle inscrito en el citado cuadro durante doce quincenas, también con la calificación de *sobresaliente*, en los exámenes oficiales obtendrá accésit al referido premio extraordinario.

Art. 9.° El alumno que en los referidos exámenes de Junio obtenga dos *sobresalientes*, conseguirá premio de primera clase; el que sólo obtenga uno, premio de segunda clase; el que obtenga algún *notable*, premio de tercera clase; y el que consiga *bueno*, premio de cuarta clase. El que sólo salga *aprobado* no será premiado.

Art. 10. Los premios á que se refieren los dos artículos anteriores serán distribuídos, entre los alumnos que los hubieren merecido, en la sesión inaugural, pública y solemne, que todos los años se celebra el día de la ínclita doctora Santa Teresa de Jesús, bajo cuyo patrocinio se halla este establecimiento.

Art. 11. El alumno que termine los estudios del bachillerato en este colegio, obteniendo el premio extraordinario todos los cursos

que haya permanecido en él, conseguirá que su retrato se fije en la sala de visitas con el objeto de perpetuar su memoria, cual corresponde á un alumno ejemplarísimo.

Mas no creas que debes ser bueno sólo por conseguir los premios establecidos, y que te has de apartar del mal para evitar los castigos de que te hablo. No, estimadísimo discípulo, no y mil veces no; el bien debiera hacerse porque es el bien, que ya en la satisfacción de tu propia conciencia tendrás el premio, y el mal debes evitarlo porque es el mal, á fin de no tener ningún remordimiento. Si todos obráramos de este modo, la paz universal y el reino de la gloria se habría establecido entre nosotros; mas para esto se necesita que los padres, primeros pedagogos, contribuyan con sus máximas, profundamente morales, á la consecución de esta obra regeneradora; hasta tanto que no se alcance tal regeneración son de todo punto necesarios los premios y castigos, fundados éstos, ya en privaciones de libertad, no en los lugares en que comunmente se sufren, pues por la poca pureza del aire pueden perjudicar al niño si se llevan á cabo

varios días consecutivos, ya en privaciones de manjares, que si se fundan en lo que es á los niños más placentero, no en lo que constituye su alimento necesario, suelen ser de maravillosos resultados, ya, finalmente, en reprensiones privadas y públicas á fin de conseguir la corrección del culpable; todos cuyos procedimientos, si son ineficaces, como última pena procede la expulsión irrevocable.

Algunos profesores son partidarios de los trabajos forzados como castigo. Y al efecto obligan á sus discípulos á que escriban la lección un número de veces determinado, en cuyo caso, considerando el estudio como pena, llegan á cobrarle odio y aversión, sucediendo comunmente lo mismo en todo trabajo. No condeno en absoluto semejante sistema; pero cuando se emplee este castigo se le debe decir al niño que se le impone para apartarle del tedio y del ocio, y que se puede valer de él hasta como medio para que se le dispense parte de la falta cometida.

Lo que debe proscribirse en absoluto es el castigo corporal en la forma en que se llevaba á cabo hace algunos años; sin embargo, es necesario que los niños no se persuadan de que tanto sus padres como sus profesores no pueden castigarlos corporalmente, pues esto será

perjudicial en grado sumo tratándose de aquellos que son díscolos y traviesos, de carácter áspero y pertinaces en el mal, insolentes y descreídos, y altaneros en medio de la mayor sangre fría. A tales niños debe convencérseles de que si no se emplea esta clase de castigos es por pura bondad, porque se espera obtener el mismo resultado con el cariño y la persuasión; no porque ellos se hayan hecho dignos de otro tratamiento, dada su conducta altamente reprensible, y algunas veces incalificable, en seres dotados de razón.

Ya tienes aquí, mi querido Angel, expuesto y razonado el sistema de premios y castigos empleados en este colegio; no niego que en algunos otros establecimientos de enseñanza habrá distintos sistemas, acaso más satisfactorios; es ésta una cuestión que está sujeta á muchos accidentes, y puede variar, por lo tanto, hasta lo infinito en aquello que no es fundamental. Yo, sin embargo, estoy grandemente satisfecho de mi obra, por cuanto, sin ser odiado por mis discípulos, obtengo una saludable corrección de todos ellos, de lo que tú, Angel apreciable, estás tan poderosamente persuadido que no necesita molestarse en su demostración tu director intelectual.

XXIV

A mi querido discípulo

ÁNGEL BUENO.

Apreciable y apreciado Angelín: «Habien-»do llegado al término de mis estudios de se-»gunda enseñanza, y habiendo estado por es-»pacio de tanto tiempo sometido con gusto á »su dirección, voy á ultimar mis cartas, como »discípulo querido, haciéndole una franca y »sincera confesión: á los elocuentes ejemplos »dados por usted y por mis padres debo el »haber concluído este período de mi educa-»ción é instrucción con algún fruto.» Esto es lo que en esencia contiene la que ayer me escribiste y que á la vista tengo.

Paso por alto cuantas frases laudatorias en ella me diriges, porque la mayor parte son inmerecidas; sólo el inmenso cariño que me tienes ha podido ser la causa de que vieras en mi cualidades que realmente no poseo; pero sí

has dicho verdad al sostener que el buen ejemplo de los superiores realiza obras portentosas. Sobre este tema va á versar mi última carta.

El temor, Angel querido, de que ésta pueda ser la vez postrera que me comunique contigo por escrito, llena de amargura el corazón y preocupa hondamente mi alma; circunstancia desfavorable para que pueda mi imaginación remontar su rastrero vuelo y recrearte con algunas bellísimas imágenes. Mas si esto no es posible conseguirlo por el estado excepcional de mi espíritu, aunque sea en lenguaje algún tanto vulgar voy á desenvolverte el indicado asunto.

Existen en todos los seres animados ciertas fuerzas interiores que le mueven á ejecutar determinados actos sin conocer el objeto ó fin á que se dirigen. Estos estímulos ó impulsos son los que dan lugar al *instinto*, que cuando su desarrollo es favorable al individuo en particular recibe el nombre de *egoista*, y cuando favorece el bienestar de la sociedad en general se llama *simpático*.

Son tan importantes los movimientos interiores producidos por el instinto, que en gran número de ocasiones suplen las facultades expansivas y racionales; por este motivo

influyen muy poderosamente en la educación de los niños, sobre todo cuando se hallan bien desarrollados. El que más necesita nuestro especial cuidado es el de la imitación, toda vez que de él provienen la mayor parte de los conocimientos que los niños adquieren en los primeros años de su vida. Y hé aquí, querido Angelín, cuán necesario ha de ser que aquellos con quienes el niño ha de estar en comunicación constante durante el período de su educación le sirvan de modelo ó ejemplar. Por esto el hogar doméstico debe ser el templo santo de venerandas virtudes, cuyos sacerdotes, los padres, no deben dejar extinguir ni un solo instante el fuego sagrado que contiene el calor vivificante de la familia.

Bien sabes tú, querido Angelín, que en este punto he procurado siempre secundar la conducta de tu padre, de cuya afirmación no hay prueba más concluyente que tu manera de pensar y de obrar en estos momentos, los últimos—¡con cuánta pena lo escribo!—de nuestras relaciones como discípulo y profesor. Ya que por otros motivos no esté tranquila mi conciencia, puesto que nadie es impecable, no he querido que en la obra de tu educación influyera mi ejemplo desfavorablemente; hubiera sido una traición infame á la confianza que

tus padres llegaron á depositar en mí de una manera incondicional.

Y esto que contigo me ha sucedido me sucede y me sucederá siempre con mis otros discípulos, versando las primeras observaciones sobre lo bueno que en ellos noto para conservarlo, tratando de corregir lo malo con una disciplina severa pero saludable, y que no debieran ser los padres los primeros en quebrantar toda vez que va encaminada al perfeccionamiento moral é intelectual de sus hijos.

Te podría presentar muchísimos ejemplos de padres que han labrado la infelicidad y la desgracia de sus hijos; pero acaso sea más conveniente que queden ocultos bajo velo misterioso. Unicamente tendrás delante de los ojos el ejemplo de los tuyos, pues no quisieron que sus acciones estuvieran en oposición con el apellido que te dieron, y obran de manera que su conducta bien puede servir de regla y norma para la tuya; quisiera además que fueras el fiel reflejo de aquel bellísimo ideal que ellos concibieron al pensar en su misión educadora, y resolvieron que en tu bautismo te pusieran el nombre de *Angel*, bastante significativo por cierto. Después han vigilado y vigilan las costumbres de los que se han unido

contigo en amistad, para, si no son dignos de ser amigos tuyos, separarte de ellos á todo trance, procurando al propio tiempo que cuantos libros caen en tus manos rebosen, no sólo de máximas morales y religiosas, si que también ha de verse en ellos palpablemente el premio de la virtud y el castigo del vicio á fin de conducirte por el camino de aquélla; que si está cubierto de abrojos y de espinas, y, por lo tanto, te ha de costar ímprobo trabajo recorrerlo, podrás repetir las palabras del justo cuando llegues á su término: lucha titánica he sostenido, he terminado victoriosamente mi carrera, he conservado incólume la fe de mis mayores: en lo sucesivo ceñiré la corona de la gloria. Esto es lo que consigue el que practica la virtud.

El que elige, en cambio, la senda del vicio, cubierta de rosas olorosas, pero cuyo perfume es momentáneo, experimenta delirios placenteros; mas luégo el viento viene, y, arrebando las hojas de aquellas rosas, sólo nos dejan las punzantes espinas que pinchan nuestras plantas, la corrupción de la carne y el eterno remordimiento de la conciencia acusadora. Y como esto no se encuentra sino al fin, el niño no lo ve; por esta circunstancia, si los padres no son virtuosos los hijos no podrán serlo,

toda vez que el instinto de imitación les arrastra á practicar aquello mismo que practican los que viven con él.

Mas no sólo el ejemplo de los padres influye en la educación de los niños: también el de los profesores entra por mucho Si queremos que nuestros discípulos sean puntuales, ordenados, amantes del saber y virtuosos, empecemos nosotros por serlo; así trabajaremos en pro de su buena educación é instrucción con dos fuerzas de poder indestructible: la palabra y el ejemplo.

Si se consigue que el niño pierda sus malos hábitos con la repetición de actos buenos, que han de ser enseñados por sus padres y profesores, no hay que temer por su futura suerte: aquella segunda naturaleza que ha creado en el seno de la familia y del colegio le escuda para cuando tenga que presentarse en medio del mundo. A este propósito voy á referirte el ejemplo de Licurgo, por cuanto viene á demostrar la influencia que ejerce la repetición de un mismo acto con el auxilio del ejemplo en las costumbres.

Habíase entretenido este sabio legislador espartano en educar á dos perros, oriundos de los mismos padres, acostumbrando al uno á ser goloso y al otro cazador. Para conseguir

más fácilmente su objeto, asoció al primero con un perro á quien gustaban las golosinas, y al segundo con otro que era partidario de la caza; cuando ya fueron grandes, quiso el sabio probar á su pueblo la influencia de la educación fundada en el ejemplo, y una vez congregado en medio de la plaza, hizo presentar á los dos perros acompañados de una liebre y un plato de viandas. Una vez puesta la liebre en libertad, emprendió precipitadamente la carrera: el perro cazador lanzóse sobre ella hasta conseguir alcanzarla, mientras que el goloso permaneció comiendo las golosinas que le habían sido preparadas.

Este fué el momento aprovechado por Licurgo para decir á su pueblo con voz grave y majestuosa: «Aquí véis, ciudadanos, la influencia que ejerce la educación, acompañada del ejemplo, en las costumbres; hijos son estos dos perros de un mismo padre y de una misma madre, y, sin embargo, al que he enseñado á ser goloso se ha quedado á comer de la vianda puesta en el plato; mientras que el otro, á quien he acostumbrado á la caza, ha echado á correr tras de la liebre, despreciando la comida.»

Por esto que concluyo de escribirte he llegado á convencerme profundamente de que tú

seguirás obrando en sociedad de la misma manera que hasta ahora has venido haciéndolo; en ello estamos interesados tus padres y yo, para quienes ha de ser el mayor timbre de gloria contemplar mañana en sociedad á un hombre digno de su patria merced á los cuidados y desvelos que pusimos en tu educación, el supremo ideal de toda nuestra vida.

Ya llegó, querido Angelín, el memento angustioso de nuestra despedida; que si no fuera por el consuelo de encontrar muchos *ángeles buenos* entre mis presentes y futuros discípulos, pena muy honda sufriría. Tú, por otra parte, también habrás de consolarme, puesto que al experimentar alguna satisfacción en la vida por los triunfos que en ella indudablemente habrás de conquistar, cualquiera que sea la distancia que nos separe en el mundo de las cosas ó en las regiones del pensamiento, habrás de apresurarte á hacerme partícipe de esa misma satisfacción de palabra ó por escrito.

Ya sabes que durante el tiempo que te has encontrado en comunicación diaria conmigo he gozado de modo indefinible siempre que me has propuesto algún tema interesante relacionado con la vida de colegio; no olvides nunca que esa misma fruición he de experimentar, ó

acaso mayor, si cabe, cuando al encontrarte en medio de una sociedad extraña ahora para tí, al observar algún hecho que llame poderosamente tu atención, te apresures á comunicármelo.

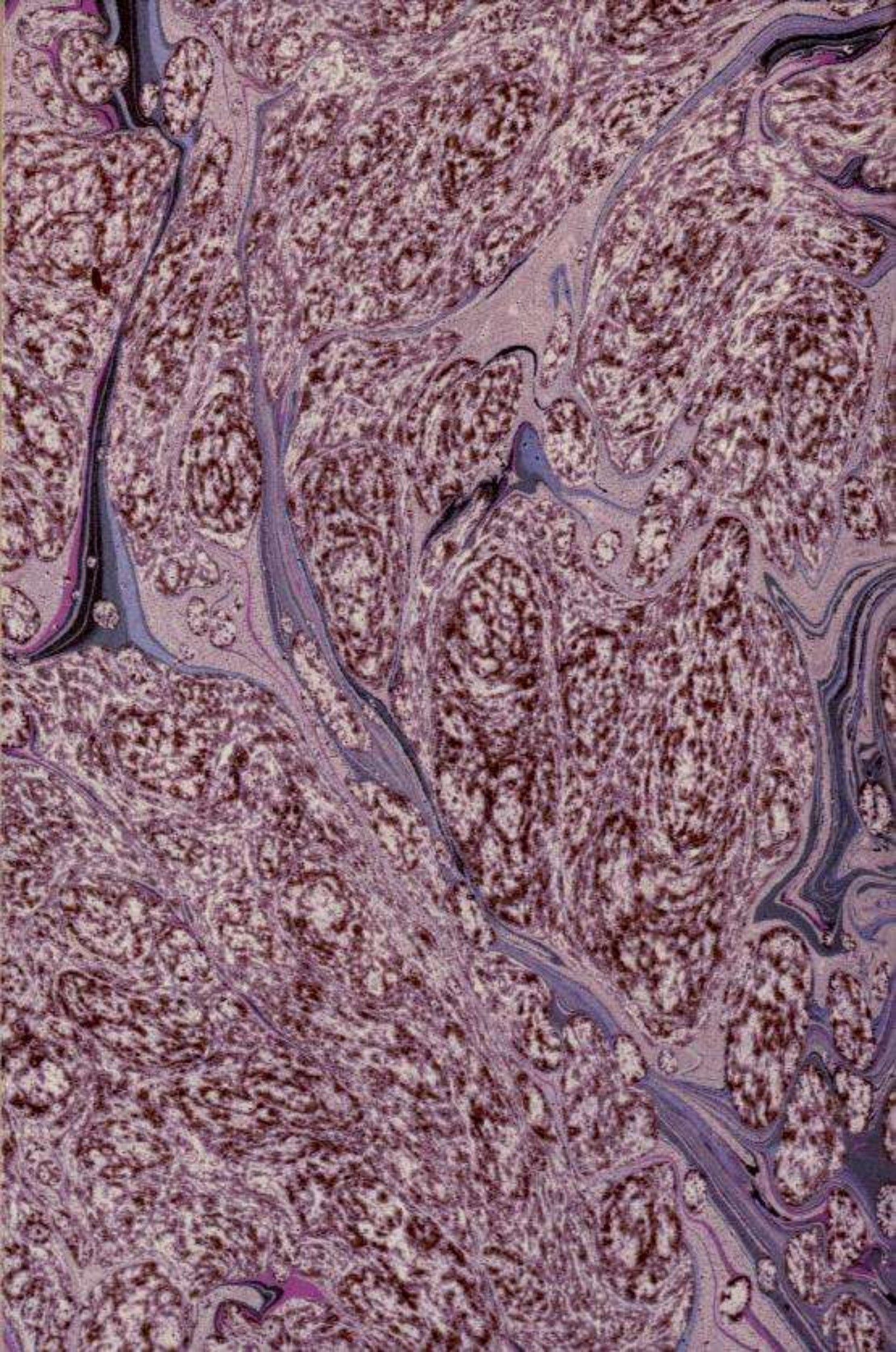
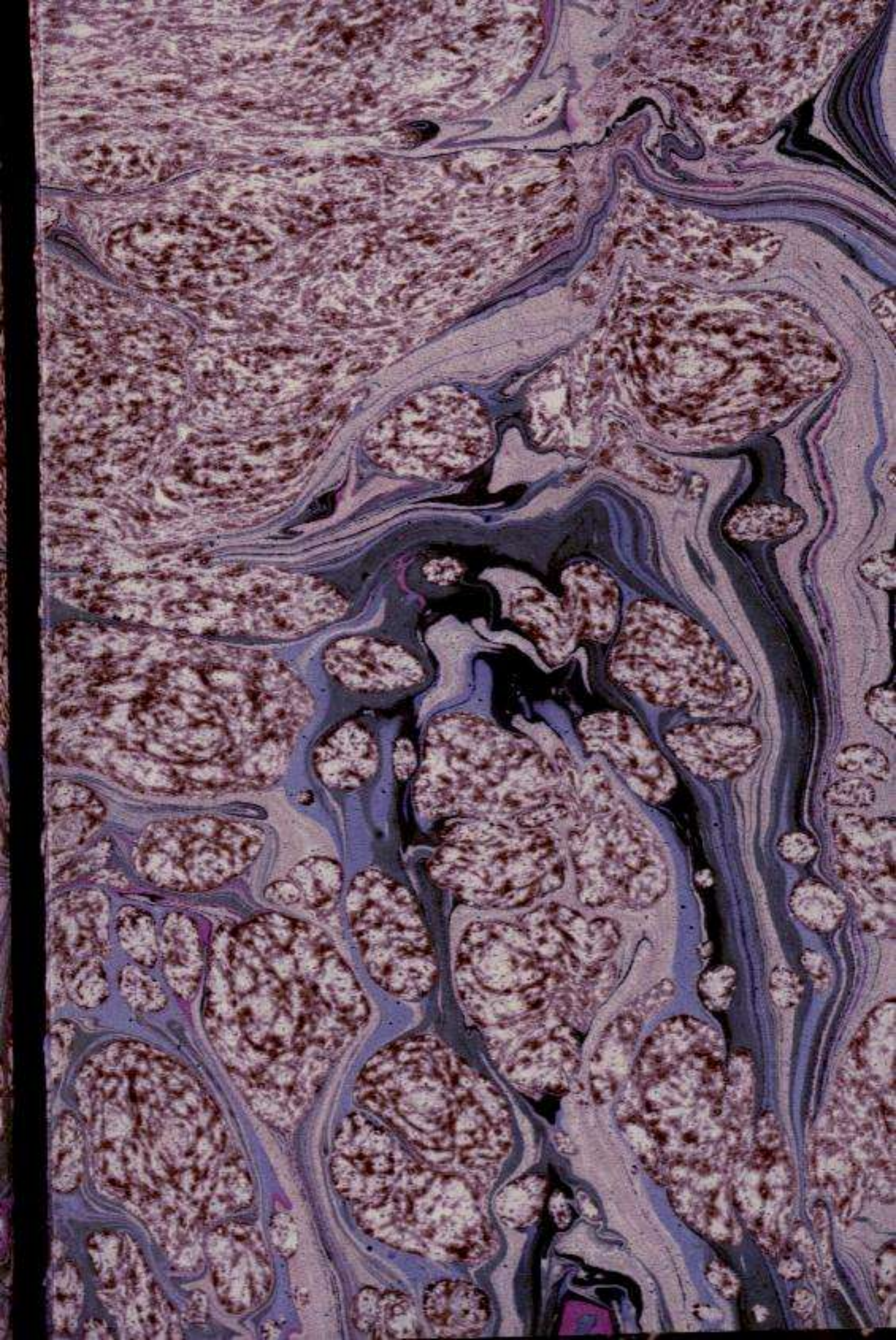
Si así lo haces habrás de proporcionarme ratos felicísimos, por cuanto, al continuar esta correspondencia epistolar, me prestarás materia amplia para escribir un nuevo libro, que á ti y á todos los que como tú se porten ha de dedicar tu director intelectual.

C. Serrano Galvache.

ÍNDICE

	Páginas.
A MIS QUERIDOS DISCÍPULOS	3
INTRODUCCIÓN	5
I.—Relaciones modernas entre discípulo y profesor	13
II.—Amor al trabajo	21
III.—La educación debe ser religiosa	27
IV.—Sobre el mismo asunto	35
V.—Prohibición de la lectura de novelas inmorales	43
VI.—Inconvenientes de la enseñanza doméstica	51
VII.—Ventajas de la enseñanza colectiva	59
VIII.—Sobre el mismo asunto	67
IX.—Sobre el mismo asunto	75
X.—La obediencia, única condición para que la educación en el colegio sea provechosa	83
XI.—Educación del alma	91
XII.—Educación del cuerpo	99
XIII.—Diferencias y analogías entre la educación y la instrucción	107
XIV.—Influencia del método en la educación	115
XV.—Importancia de las lecciones sobre cosas	123
XVI.—Necesidad del estudio de la Gramática y las Matemáticas	131

Páginas.

XVII.—Utilidad de la Geografía y de la Historia..... 139
XVIII.—Influencia de las Bellas Artes en la educación..... 147
XIX.—Necesidad de algunas lecciones sobre Economía..... 155
XX.—Necesidad de algunos conocimientos políticos..... 165
XXI.—Ligeras nociones sobre Agricultura, Industria y Comercio..... 175
XXII.—De la enseñanza obligatoria 185
XXIII.—Sistema disciplinario..... 195
XXIV.—Influencia del buen ejemplo de los superiores en la educación..... 205

UNIVERSIDAD DE CADIZ
3721357481